

AYUNTAMIENTO DE MADRID

REVISTA
DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO V.—JULIO, 1928.—NÚMERO XIX

Ayuntamiento de Madrid

www.memoriademadrid.es

DIRECTOR: MANUEL MACHADO.

Redactor Jefe: AGUSTÍN MILLARES CARLO. Secretario: JOSÉ RINCON LAZCANO.

Administrador: ANGEL ANDARIAS.

SUMARIO

C. PÉREZ BUSTAMANTE.—*Las instrucciones de Felipe II a Juan Bautista de Tassis.*

J. DELEITO Y PIÑUELA.—*La vida madrileña en tiempo de Felipe IV.*

J. DOMÍNGUEZ BORDONA.—*Retratos en manuscritos españoles.*

AGUSTÍN MILLARES CARLO.—*Notas del Archivo. Sobre el modo de comenzar el año en los libros de acuerdos del Concejo de Madrid durante los siglos XV y XVI.*

COMANDANTE GARCÍA REY.—*El arcipreste de Talavera, Alonso Martínez de Toledo.*

VARIEDADES: M. HERRERO GARCÍA: *Imitación de Quevedo.*—RICARDO MARTORELL: *Las cruces de San Bernardino.*—JOSÉ GAVIRA: *Los problemas de la población penal en la Cárcel de Corte de Madrid durante el siglo XVIII.* E. VARELA HERVÍAS: *Donación de doña Mencía Fernández hecha a favor de Madrid para el arreglo del Puente de Segovia en el siglo XIV.*

RESEÑAS: Sánchez Alonso, B.—*Fuentes de la Historia española e hispanoamericana* (LUIS MORALES OLIVER).—Ballester y Castell, Rafael.—*Las fuentes narrativas de la Historia de España durante la Edad Moderna* (AGUSTÍN MILLARES CARLO).—Aguiló y Fuster, Mariano.—*Catálogo de obras en lengua catalana* (JENARO ARTILES RODRÍGUEZ).—Obermaier, Hugo y Breuil, Henri.—*Las pinturas rupestres de los alrededores de Tormón (Teruel)* (E. VARELA HERVÍAS).—García de la Fuente, P. Arturo (O. S. A.).—*La numismática española en el reinado de Felipe II* (S. DE R.).—Galindo Romeo, Pascual.—*Literatura latina. (Estudios secundarios y universitarios)* (MANUEL SOCORRO PÉREZ).—Olmedo, Félix, G. (S. I.).—*Las fuentes de «La vida es sueño»* (J. A. R.).—Urquijo, Julio de.—*La cruz de la sangre: El cura Santa Cruz* (S. DE R.).—Bury, Ricardo de, obispo de Durham.—*El Philobiblion. Muy hermoso tratado sobre el amor de los libros* (J. D. B.).—Castillo Yurrita, Alberto del.—*La cultura del vaso campaniforme* (S. DE R.).—*Espejo de Hinojosa, Ricardo.*—*Manual de Economía Política* (A. G. P.).—Arnoux, Alexandre.—*La leyenda del Cid Campeador* (S. DE R.).

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA.

Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, plaza del Dos de Mayo, 2, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO V

JULIO, 1928

NÚMERO 19

LAS INSTRUCCIONES DE FELIPE II A JUAN
BAUTISTA DE TASSIS

Entre los muchos problemas que continuamente preocuparon la atención de Felipe II, ocupa un lugar destacado la política de intervención en los asuntos interiores de Francia.

Y no es que el monarca español tratase de inmiscuirse de un modo caprichoso e infundado en los pleitos y cuestiones que agitaban la vida interna del país vecino en los tormentosos años que siguieron a la muerte de Enrique II; había razones de otra índole que reclamaban un cuidado exquisito por parte de nuestro soberano. La lucha entre las dos naciones, apenas interrumpida en los tiempos de Carlos I, había cesado por virtud del tratado de Cateau-Cambresis, pero latía en el fondo de la relación, aparentemente cordial, entre ambos países, un sentimiento de hostilidad que había de terminar por la victoria definitiva de uno de ellos. El siglo xvi es de hegemonía hispánica; Carlos I y Felipe II poseían el imperio más poderoso de la tierra, y no hizo poco Francia con resistir la acometida por todas sus fronteras.

El período de paz que sigue al susodicho tratado determinó una intensísima acción diplomática por parte de Felipe II, cuyo temperamento era, por otra parte, más propíncuo a estas actuaciones oficinescas que a las aventuras belicosas que tanta fama dieron a su padre. Únicamente en aquellos casos en que estos medios tardos y complicados eran absolutamente ineficaces, se decidía el Rey Prudente por la lucha a mano armada. Es posible que solamente en los negocios flamencos se revele una intransigencia guerrera por parte del monarca,

que apuraba todos los recursos de su cancillería antes de lanzarse a tomar resoluciones heroicas, que una vez emprendidas continuaba con inquebrantable tenacidad. Difícil resulta bosquejar con trazos sintéticos una psicología tan complicada como la de Felipe II. Hombre reflexivo —acaso con exceso— maduraba profunda y lentamente sus resoluciones, y sus actos volitivos son producto de una laboriosa gestación, demostrativa de gran complejidad espiritual. De aquí los errores y ligerezas, tanto de los apologistas incondicionales como de los detractores sistemáticos. En lo que todos coinciden es en su enorme capacidad de trabajo, que no puede menos de evidenciarse a cuantos hayan manejado algún documento de sus secretarías.

Inaugura —observa finamente Aurelio Viñas, que es hoy uno de los más capacitados para hacer un estudio integral de este período— un nuevo tipo de monarca burócrata, que se rodea de una burocracia como principal factor de gobierno; hay un manifiesto desdén en la adjetivación canovista de «rey papelero», y un poco de injusticia. El imperialista de la restauración gustaba con exceso de las gestas estruendosas del emperador (1).

Todos los adjetivos, por lo mismo que propenden a delinear sintéticamente, fallan al calificar a Felipe II, que fué un espíritu analítico. La Edad Media se esfuma para siempre. Felipe II es más parejo de Don Fernando el Católico que de Carlos I.

El emperador es un personaje trasnochado y simpático del siglo xvi; convive con Francisco I, y se acerca más a los ideales de Bayardo que a los de su hijo y sucesor. Su vida es aventurera, feudal y errabunda. La corona del Sacro Imperio, con su complejo contenido medieval y multiforme, pesa demasiado sobre su cabeza. España y sus Indias son un aditamento más en aquel engarce de múltiples soberanías.

En cambio Felipe II es un monarca exclusivamente español, mejor aún, exclusivamente hispánico, en el sentido peninsular y ultramarino de esta palabra. Acaso reaccionó exageradamente contra el cosmopolitismo de su padre. Hoscamente clausurado en su retiro monástico de Castilla, el pueblo, que siempre miró con enojo la vida andariega del emperador, sintió en lo íntimo de su entraña la presencia de su rey. Por eso fué popular, mayestáticamente popular. Posiblemente ningún monarca ha disfrutado en España de una popularidad tan respetuosa

(1) A. Viñas, *El último Valois y Felipe II*. Boletín de la Sociedad de Menéndez y Pelayo, octubre-diciembre de 1926, pág. 321.

como Felipe II. Él contribuyó como ningún otro a dar a la institución monárquica un arraigo y un prestigio singulares. La realeza se diviniza, y esta exaltación apoteósica de la forma de gobierno aprovechó no poco a sus sucesores.

Felipe IV, con mucho corazón y poco cerebro, en aquellas sinceras introspecciones de que hace confidente a la monja de Agreda, en original correspondencia, se propone como ejemplar a su formidable abuelo.

Alguien dijo que su sonrisa y su cuchillo eran confines, y el pueblo castellano nunca vio con malos ojos el cuchillo justiciero y equitativo en manos de sus príncipes. La figura de Pedro I gozó de cierta simpatía; Isabel la Católica fué la princesa de aquellas «terribles y espantables anatomías» de que nos habla el doctor Villalobos, y, a pesar de ser más inclinada a «seguir la vía del rigor que la de la piedad», pasó a la historia como modelo de gobernadoras. Lo que nunca toleró el espíritu severo de la gente castellana fueron las debilidades o las complacencias de quienes empuñaban la vara de la justicia.



El período comprendido entre los años 1559 (Cateau-Cambresis) y 1598 (paz de Vervins) se caracteriza por una constante intervención de Felipe II en la política francesa. El catolicismo y Flandes son las claves fundamentales de esta insistente actuación del monarca hispánico.

Son años de miseria y de ruina para Francia. Los últimos Valois, vástagos desmedrados y carcomidos de una rama que se extingue, vacilan entre el partido católico, que al organizarse en forma de Santa Liga, regida por Enrique de Guisa, envuelve una mediatización onírica para la monarquía, y los protestantes calvinistas, doctrinalmente enemigos de la institución real; por virtud de las circunstancias representantes ocasionales del nacionalismo y contrarios a la ingerencia española.

«El tono político y cortesano de Felipe II con los tres hijos de Enrique II (Francisco II, 1559-1560; Carlos IX, 1560-1574; Enrique III, 1574-1589) le da la reina madre Catalina de Médicis. Esta hija de banqueros florentinos consigue hacer de la corte de los Valois una residencia italiana de las más puras características. La intriga como sistema

político, y una ambición desmedida de brillo y suntuosidad; moral fácil y acomodaticia; un catolicismo formulario, del que se prescinde sin escrúpulo si motiva alguna dificultad política; una existencia alegre, muy teatral, en los grandes escenarios del Louvre, Saint Germain, Fontainebleau o los castillos del Loire». La trama de los sucesos está dirigida «por los hábiles cálculos de esta italiana, que nunca tuvo otro fanatismo que el interés de la familia» (1).

Durante estos treinta y nueve años Felipe II envió a París seis embajadores, sin contar los representantes y agentes que mandó a la Liga.

Cada uno de estos diplomáticos, dice Baguenault de Puchesse, ha marcado su huella según sus aptitudes, medios de que disponía, carácter propio, etc.; pero su política era la misma, y ha seguido en cierto sentido una marcha progresiva, pasando de la amistad a la desconfianza, de la desconfianza al odio y del odio a una ambición tanto más ardiente cuanto más cercana se veía del objeto de sus ambiciones (2).

Felipe II contempla cómo desaparecen sin sucesión sus cuñados, y acaba por pensar en la posibilidad de colocar la corona de San Luis en las sienes de su hija predilecta, la infanta Isabel Clara Eugenia (3).

El rey de España, por temperamento desconfiado, se confió a los Guisas. «La ayuda española se hizo sin regateos. Uno de los sumideros de la hacienda española, y no el menor, es esta familia mimada de Felipe II, de un catolicismo al servicio de sus ambiciones personales, y de quienes sería curioso anotar (puede hacerse documentalmente) las obesas sumas de escudos y ducados que recibieron de España como ayudas» (4).



Difícil era, en verdad, la labor de los representantes de Felipe II en la corte francesa. Allí estaba el foco de las maquinaciones de la

(1) A. Viñas, art. cit., pág. 323.

(2) G. Baguenault de Puchesse, *La politique de Philippe II dans les affaires de France*, 1559-1598. *Revue des Questions Historiques*, 1879, tomo XXV, pág. 7.

(3) Cons. A. Mousset, *Les droits de l'infante Isabelle Claire Eugène a la couronne de France*. *Bulletin Hispanique*, 1914, tomo XIV, págs. 46-79; F. Llanos y Torriglia, *Los orígenes de la nacionalidad belga. La Infanta de España Isabel Clara Eugenia, soberana de los Países Bajos*. Madrid, 1917, págs. 17-18.

(4) A. Viñas, art. cit., pág. 324.

astuta Catalina de Médicis, en cuya red se enmarañaban múltiples y complicados asuntos, que eran objeto de graves cavilaciones por parte del soberano español.

En los años que precedieron inmediatamente a la actuación de D. Juan Bautista de Tassis tuvieron que intervenir los diplomáticos españoles en las negociaciones entabladas por Catalina para casar a su hijo postrimero, el duque de Alençon, con la reina Isabel de Inglaterra. Conocida y proverbial fué la veleidad de la soberana inglesa en todo cuanto atañía a la elección de consorte; pero la simple posibilidad de que un enlace de tal naturaleza llegara a verificarse, lógicamente tenía que inquietar a Felipe II, que en alguna ocasión pudo pensar en ser el favorecido por su augusta cuñada. La unión de Francia e Inglaterra podía ser fatal para el imperio hispánico. El duque de Guisa advertía a Felipe II del estado de los tratos, y se entendía con D. Juan de Austria a los efectos de libertar a María Stuardo, prisionera y rival de Isabel. Se pensaba en un desembarco del de Guisa y del vencedor de Lepanto en las costas inglesas para provocar la reacción de los católicos ingleses y destronar a Isabel I. En Londres se hallaba D. Bernardino de Mendoza, inquieto personaje, que con singular audacia instigaba a los primates del partido católico inglés y hasta intervino en alguna conspiración contra la soberana (1).

Para complicar más las relaciones francoespañolas el propio duque de Alençon, Francisco Hércules de Valois, aparece como pretendiente a la corona de Flandes. Una capciosa solicitud de Guillermo el Taciturno para crear un nuevo conflicto a Felipe II, y la vanidad de aquel príncipe, a la cual no eran ajenos su madre, halagada por la idea de que todos sus hijos fuesen reyes, y su hermano, para quien «la ausencia de Alençon del país era el alejamiento de un perturbador de la familia con el que no podía emplear medidas de rigor», son las causas de este nuevo conflicto.

Felipe II, reaccionando contra estos peligros, interviene con ardor en las luchas político-religiosas de Francia, y al morir D. Juan de Vargas Mexía, su enviado en París, nombra como sucesor a D. Juan Bautista de Tassis.

* * *

(1) No obstante lo cual se defiende de la acusación de hombre peligroso, que explotaban sus enemigos, diciendo en una de sus cartas a Felipe II «que D. Bernardino de Mendoza no había nacido para revolver reinos, sino para conquistarlos». *Colección de documentos para la Historia de España*, tomo XCII, pág. 533.

La familia de los Tassis, oriunda de Italia y establecida en Flandes, gozó del favor de Carlos V. Bautista de Tassis, natural de Bérgamo, hijo de Rugiero de Tassis, nacido en Cornello, y de Madona Alegre de Albrice, también de Bérgamo, vivió y murió en los Estados de Flandes desempeñando el cargo de correo mayor de Carlos V (1). Allí casó con Cristina de Wanctendonck, nacida en Amberes e hija de Raimundo de Wanctendonck, oriundo del Ducado de Güeldres, y de Aleiden de Buxcon, natural de Bois-le-Duc, en Brabante.

De dicho matrimonio nació Juan Bautista de Tassis en la ciudad de Malinas, el año 1530 (2).

Pasó toda su juventud en los Países Bajos; fué testigo de la sublevación y consejero de D. Juan de Austria. Al promulgarse el Edicto Perpetuo, que incluía la cláusula de expulsión de todos los españoles y extranjeros al servicio de España, se vió obligado a salir de su patria. Acaso su origen italiano y el hecho de haber desempeñado, tanto él como sus familiares, cargos públicos al servicio de los reyes españoles, contribuyeron a su salida. Refugióse en España, y Felipe II, que apreciaba mucho sus cualidades, le envió como representante a la corte francesa.

No llevaba el título de embajador; muerto D. Diego de Zúñiga se proveyó el cargo en D. Juan de Vargas Mexía, que aparece como encargado de negocios. Sustituto de Zúñiga había sido nombrado don Juan de Idiáquez, secretario y hombre de la íntima confianza del monarca; pero razones especiales hicieron que Idiáquez no pasase a Francia, y Vargas Mexía desempeñó la embajada hasta su fallecimiento, en 1580. Mientras llegaba el nuevo representante se encargó del despacho de los asuntos D. Diego Maldonado.

Las instrucciones a Juan Bautista de Tassis están firmadas en Badajoz, residencia accidental de Felipe II con motivo de los asuntos de Portugal, a 6 de noviembre de 1580.

Constituyen un curioso documento, donde el monarca, con aque-

(1) Vid. C. Alcázar, *Historia del correo en América*. Madrid, 1920, tomo I, pág. 53. Del mismo, *Los orígenes del correo moderno en España*, REVISTA DE LA BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO del Ayuntamiento de Madrid, primer trimestre de 1928, págs. 4-11.

(2) Véase el expediente 7.999 de la Orden de Santiago (Archivo Histórico Nacional), incoado, en virtud de mandamiento expedido en el año de 1574, por el famoso maestre de campo Julián Romero y Juan Osorio de Ulloa, caballeros profesos de dicho hábito. Las declaraciones se tomaron en Amberes, Bruselas, Bois-le-Duc y Malinas. La información aparece firmada por Arias Montano en Amberes, a 30 de abril de 1575. Hermanos de Juan Bautista de Tassis fueron Leonardo de Tassis, correo mayor de Bruselas, y Raimundo de Tassis.

lla minuciosidad que le caracterizaba, informa a su representante del estado general de los problemas de Francia y le indica la línea de conducta a seguir en su actuación. La delicadeza de las relaciones entre ambos reinos requería la presencia de persona investida de amplios poderes, que supiera tratar aquellos negocios con la «prudencia, fidelidad y cuidado» que se requerían, y siendo «notablemente dañosa la dilación», encargaba a Juan Bautista de Tassis que, después de haber recibido la instrucción y los despachos que con ella se le darian, partiese inmediatamente para su destino, utilizando la posta si el paso por tierra estaba seguro, o usando en otro caso de la vía marítima.

Llegado a la corte, y previos los informes de Diego Maldonado, que por su conocimiento de la situación podía ilustrarle en algunos extremos interesantes, debía comenzar las visitas por el propio rey Enrique III, haciéndole presente el buen deseo de que estaba animado su señor con respecto a su persona, para lo cual le enviaba con orden de servirle y agradecerle en cuanto pudiese. Análogas manifestaciones debía hacer a la reina madre, a quien visitaría también en nombre de sus nietas las infantas Isabel y Catalina, y lo mismo a la reina su nuera, «todo con graciosas palabras, como vos muy bien sabréis».

También había cumplimientos para el duque de Lorena, personaje un poco sospechoso, a pesar del parentesco que tenía con Felipe II, y lo mismo para los cardenales de Borbón, Lorena y Guisa, y para los duques de Nevers, Montpensier y Guisa, a todos los cuales dirigía sendas cartas el monarca, y señaladamente demostraba su buena voluntad al último, «por hauerse siempre mostrado aficionado a mi serui-cio». Con los duques de Nemours, Aumale y Longueville y otros señores de la sangre «yreis cumpliendo y contemplando, haviéndoos con todos ellos según lo q. de Diego Maldonado entendiéredes q. os podréis de cada vno prometer», y consejo semejante le indicaba con relación a los criados y ministros del rey cristianísimo de quienes se pudiese sacar algún provecho.

La conservación de la paz entre los dos países, el sosiego y reposo de la república cristiana y el remedio de la santa fe católica y romana eran las miras que animaban al rey de España, y encargaba a su enviado que así lo hiciese saber «muy afirmativamente» en las ocasiones que le pareciese.

Pero después de estas fórmulas de obligada cortesía diplomática indica el rey católico algunos asuntos que nos descubren su verdadero pensamiento acerca de la conducta que con él seguía el monarca francés. No obstante las aparentes muestras de fiel amistad que constantemente le prodigaba, no podía dudar Felipe II del apoyo que los

insurgentes flamencos hallaban en Francia; de la tolerancia, cuando no ayuda, que prestaba Enrique III a su hermano el duque de Alençon, pretendiente a la corona de los Estados de Flandes, y del pesar con que se habían visto en aquella corte los progresos del ejército español en Portugal, habiéndose celebrado consejos para estorbar la conquista y enviar socorro a los portugueses insumisos. Advierte a Tassis que haga llegar a S. M., ya directamente, ya por personas confidentes, «quanto mejor le viene a él tratar de sosegar su Reyno y de enfrenar a sus rebeldes que no entrar en una gran guerra con las necesidades que tiene y la poca seguridad que de sus puertas adentro ay, acordándole por otra parte del peligro y mal ejemplo q. es consentir fauorescer rebeldes contra sus propios señores, como de su Reyno se ha hecho contra mí en los Países Baxos, afeando esto y, por el contrario, exagerando las buenas obras y ayudas, tanto de gente como de dinero, que para su conseruación y opresión de sus Rebeldes ha recibido de mí en ocasiones importantes de aquella corona»; previniéndole que no se fíe de las palabras que le dieran, «que suelen siempre ser buenas», sino de lo que viese. En el caso de que sus apercebimientos no bastasen para remediar aquel estado de cosas, había de reforzar sus oficios diciendo que en manera alguna lo sufriría su soberano, y con palabras de doble sentido indicar la posibilidad de una acción guerrera.

También preocupaba a Felipe II, y encarga a Juan Bautista de Tassis exquisito cuidado en este punto, la actuación de los corsarios franceses en el Atlántico, interrumpiendo las comunicaciones con las Indias. Todas las instancias hechas a los reyes de Francia por los embajadores españoles habían sido inútiles, y los piratas, que tenían una guarida segura en los puertos franceses, continuaban haciendo estragos en las naves, con grave perjuicio de sus propietarios.

Continua y muy diligente correspondencia había de tener con Margarita de Parma y con Alejandro Farnesio, gobernadores de Flandes, informándoles de cuanto tuviese relación con los asuntos de aquel territorio, y de modo especial de las maquinaciones de los rebeldes refugiados en Francia. Igualmente debía estar en relación con los virreyes de Nápoles y Sicilia, gobernador de Milán, embajadores en Roma, Alemania, Venecia y Génova, virreyes de Aragón, Cataluña y Navarra y capitán general de Guipúzcoa, avisándoles de lo que les conviniera saber para el bien y seguridad de los dominios españoles en todas partes.

Las relaciones entre Francia e Inglaterra habían de ser motivo de cuidadosa solicitud por parte de Juan Bautista de Tassis, a cuyo objeto procuraría rastrear y apurar todas las inteligencias que entre

ambos países hubiere, correspondiéndose continuamente con D. Bernardino de Mendoza, embajador español en Londres, e informándole de cuanto se platicase en la corte, tanto de las cosas de aquel reino como de las de Irlanda.

La correspondencia, cifrada cuando se tratase de asuntos de gran interés, podría enviarla por los correos que viniesen de Flandes o por la vía de Irún y de Fuenterrabía, usando de desimulación, bajo cubierta de mercaderes, cuando los mensajeros no fuesen muy seguros o los pasos no lo estuvieren; en caso de gran urgencia podía despachar correos propios, y cuando se utilizase la vía marítima debía consignar las cartas a Bilbao, a nombre de Juan Martínez de Recalde.

Otras instrucciones de carácter económico finalizan el documento. Felipe II, poco aficionado a gastos superfluos, recomienda a Juan Bautista de Tassis sumo cuidado para que no se gaste más de lo forzoso y necesario. Señala a su representante el salario acostumbrado para tales cargos, y no olvida los excelentes servicios del veterano secretario de la embajada, Diego de Maldonado, de quien hace un cumplido elogio, asignándole doscientos escudos anuales con cargo a los gastos extraordinarios.



Aunque no corresponde al objeto de nuestro estudio, creemos conveniente una indicación somera de los resultados de la actuación de Juan Bautista de Tassis como representante de Felipe II en la corte francesa.

Apenas llegado pudo observar la hostilidad de Enrique III, que enviaba abiertamente refuerzos a su hermano. Intervino en las negociaciones para casar al de Anjou con la menor de las hijas de Felipe II, y dió consejos de moderación y prudencia a su señor en lo referente a la corona de Francia; sus trabajos condujeron al tratado de Joinville, beneficioso para España. Las intrigas de D. Bernardino de Mendoza, a quien placía la embajada de Francia, asegurando al rey que nadie como él podía favorecer sus proyectos, conocidas por Tassis, le obligaron a escribir al soberano recordando sus servicios de cuatro años y pidiendo título oficial de embajador. Los amigos de Mendoza aprovecharon el momento para que el rey firmase sus credenciales. Tassis fué nombrado inspector de los ejércitos de Flandes, donde desempeñó diversos cargos. Casó con Elena de l'Espinée, que murió en 1599.

La amaba tiernamente, y habla de ella emocionado en sus *Comentarios*. Nuevamente volvió a Francia como representante de Felipe III, y por fin a España, donde falleció.

Su obra sobre los sucesos de Flandes, donde examina con gran imparcialidad los discutidos acontecimientos, le acredita como excelente historiador (1).

«EL REY

»Lo q. vos' Ju.^o Baptista de Tassis haueis de hazer y como os haueis de gouernar en las cosas y negocios q. ocurrieren en la corte del rey xpmo. de francia mi hermano, adonde al presente os embio a assistir y residir hasta q. otra cosa prouea (2).

»Hauiendo fалlescido Juan de Vargas Mexia, q. por orden nra. fue embiado y assistio por algun tiempo a mis neg.^{os} en francia por ausencia y muerte de Don Diego de Çuñiga, mi embaxador en aquella corte, y por no hauer passado a ella Don Ju.^o de Idiaquez, a quien despues de Don Diego tuuimos assimismo nombrado por nro. embaxador, y siendo muy necessario para la buena direcion no menos de los negocios publicos de la christiandad q. de los mios particulares tener en aquel lugar persona q. los sepa tratar con la prudencia, fidelidad y cuydado q. se requiere, teniendo mucha satisfación de la vra. y de lo mucho y bien q. nos haueis seruido en los otros cargos q. hasta aquí os hauemos ocupado, he acordado de embiaros a vos para q. assistays y trateis las cosas de mi Seruicio en aquella Corte mientras no ordenare otra cosa confiando por las buenas partes y qualidades que en vos concurren q. me haueis de acertar a servir como hasta aqui lo haueis hecho.

»y Para q. lleueis entendida mi voluntad y como haueis de proceder y gouernaros se os aduertirá aqui lo q. paresciere en las cosas generales, remitiendo otros particulares a los aduertimientos q. por nra. orden os dara el Cardenal de Granuela y a lo q. de tpo. en tpo, según el estado de las cosas se os yra escriuiendo y ordenando.

»Primeramente, despues de hauer recibido esta Instrucción y los despachos que se os darán con ella, partireys para la corte del Rey xpmo. por la posta si el passo de tierra estuuiera seguro y si no por la via de mar, vsando por el camino de la vna manera o de la otra de la mayor diligencia q. pudie-

(1) Cornelii Pauli Hoyneck. *Analecta Belgica*. La Haye, 1743, in 4.^o, tomo IV. *Joannis Baptistae de Tassis, commentariorum de tumultis Belgicis sui temporis*, libri octo. Véase el citado estudio de G. Baguenault de Puchesse, *La politique de Philippe II dans les affaires de France. Revue de Questions Historiques*, 1879, págs. 26-32, y J. Ruebsan, *Johan Baptista von Taxis, ein Staatsmann und Militär unter Philip II, und Philip III (1530-1610)*. Friburgo, 1889.

(2) El original de este documento se halla en la colección particular de los Sres. Horma y Núñez de Arce, a quienes testimonio mi sincera gratitud.

El Rey

Lo q vos Su Baptista de Tassis haueis de hazer, y como os haueis de gouernar en las cosas y negocios q locurrieren en la corte del Rey^o de francia mi hermano, adonde al presente os embio a assistir y residir hasta q otra cosa prouea. /

Haviendo fallecido Juan de Vargas mexia q por orden nra fue embiado, y assistio por algun tiempo a mis neg.^{os} en francia por ausencia, y muerte de Don Diego de Quiroga mi embaxador en aquella Corte / y por no hauer pasado a ella Don Ju^o de Idiaguez, a quien despues de Don Diego tuuimos assi mismo nombrado por nro embaxador / y siendo muy necessario para la buena direcion no menos de los negocios publicos de la christianidad q de los mios particulares tener en aquel lugar persona q los sepa tratar con la prudencia, fidelidad, y cuydado q se requiere, teni endo mucha satisfacion dela vna, y de lo mucho, y bien q nos haueis seruido en los otros cargos q hasta aqui os haueis ocupado, he acordado de embiaros a vos para q assistays y tratays las cosas de mi seruicio en aquella Corte mientras no ordenare otra cosa confiando por las buenas partes, y qualidades q en vos concurren q me haueis de acertar a seguir como hasta aqui lo haueis hecho /

y Para q lleuers entendida mi Voluntad, y como haueis de proceder, y gouernaros se os aduertira aqui lo q pareciere en las cosas generales, remittiendo otros particulares a los aduertimientos q por nra orden os dara el Cardenal de Granuela, y a lo q de tpo en tpo, segun el estado de las cosas se os yra escuuiendo, y ordenando. /

redes, lo qual se os encarga mucho por q. el estado de las cosas requiere vra. presencia y le es dañosa notablemente la dilación.

»Llegado que seais a la corte, huiendoos informado primero de Diego Maldonado, q. para este effecto podreys hazer q. os salga al camino, y hecha saber a aquellos Reyes vra. llegada, y concertadas las audiencias de la manera que se suele como del dicho Maldonado entendereys q. se acostumbra, haueis de empear las visitas de mi pte. por la del Rey, y dandole mis cartas que lleuais le direis como os embio a residir cabe su persona y en su corte con orden de seruirle y agradarle en todo lo que pudieredes y para me embiar buenas nuevas de su salud y auiso de todo aquello en q. yo le pudiere complazer, q. lo haré con la voluntad q. lo requiere la hermandad y alianza q. entre nos otros ay, estendiendo os en esta sustancia con las buenas palabras q. sabreis y con esta generalidad dareis fin a esta primera audiencia.

»A la Reyna madre xpmā. besareis despues las manos de mi parte diziéndole q. le tengo amor y respecto de hijo, q. como tal la desseo seruir y dar todo contentamiento y conseruar la paz y amistad q. entre mi y el Rey mi hermano ay, como se puede assegurar q. no se faltara de mi parte, y allí luego la visitareis en nombre de las Infantas sus nietas y le direis q. quedan con la salud q. haueis visto.

»Con la Reyna su nuera hareis tras esto la misma visita y cumplimiento de mi parte, todo con graciosas palabras como vos muy bien sabreis.

»Si el Duque de Lorrena, q. como deueis saber es hijo de prima hermana mia, se hallasse en aquella corte le visitareys de mi parte y sino le remitireis la carta que lleuais mia, escriuiendole lo q. le huiades de dezir, que ha de ser lo q. yo estimo su amistad y la voluntad que tengo de complazerle, y podreis tambien cumplir con vna hija suya q. se cria con la Reyna madre.

»Para los Cardenales de Borbon, Lorrena y Guissa, y los Duques de Neuers, Mompensier y Guissa lleuais cartas mias, por q. por ser declarados por lo q. toca a la Religión catca. los tengo y estimo en mucho, y les podreis assegurar q. hallaran en mi toda buena voluntad, señaladamente al de Guissa, q. por hauerse siempre mostrado afficionado a mi seruicio le tengo particular affición y desseo que se offrezca en que mostrarsela.

»Con los Duques de Nemurs, Aumala y Longueuila y otros señores de la Sangre yreis cumpliendo y contemplando, huiendoos con todos ellos segun lo q. de Diego Maldonado entendieredes q. os podreis de cada vno prometer.

»De los criados y ministros q. tiene el Rey xpmo. assi puestos en los negocios como cabe su persona y la forma de negociar con ellos, y en que y de quienes deuereis hazer mas confianza o tener mayor recato, y assi mismo de q. personas y por q. medios se vienen a entender las cosas de aquella corte y Reyno, desto todo podreis informaros tambien del mismo Maldonado para sobrelleuar los ministros por el termino q. conuiniere para conseruarlos gratos y valeros y aprovecharos del medio de las otras personas mientras anduuiesen de buen pie, andando siempre con el recato que con semejantes hombres se suele y debe proceder.

»El estado de las cosas de aquel Reyno, y las rebueltas, conciertos y alte-

raciones y bullicios q. estos años atras han tenido y confusión en q. al presente se hallan no es necessario aduertiroslo estando tam bien informado por lo q. haueis visto y oydo desde Flandes y lo que podreis entender llegado q. seays a aquella corte assi por vra. experiencia como por relación de Diego Maldonado.

»Y para q. sepais el fin a que haueis de guiar estos medios, entended q. la mira principal es la conseruación de la paz q. entre mi y el Rey xpmo. y nuestros reynos y subditos de ambas partes ay y ha hauido desde que el año de 69 fue nro. s.^{or} seruido que cessasse la guerra entre nosotros. y Por q. esto no solo conuiene para la quietud de ambas partes y comercio y contratación de los vnos y los otros subditos. Pero lo q. mas importa para el sosiego y reposo de la República xpiana. y para procurar el remedio de nra. sancta fee cathca. Romana, q. en muchas partes de aquel Reyno andan tan perseguidas y estragadas, haueis de llevar muy entendido y darlo a entender alla muy affirmativamente en las ocasiones q. os paresciere que mi voluntad y intención en esta parte es y sera en todo tiempo endereçada a estos fines y sobre este fundamento haueis siempre de proceder en todo quanto se offresciere.

»Mas como a las cosas de tanto seruicio de Nro. S.^{or} como esta es no les suelen faltar contrariedades, es assi qve tampoco ha faltado en aquel reyno y fuera del quien aya procurado rottura entre mi y el Rey xpmo., y exhortándole y aconsejándole q. era esto lo q. le convenia para sosegar sus estados, colorandolo con razones aparrentes falsas y malignas, y aunque no se entiende que de hecho el Rey aya consentido en ello, antes dado muestra de querer conseruarse conmigo en buena amistad por su buena intencion y condicion. Pero en lo q. toca a estorbar que de gente de sus estados no fuessen inquietados los mios, parece q. en algunas ocasiones no ha andado con el herbor q. se deñia a mi amistad, sino tibio y de manera q. debaxo de cumplimientos publicos se ha podido con razon sospechar q. ha hauido de su parte no poca dissimulacion y permission señaladamente vos sabeis de más de otros particulares q. se han visto y tocado en Flandes quan a la descubierta entro el Duque de Alançon su hermano en aquellos mis estados. Las platicas y tramas q. hasta oy conserua y entretiene con ellos, los mensageros que le van y vienen de parte de mis rebeldes, la asistencia q. les haze y da todo con tanta tolerancia como es publico del Rey xpmo. A que se añade lo que en su corte han sentido descubiertamente estos días, el buen progresso q. yua haziendo mi exercito en Portugal, los consejos q. se han tenido sobre estoruarme la conquista y embiar a los portugueses socorros de gente y cabeças y de diuertir mis fuerças y darme disturbo por otras partes.

»En todos los quales puntos y en los que mas desta materia se pudieren offrescer, haueis de andar muy aduertido para persuadir en ocasiones assi al Rey como a sus ministros, parte por vra. persona y mas vezes por rodeos y por medio de otros q. le seran mas confidentes, quanto mejor mejor le viene a el tratar de sosegar su Reyno y de enfrenar a sus rebeldes q. no entrar en vna gran guerra con las necesidades que tiene y la poca seguridad que de sus puertas adentro ay, acordándole por otra parte del peligro y mal exemplo q.

es consentir fauorescer rebeldes contra sus propios señores como de su Reyno se ha hecho contra mi en los Payses baxos, afeando esto y, por el contrario, exagerando las buenas obras y ayudas, tanto de gente como de dinero, que para su conseruación y opresión de sus rebeldes ha recibido de mi en ocasiones importantes a aquella corona.

»y Para no os dexar hazer tiro, a que vos no dareis lugar, es menester no fundar tanto sobre las palabras q. os dieren, q. suelen siempre ser buenas, como sobre las fuerças q. vieredes y el estado de las cosas del reyno a que y a los preparamientos que se hizieren en todas partes y al fin, motivo y causas dellos haueis de estar muy attento como abaxo se os dira, y si desto colligieredes q. realmente se va camino de dar molestia a mis estados en alguna pte., ora sea con gente q. vaya debaxo del Duque de Alançon, o en otra forma, hareis muy viuos officios con el Rey xpmo. para q. lo estorbe y remedie, no solo con las aparencias y prouiuciones de cumplimiento de q. otras vezes se ha vsado, sino realmente y con effecto, y si os diere el descargo ordinario diziendo que no tiene mano para poder detener a su hermano no admittireis la disculpa, diziendo q. si el la pusiese con las veras q. yo he puesto en socorrer a aquella corona apenas se puede creer q. dexasse de bastar, acumulando y acriminando lo que el año passado se intento de robar a Fuenterrabia y algunos otros exemplos de Flandes q. vos le podreys alegar q. han pasado sin ningun género de demostr.^{on}, siendo cosas tan ajenas a nra. buena hermandad.

»Mas si vieredes tras todo esto q. no basta, y q. va gente francesa contra algunos de mis estados debaxo de cualquier color, reforçareis el officio mostrandole la buena ocasión q. se le offresce de obligarme con solo hazer que se esten quedos los de su Reyno, avisandole distintamente de lo q. supieredes de cierto q. se apercibe contra mi y diziendole de mi parte q. sepa que en ninguna manera le tengo de sufrir, con dezirle tambien de la misma q. lo remedie, donde no q. mire la causa q. en no hazerlo me dara de justo resentimiento y de proveer y hazer de mi parte lo q. viere que mas me cumple, y dexareislo assi suspenso con estas palabras preñadas, sin declararos mas, y si algo os preguntare sobre ello podreys dezir q. aquello es lo que os he mandado le digays.

»Si a este propósito, o a otro os dieren alla alguna quexa sobre las cosas de saluzo y otras de q. han formado sospechas y imaginaciones sin porq., vos satisfareis a ello segun los aduertimientos que lleuais del Cardenal de Granuela.

»Para todo lo arriba dicho y lo q. mas puede ocurrir es necesario q. tengais muy leydo y entendido lo q. contiene el tratado de la paz q. vltimamente se assento entre mi y el Rey Enrique mi suegro, q. aya gloria. En lo qual, sin lo q. queda dicho se han hecho grandes excesos por algunos cossarios franceses y de otras naciones q. se les han allegado, y puesto en execucion muchos robos y daños y malos tratamientos con algunos vassallos mios en diuersas partes de la mar, huiendose armado y aprestado en puertos del reyno de francia, y teniendo segura la guarida en los mismos despues de hauer tomado a mis subditos sus haciendas, nauios y ropa y maltratado sus personas,

sobre lo qual no han bastado las diuersas instancias que se han hecho por medio de mis embaxadores para q. los Reyes xpmos y sus ministros procediesen al castigo de los culpados, restitution de lo robado y remedio de lo por auenir ni passassen de buenas palabras. y Por q. este neg.^o es en tanta sin razón y daño de mis subditos, si hallaredes alguno o algunos desta qualidad pendientes en aquel reyno, de q. os informará el dicho Maldonado, hareis de nuevo con todo calor las diligencias que fueren menester para q. esto se prouea y remedie segun la justicia lo requiere y el deudo y amistad q. entre nos otros ay y del mal exemplo q. es lo contrario sin permitir q. aya mas largas.

»La misma diligencia hareis siempre q. fuere necessario en amparo y protección de todos mis vassallos y subditos q. aquel reyno acudieren con negocios en todo lo justo y honesto.

»Con la Ill.^{ma} Madama Margarita mi hermana y el Ill.^{mo} Principe de Parma su hijo, mi sobrino, haueis de tener continua y muy diligente correspondencia, assi para darles notticia de q. quiera q. en aquel reyno publica o secretamente se tratare contra mis estados baxos q. estan a su cargo y gouierno, como en hazer los officios y diligencias necessarias en todo lo q. os aduirtieren tanto en las cosas de estado como en materia de confines, jurisdicciones y negocios publicos y particulares que por alla se ofrescieren, conforme a lo qual procedereis y a lo q. aca se os ha aduertido y dado en scripto por Junquius, procurando de hazer y cumplir quanto mejor se pudiere lo q. tocca-re al bien, seguridad y prouecho de mis estados.

»y Por q. algunos rebeldes dellos se han retirado en francia o van y bueluen maquinando y tramando en mi des seruicio terneis cuenta con saber sus passos y mirarles siempre a las manos para yrlos contraminando y desuiando sus malos intentos, y de lo que asi entendieredes auisareis assi aca como a Flandes con la diligencia q. el negocio lo pidiere.

»Con los Virreyes de Napoles y Sicilia y Gouernador de Milan, y con mis embaxadores en Roma, Alemania, Venecia y Genoua haueis de tener muy bua. y ordinaria correspondencia, auisandoles de lo que conuiniere respetivamente que sepan para el bien y seguridad de mis cosas en todas partes, y la misma terneis assi mismo aca en España con los Virreyes de Aragon, Cataluña, Nauarra y el Capitan general de la Prouincia de Guipuzcoa, q. todos ellos ternan la misma con vos, segun que se lo embio a mandar en las cartas que para ellos se os dan, q. les remittireis a su tiempo, y si los vnos o los otros os escriuieren que hagais alguna diligencia con el Rey xpmo. por lo que toca a mi seruicio, lo hareis como de vos confio.

»Con Don Ber.^{no} de Mendoza, q. reside por mi orden en Inglaterra, os haueis de corresponder mucho encaminandome sus cartas al mismo recaudo q. las v. tras, auisandole muy amenudo de lo q. en francia se sintiere y platicare, assi de las cosas de aquel reyno como de las de Irlanda. De q. me yreis siempre avisando y por lo q. el os aduirtiere procurando rastrear y apurar todas las intelligencias q. entre aquellos dos reynos huuiere.

»De la misma manera os haureys con la persona que por mi orden resi-

diere cabe el Duq. de Saboya, por ser alli como sabeis la puerta y entrada de Italia en q. conuiene poner tanto cuydado y recato.

»Vna de las principales cosas sobre que haueis de velar es, como arriba se toca, en saber si franceses hazen aparejos de guerra, y a que parte de su reyno assi de mar como de tierra, y q. fines y designos pueden tener, y de lo q. entendieredes me dareis auiso y tambien al ministro o ministros de las partes donde juzgaredes q. podria cargar el daño, para que se prouea y preuenga lo que fuere menester. y Para que todos estos avisos puedan ser ciertos y fundados conuendra q. tengais intelligencia por diuersas partes del reyno de personas ciertas y fiadas, especialmente en las fronteras y marinas y costas del, y mas en los puertos principales, sin contentaros con lo solo que en la corte se entendiere, sino cotejar lo vno y lo otro para que assi se pueda hazer juycio mas cierto y seguro.

»Vra. principal atención, como arriba queda apuntado, ha de ser en primer lugar al reparo y aumento de nra. Sancta fee cath.^{ca} Romana y sosiego y tranquilidad de la christiandad, q. es el fructo que yo pretendo coger de la Paz y el fin que tuue en hazerla, y que principalmente tengo en conseruarla, y assi procurareis hazer en las ocasiones q. ocurrieren todos los bu.^{os} officios que pudieredes, dando a entender al Rey y a su Madre q. el cierto y verdadero camino para perpetuar su corona es remediar ante todas cosas lo q. toca a la Religion y hazer ellos el negocio de Dios para q. Dios les haga los suyos, y sobre este articulo terneis la buena Intelligencia q. conuiene con el Nuncio de su S.^d q. reside en aquella, corte de manera que por su medio en tienda Su Bd. que en esto y en todo lo q. toca a la obseruancia y obediencia suya y de aquella Sancta Sede se haze por mi lo posible, y del mismo os ayudareis, si vieredes que lo podeis hazer, para lo q. fuere en sosiego, reposso y beneficio publico, dando quenta particular de todo lo q. con el Nuncio passaredes a mi Embaxor. en Roma para q. lo tenga entendido y pueda, si fuere menester, hazer que Su Sd. le encargue lo que se juzgare conuenir segun los negocios se offrescieren. y Para dar principio a esta amistad con el Nuncio le podreis dezir la orden q. lleuais mia de assistirle y corresponderle y tener con el toda buena inteligencia, y lo q. en ello me obligara de mas de cumplir con su officio.

»Assimismo haueis de tener buena amistad y comunicacion con los Embaxadores de Escocia, Venecia y el del Duque de Saboya mi sobrino, y de los otros Principes y Potentados mis amigos, y confederados q. alli huuiere, a fin q. todos entiendan la quenta que se hace de sus amos, y de conseruarlos en nuestra buena amistad. Pero usando con cada uno de ellos de mas y menos recato (o confidencia), segun las prendas de amistad, deudo y confederacion que con sus Principes yo tengo y teniendo respecto al stado, de las cosas y negocios que corrieren, y sin curar de embaraços en los puntos de precedencia q. entre algunos de ellos se tratan, sino dexarlos correr sus pretensiones con igualdad, honrrarlos y acariciarlos como a cada vno pertenesce.

»La Republica de Genova nos es tan deuota y declarada por nro. seruicio q. miramos siempre por sus cosas no menos q. por las nras. y Por q. Scipion de

fiesco, Juan Galeazo fregosso, Bart.^{me} Corona y otros foraxidos Ginoueses y Corsos que viuen en francia se entiende q. no dexan de tramar en daño de la dicha Repu.^{ca}, haueis de procurar siempre de saber lo q. tratan y maquinan y auisarlo a nro. embaxador en Genova y al Principe Ju.^o Andrea doria para q. ellos lo puedan aduertir a la Señoria, que como no tiene persona en la corte de Francia ni della la recibe en su Republica por tenerme respecto a mi, es bien q. vos tengais este cuydado.

»Viniendo los dias passados el Cont.^{or} Nauarrete de Paris para estos reynos fue presso por alguna gente del Duq. de Alançon y puesto en vna fortaleza, sobre q. se ha mandado a Maldonado q. hiciesse para su libertad las diligencias neces.^{as} Pero si acaso tras todo esto hallaredes q. no esta libre a vra. llegada hareis los officios que conuinieren para que luego le suelten y restituyan los papeles y cosas q. le huuieren tomado, y Aunque le hallasedes ya suelto, no dexareis de quexaros dello, afeando vna cosa tan fuera de buena razon.

»Las cosas q. se offrescieren dese acto las haueis de escriuir en cifra, q. para esso se os da la general q. yo tengo con mis ministros, y Avisareis continuamente el stado de los negocios y lo q. de nuevo se ofreciere, teniendo particular cuydado de examinar los auisos y la apariencia y fundamento que tuuieren.

»En poder de vnos padres de la Compañia de Jesus de vn Collegio de Paris dexo Juan de Vargas Mexia, al tiempo de su fallecimiento, vn scriptorio o scriptorios cerrados de papeles, encargando mucho q. no se abriessen sin orden mia, escriueseles q. os los entreguen. Vos los cobrareis de su poder y tomareis en el vro., assi cerrados y sellados como estan, y los guardareis a buen recaudo sin abrirlos ni llegar a ellos hasta q. sobre vro. auiso os ordene lo q. habreis de hazer.

»Las cartas y despachos que me escribieredes podreis enuiar con los correos que por aquella corte passaren de Flandes y de otras partes y otros que de alli salieren para aca, y tambien me podreys escriuir por via de Irun y Fuenterrauia vsando de dissimulación de baxo de cubierta de mercaderes o de otra manera que os parezca quando los mensajeros no fueren muy seguros o los passos no lo estuuieren; mas si se offrescieren negocios que requieran mayor diligencia podreis despachar correos propios assi aca como a los Ministros y partes que vieredes conuenir, y offresciendose escriuir por mar encaminareys las cartas a Bilbao a Juan Martinez de Recalde, mi criado, aduertiendo me las enuie con la diligencia q. conuiere.

»De los gastos extraordinarios q. hizieredes, assi en despachos de Correos como en otras cosas de nro. seruicio q. no se puedan excusar, embiareis aqui la quenta de seys en seys meses firmada, de vuestro nombre para q. se os libre y pague lo q. montare, siendo como de vos lo confiamos y q. terneis en esto la mano de manera q. no se gaste mas de lo forçosso y necessario.

»Diego Maldonado ha seruido en aquella embaxada desde el tiempo de D. Diego de Çuñiga con mucha satisfación mia, y las vezes que han quedado los negocios solo asu cargo sin hauer otra persona (como tambien lo

estan agora) ha dado (y da buen cobro dellos), y assi somos seruidos que le pagueis doscientos escudos cada año por el tiempo que alli residiere, assentandolos y poniendolos en los gastos extraordinarios, y os encomiendo su persona, encargando os q. os sirvais y valgais della ocupandole en lo que lo ha estado, no hallando inconueniente en ello, como no se cree que lo haura, sino que antes sera de prouecho.

»Para vuestro entretenimiento, mientras alli nos seruieredes, os he mandado señalar el salario que se acostumbra, como se os ha dicho y dado dello cédulas aparte.

»Esto es lo que al presente haueys de yr aduertido, que de lo que mas se offresciere se os yra dando auiso y la orden de lo que huuieredes de hazer. Dada en Badajoz a Seys de Noviembre de M.D.LXXX años.—YO EL REY (autógrafo).—Por mandado de Su M.^d, *Don Ju.^o de Idiáquez*.—Instruction a Juan Baptista de Tassis, q. va a residir en la corte del Rey xpmo. de francia.»

C. PÉREZ BUSTAMANTE

Universidad de Santiago.

Esto es de lo que al presente haueys de yr aduen-
tido, que de lo que mas se ofrresciere se os yra
dando aviso, y la orden de lo que huuiere des de
hacer. Dató en Badajoz a Seys de No-
viembre de M. D. Lxxx. años. /

Yo el Rey



Por mandado de su M^d

Don Lope Sotomayor

Instruction à Juan Baptista de Tassis, q^e va à residir
en la corte del Rey x^{mo} de francia /

LA VIDA MADRILEÑA EN TIEMPO DE FELIPE IV ⁽¹⁾

VIII

FIESTAS CORTESANAS PÚBLICAS DURANTE EL PRIMER MATRIMONIO DEL REY

I.—Solemnidades inaugurales del reinado

En los fastos de la monarquía española no se hallará probablemente reinado alguno más abundante en fiestas cortesanas que el de Felipe IV. Contrastaban, en verdad, la alegría, el bullicio y el despilfarro de tales divertimientos, con la miseria pública y con los reveses militares y políticos que iban arrasando a España en la vorágine de la decadencia y la ruina.

Sólo la elegante y refinada corte de Versalles, donde brillaba el *Rey Sol* con pompa cortesana no igualada jamás en los tiempos modernos, podía admitir comparación con el esplendor y el fausto de la corte, a la vez mojigata y libertina, del cuarto Felipe.

Tenía ésta en sus festejos un espíritu pagano, jocundo y sensual, mal encubierto por las exterioridades de un ritualismo católico extremado, por la severidad de la negra ropilla que vestían aún los más altos personajes, y hasta por el gesto solemne, impenetrable y hierático adoptado por el rey siempre que se presentaba en público.

Tales apariencias eran lo único que ya restaba de la tradicional sencillez, casi cenobítica, que había tenido la corte en el siglo xvi.

Hay que reconocer, no obstante, en obsequio a la verdad, que las fiestas palatinas de más coste, brillantez y estruendo se efectuaron en la primera parte de aquel reinado, desde 1621 a 1640; es decir, durante la juventud del rey y antes de las grandes catástrofes que dentro y fuera de la península desmembraron el territorio español y amenazaron su total fraccionamiento.

Adolescente el monarca, que contaba diez y seis años al heredar el trono,

(1) Los artículos anteriores de la serie se insertaron en los números de esta REVISTA correspondientes a octubre de 1924, julio y octubre de 1925, abril y julio de 1926 y enero, abril y octubre de 1927.

y sólo ansiaba entonces diversiones y placeres; casado con una princesa de diez y ocho abriles, como Isabel de Borbón, no menos dada a las fiestas, como educada en la alegre corte de su padre el bearnés Enrique IV de Francia, y gobernando un favorito como el conde-duque de Olivares, joven aún al empezar a ejercer su cargo, pues sólo tenía treinta y seis años, y deseoso de halagar los gustos regios para conservar y acrecentar su privanza, se explica bien el vértigo de espectáculos y fiestas a que la corte iba a entregarse. Y claro es que, siendo la imitación de las inclinaciones soberanas achaque inveterado de las cámaras regias, magnates y cortesanos compitieron en inventiva y derroche para organizar en obsequio de Felipe magníficos festejos (1).

Para ello dieron ocasión sucesos de la más varia índole: llegada a Madrid de embajadores, príncipes o altos dignatarios extranjeros; canonizaciones de santos; nacimientos, bautizos o juras de vástagos reales; funciones en iglesias y conventos en honor de bienaventurados o de obispos; elección de príncipes de la casa de Austria para altas dignidades extranjeras; bodas reales; noticias o rumores de alguna victoria de nuestras armas, aun siendo tan menguadas las que entonces alcanzamos; festividades periódicas consagradas por el almanaque, como San Juan, Carnestolendas y las demás que daban coyuntura al esparcimiento del vecindario. Todo era aprovechado para que el Madrid cortesano y oficial *ardiese en fiestas*, como en el romance morisco de Moratín.

La primera de esta índole fué la celebrada en la Plaza Mayor el 2 de mayo de 1621, con ocasión de alzar la villa matritense pendones por el nuevo rey Felipe IV dos días después de morir su padre Felipe III. Entre los espectáculos que con tal motivo costeó la capital de España, figuraron unos fuegos artificiales muy artísticos y lujosos, que representaban las armas de Madrid. Constituyeron el derroche inicial del reinado, y de él se quejaba ya Villamediana en la composición que empieza:

«Señores, yo me consumo.
¿Hay tan grande maravilla?
¡Que haya gastado la villa
tres mil ducados en humo!»

(1) Los conocemos en pormenor por los papeles y folletos sueltos que solían imprimirse cuando cada fiesta se celebraba, detallando todas sus particularidades, y muchos de los cuales se conservan. El estudio completo de ellos puede verse además en la eruditísima obra de Alenda y Mira, *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España* (págs. 207 a 381); en las noticias y avisos de la época, tales como las *Noticias de Madrid de 1621 a 1627*, las publicadas por el Sr. Rodríguez Villa sobre los años 1636 y 1637, y las *Cartas*, de Almansa; en las Memorias de los viajeros, señaladamente Bertaut, Brunel y madame d'Aulnoy; en el libro escrito ex profeso por el servidor y cronista de Felipe IV Diego de Soto y Aguilar, cuyo título es *Tratado donde se ponen en epitome algunas fiestas que se han hecho por casos memorables que han sucedido en España y fuera de ella tocantes a la monarquía de España y su corona* (Ms. de la Real Academia de la Historia), en los *Anales de Madrid*, por Pinedo, y en otros testimonios coetáneos, entre ellos las poesías escritas por los más célebres ingenios para loar o satirizar ciertos espectáculos.



Terminado el año de luto que la corte dedicó al difunto monarca Felipe III, empezaron en 1622 las festividades del nuevo reinado, que habían de ser tan memorables. Las inició y organizó la gentil soberana, preparándolas para la primavera, propicia siempre a la expansión del espíritu y a la eflorescencia amorosa. Lucieron en ellas flores de amor nacidas en los más espléndidos vergeles cortesanos, y que habían de ser también flores de sangre.

II.—Amores reales: muerte de Villamediana

Entre aquella nobleza arrogante y disoluta se destacaba D. Juan de Tassis, conde de Villamediana, famoso por la viveza de su ingenio, la elegancia y gallardía de su porte, la amenidad y gracejo de su lenguaje, y su proverbial galantería con las damas, no menos que por la amenidad de su humor y el atrevimiento de sus palabras y actos, a que debió el destierro sufrido en tiempo de Felipe III.

La pública voz le acusaba de haber osado poner su amoroso pensamiento en una belleza augusta, que había de serle fatal; y los que veían sus asiduas visitas a Palacio y su intervención como organizador en las fiestas regias, a que le daba derecho su refinado buen gusto; los que leían los misteriosos versos de Villamediana, donde era ponderado su amor, calificándosele de imposible por elevar su vuelo a mucha altura, o las poesías eróticas dedicadas a *Belisa*, nombre en que los maliciosos cortesanos creían ver un anagrama de Isabel;

todos ellos lanzaban a los vientos los nombres de Villamediana e Isabel de Borbón unidos en inmoral consorcio.

Varias anécdotas, irrespetuosas para el decoro de la majestad, corrían por entonces respecto a la pasión de Villamediana por la reina.

La más divulgada refiérese a una fiesta de toros y cañas celebrada en la Plaza Mayor de Madrid en ocasión no bien puntualizada, pero que, según el Sr. Cotarelo, debe de referirse a alguno de los varios festejos de 1622.

No podía faltar a ella D. Juan de Tassis, diestro jinete y luchador bizarro. Y cuéntase que tuvo el atrevimiento de presentarse llevando por escandalosa divisa un buen número de reales de plata, y por jactancioso mote la inscripción: *Estos son mis amores*.

Añaden algunas versiones novelescas que los cortesanos intrigáronse por hallar la clave del emblema enigmático. *Mis amores son dinero*, interpretaban unos. *Mis amores son efectivos*, suponían otros. Pero el bufón del rey, con la maligna procacidad que le daba su cargo, hizo en voz alta el comentario verdadero: *Mis amores son reales*, a lo cual añadió colérico el monarca: *Pues yo se los haré cuartos* (1).

Según las noticias que da madame d'Aulnoy, suministradas, según ella dice, por la condesa viuda de Lemus, fué Olivares, irreconciliable enemigo de Villamediana, quien advirtió el desacato de éste al rey y le incitó a castigarle.

La audacia amorosa de Villamediana, comentada maliciosamente por toda la corte, fué un bochorno intolerable para la dignidad de los reyes, y todo hace creer que fuera ésa la causa de la efectiva tragedia que costó la vida al enamorado conde.

En la noche del 21 de agosto de 1622 iba Villamediana en carroza con D. Luis de Haro, hermano del marqués del Carpio, departiendo alegremente sobre diversiones y versos. Pasando por la calle Mayor, y al llegar a la desaparecida Puerta de Guadalajara, según unos (2), o a la esquina de la calle de Boteros (hoy de Felipe III), según otros (3), un hombre que salió de un portal mandó parar el coche, reconoció a Villamediana, que iba al estribo y con la cabeza fuera, y le asestó tan rudo golpe con su daga o con su ballestilla (cambian las versiones), que, después de atravesarle un brazo, le taladró el pecho rompiéndole dos costillas, y asomando por el hombro la punta del hierro asesino, que le dejó expirante.

Es lo más singular que era aquel día de fiesta, y la calle Mayor, como lugar de paseo, estaba concurridísima, circunstancia que aprovechó el matador para escabullirse entre el gentío sin ser capturado.

La justicia hizo inútiles o amañadas diligencias por descubrir a los asesinos.

(1) D. Cayetano de la Barrera y Hartzenbusch han negado tal osadía de Villamediana; pero ella consta en testimonio de la época. El primero en consignarla fué Baltasar Gracián en su *Agudeza y arte de ingenio*, publicada en 1648. También hacen alusión a lo mismo los coetáneos Pellicer de Ossau, Salazar y Castro, Brunel y madame d'Aulnoy.

(2) Gonzalo de Céspedes, en su *Crónica de Felipe IV*.

(3) Quevedo, *Grandes anales de quince días*.

nos, que quedaron en el misterio, y aun se dice que recibieron prebendas. Pero la voz pública señaló, tras el brazo homicida, al inductor, que ceñía corona, y a quien aludieron harto transparentemente los ingenios de la época en las poesías con que comentaron el triste fin del vate prócer. Pronto se hizo popular aquella décima atribuida a Góngora, que empieza:

«Mentidero de Madrid,
decidnos: ¿quién mató al Conde?»

.....

y cuyo término es:

«La verdad del caso ha sido
que fué el matador Bellido
y el impulso soberano.»

Es decir, que la opinión atribuyó el crimen a una mano mercenaria, movida por instigación del rey.

Pero otros, recordando la mordacidad de la pluma del conde, achacaron a venganza de algún poderoso agraviado su misteriosa muerte.

Ambas versiones tuvieron valedores entre los contemporáneos, y las han conservado entre los críticos modernos, aunque la primera parece más verosímil que la segunda (1).

Sobre este punto, sobre quién era la verdadera beldad esquivada a quien aludían los enigmáticos versos de D. Juan de Tassis como objeto de su imposible pasión, si la propia reina Isabel o su dama doña Francisca de Tabora; sobre sí, en el primer supuesto, Isabel de Borbón alentó o conoció siquiera las pretensiones del conde, y hasta sobre los atractivos personales de éste, se ha escrito muchísimo y fantaseado no poco desde aquellos días hasta los actuales. Tanto como la erudición, la leyenda, la poesía, la novela y hasta el teatro (2) se han nutrido repetidas veces con los amores, las andanzas y el desastroso fin del desenfadado conde.

Por ser todo ello muy conocido ya aun de los más legos en historia, y porque este artículo no se refiere a personaje alguno en particular, sino sólo a fiestas, no me detengo a examinar tales cuestiones, limitando la mención de Villamediana a su intervención en un divertimiento cortesano y a la probable consecuencia de la misma.

(1) El académico D Emilio Cotarelo y Mori, en su monografía *El conde de Villamediana*, ha hecho el estudio más sólido, copioso y autorizado sobre cuanto afecta a este personaje, analizando además todo lo que sobre él se ha escrito. El señor Alonso Cortés acaba de publicar su erudito opúsculo, *La muerte del Conde de Villamediana*, donde pretende probar que el conde padecía debilidades *contra natura*, y que sólo a ellas se debió su asesinato; versión que merece muchas reservas.

(2) El último dramaturgo que ha llevado a la escena la figura de Villamediana es el joven Joaquín Dicenta (hijo) en su drama *Amores reales*, que recopila en inspirados versos todas las tradiciones y anécdotas referentes a la presunta pasión y a la muerte del conde, y en las notas con que adiciona su obra al imprimirla recoge las aportaciones de la erudición moderna.

• III.—Otros festejos en 1622 y 1623

La fiebre de las fiestas públicas no declinó en mucho tiempo.

Cualquier suceso medianamente agradable de la vida española se celebraba, como si fuese una felicidad inusitada, con regocijos pomposos y extraordinarios, en los que intervenían el rey y la corte, y llenaba las calles la muchedumbre, solemnizándose también, para mayor irreverencia, con festividades religiosas.

Se cerraban las tiendas, se iluminaban las fachadas, engalanábanse con colgaduras balcones y ventanas, quemábanse cohetes y fuegos de artificio, se exhibían galas y lujos que las pragmáticasuntuarias permitían con carácter de excepción, y se derrochaba en vano el dinero, sin mirar la penuria que para después acechaba.

En los primeros veinte años de aquel reinado sucediéronse casi sin interrupción mascaradas, cacerías, torneos, corridas de toros, luchas de fieras, juegos de cañas y de estafermos, bailes, cabalgatas, banquetes, representaciones escénicas en Palacio, certámenes poéticos, procesiones religiosas y otras ceremonias eclesiásticas o profanas.

También en 1622 festejó la corte, en la tarde del 8 de junio, la llegada a Madrid de Pablo de Altarriba, *canciller en cap* y embajador de Barcelona, por medio de una lucidísima comitiva de altos dignatarios, títulos, pajes y escolta lujosa con antorchas, tambores y ministriles, lo propio que si se tratara del embajador de una gran potencia extranjera.

Pero las fiestas de 1623 eclipsaron el brillo de las del año antecedente.

Empezaron por una mascarada el domingo de Carnestolendas, en la que tomaron parte noventa caballeros, vestidos «unos a lo antiguo, como emperadores romanos; otros a lo turquesco, y como africanos». «El rey y el conde-duque lucían disfraces de lama de plata bordada de acero pavonado, y muchas y grandes plumas azules con rosetas blancas, y en los sombreros dos rosas de diamantes de inestimable valor y precio» (1).

Figuraban en la comitiva el rey, su hermano D. Carlos, el conde-duque, tropas y guardias reales, y toda la flor de la nobleza con séquito numeroso de pajes, trompeteros y tambores, tan ricamente ataviados todos ellos que, según Soto y Aguilar, relator minucioso de la fiesta, no se distinguían los magnates y príncipes de sus servidores; todos sobre magníficos caballos andaluces, adornados con jaeces y gualdrapas de terciopelo y oro, tan valiosos como nunca se habían visto.

La comitiva salió hacia las dos de la tarde del monasterio de la Encarnación, y, después de recibir un chubasco que estuvo a punto de estropear el fes-

(1) Relación impresa de entonces que Alenda menciona, obra cit., págs. 213 y 214.

tejo, se dirigió a la plaza de Palacio, donde los jinetes, distribuidos en parejas, cada una de las cuales llevaba distintos colores y atributos, hicieron ejercicios de equitación, cabalgando, veloces como el viento, ante los balcones del Alcázar, donde la reina, infantas, damas y el cardenal arzobispo de Toledo, hermano del rey, presenciaban la vistosa cabalgata.

Distinguióse Felipe IV, que era diestrísimo jinete y que montaba un soberbio caballo bayo, obsequio del marqués del Carpio. Desde aquel lugar marcharon sucesivamente a las plazas de las Descalzas, Mayor y Puerta de Guadalajara, donde repitieron las caballerescas evoluciones en pistas preparadas al efecto.

Como sobrevino la noche antes de disolverse la comitiva, alumbráronse las calles de su paso con miles de antorchas. El coste de la fiesta pasó de 200.000 ducados.

IV.—*Agasajos al príncipe de Gales*

La llegada a Madrid del príncipe de Gales, Carlos Stuardo —el que después fué Carlos I de Inglaterra, y ofreció, muriendo en público patíbulo, el primer ejemplo de un monarca ejecutado por la terrible justicia popular—, dió ocasión a una de las series más fastuosas de diversiones que hicieron época en los tiempos del cuarto Felipe (1).

Mediaban tratos para el matrimonio del príncipe de Gales con la infanta doña María, hermana del rey, y aunque era grave dificultad la religión luterana que profesaba aquél, nuestros diplomáticos, la corte y el pueblo todo tenían cifradas las mayores ilusiones en tal casamiento, que hubiera podido acaso trocar en amistad para España el encono inveterado con que nos perseguía Inglaterra desde el tiempo de la *Invencible*. No es, pues, de extrañar que corte tan ostentosa como era la de Madrid echase entonces la casa por la ventana, según la vulgar y gráfica frase, para agasajar al regio huésped. Este, que era de extravagante humor, presentóse de riguroso incógnito en Madrid la noche del 17 de marzo de 1623, acompañado por el marqués (luego duque) de Buckingham, gran almirante de Inglaterra. A las once de la misma sorprendió al embajador inglés, conde de Bristol, que ignoraba su llegada, pidiéndole hospedaje, y se instaló en su domicilio, que estaba en la célebre *casa de las siete chimeneas*, situada en la calle de las Infantas.

Advertidos el rey y el conde-duque aquella misma noche por conducto

(1) Sobre la estancia del príncipe de Gales en Madrid y agasajos de que fué objeto abundan considerablemente los datos en los *Anales*, de Pinelo; el *Tratado de fiestas* y la *Historia manuscrita de Felipe IV*, compuestos por Soto Aguilar; en las *Cartas*, de Almansa; *Noticias de Madrid de 1621 a 1627*; Howell, *Familiar Letters*, y el *Diario manuscrito*, de lord Bristol, utilizados por Martín Hume (*Court of Philip IV*, caps. II y III); la *Relación de la entrada pública del príncipe de Gales en Madrid*, inserta en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, III, 204, y las varias narraciones de festejos particulares reunidas por Alenda, obra cit., págs. 212 a 231.

del embajador, preparáronle alojamiento en el llamado cuarto viejo del monasterio de San Jerónimo, suntuosamente decorado por servir de retiro a personas reales. En los siguientes días fué llegando el séquito del príncipe, y se dispuso a éste en el real Palacio las habitaciones correspondientes a su jerarquía. En tanto, aunque todo Madrid estaba en el secreto, proseguía el incógnito. Reservadamente había visitado Olivares al príncipe, y éste se entrevistó con el rey en el Prado ocupando su coche, y presenció desde el suyo, oculto bajo las cortinillas, una *rúa* en la calle Mayor, a la que asistió con sus mejores galas el *todo Madrid* dorado, ansioso de ver —o de vislumbrar al menos— al misterioso huésped, de quien tanto bien aguardaba la monarquía.

En honor del príncipe se mandó, por decreto real y público pregón, suspender las recientes leyes suntuarias mientras aquél permaneciese en Madrid. Se trataba de deslumbrarle con el lujo y con las fiestas.

También en honor de tan alto visitante se sacó de las cárceles a muchos presos, y Felipe IV, para que los próceres de su corte pudieran asistir a las festividades con el boato correspondiente a sus títulos y prosapias, adelantó muchos miles de ducados a los más linajudos duques, marqueses, condes, al almirante de Castilla y a otros notables caballeros (1), a condición de devolverlos dentro de cierto número de años.

Para la entrada oficial del príncipe en Madrid se trasladó éste privadamente a San Jerónimo en la mañana del 26 de marzo, y después, de modo público y procesional, desde aquel monasterio al Alcázar de los reyes. Tal acto constituyó una de las mayores solemnidades de la época, no obstante la lluvia que aquel día cayó a intervalos amenazando deslucir la fiesta.

Por la mañana fueron a rendirle homenaje a San Jerónimo todos los Consejos, con sus alguaciles, escribanos de cámara, secretarios, relatores, procuradores, fiscales y maceros, todos con insignias y ricas vestiduras y a caballo. Tras ellos llegaron, precedidas de pífanos y tambores, las guardias española y alemana; después el Municipio de Madrid, con sus timbales; luego nobles, príncipes y caballeros, todos con escoltas lucidas e indumentaria fastuosa de brocados, terciopelos, sedas, encajes, oro y pedrería. Por último, el rey Felipe, que había ido en coche por calles excusadas, subió a la una por una puerta trasera al monasterio, y conversó afectuosamente con su huésped hasta las tres, en que se puso en marcha la comitiva. Precedían tambores, atabales, clarines, trompetas y chirimías de la Real Casa, dejando oír sus sonidos estridentes. Seguían alcaldes de corte, gentilhombres de cámara, grandes de España, reyes de armas, guardias, caballerizos, pajes y lacayos. El rey y el príncipe (éste a la derecha de aquél) iban detrás, juntos, bajo un palio de damasco blanco con flecos de oro sostenido por lanzas de plata, y cerraban la comitiva Olivares y Buckingham con numerosos señores y la guardia de archeros.

(1) El detalle de las personas favorecidas y sumas que recibieron, se halla en el manuscrito *Relación de las facultades concedidas por la venida del señor príncipe de Gales*, copiado en Alenda, obra cit., pág. 221.

Siguió la comitiva la Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol, calle Mayor y plaza de Santa María, hasta el Alcázar. Las calles del tránsito lucían colgaduras y tapices, y las travesías estaban interceptadas con vallas para evitar el paso de los coches. En la Puerta del Sol habíanse instalado retratos de los reyes de España, sus padres y sus abuelos, y el de la infanta doña María, al cual el príncipe inglés saludó cortésmente.

En la calle Mayor «había tablados, en que los representantes, con bailes y representaciones, acompañaban al regocijo del pueblo, que en ventanas y calles adornadas ricamente era cuanto en nobleza y en número encierra la corte en cualquier concurso» (1).

El rey aposentó al príncipe en el Alcázar, y tanto él como la real familia le colmaron de regalos.

Del 26 al 28 Madrid fué una sucesión de fiestas esplendentes por el día y por la noche: corridas de toros, juegos de cañas, comedias, conciertos, iluminaciones y fuegos artificiales, que dieron ocasión a príncipes, magnates y cortesanos para exhibir un lujo oriental. El propio Buckingham, tan fastuoso, estaba deslumbrado, según confesaba en su carta al rey de Inglaterra (2).

De muchos de aquellos festejos —los más espléndidos que recordaba Madrid— se hicieron narraciones escritas especiales para perpetuar su recuerdo. En los artículos de esta serie referentes a toros y festividades religiosas aludí a ellos más circunstanciadamente.

Aunque no con la profusión de los primeros días, los cinco meses largos que el príncipe pasó en la corte fueron de fiestas casi incesantes, cuya detallada enumeración, siguiendo a los relatos farragosos que las describen, haría interminable y soporífero este relato. Sólo haré esquemática referencia de las principales.

El 30 de marzo hubo expedición de caza. El 1 de abril corriéronse sortijas y lanzas en la Casa de Campo. Al día siguiente, domingo, dió el conde de Monterrey, en honor de los extranjeros, un banquete, en el que se sirvieron doscientos platos y hubo seis coros de música. El 4 del mismo mes se repitió la excursión cinegética al Pardo, y otras análogas se hicieron «a los bosques y sotos de su majestad, que por ser tantos y tan abundantes de caza mayor y menor ha tenido [el príncipe] particulares entretenimientos y gusto en ellos» (3).

Concurrió Carlos de Inglaterra a las fiestas de Semana Santa, más solemnes aquel año que nunca, y pudo admirar los rigores ascéticos mayores que se habían visto, desplegados por los penitentes en la procesión del Viernes Santo.

El domingo de Pascua, 16 de abril, se celebró a expensas del almirante de Castilla, D. Juan Alfonso Enríquez, un memorable torneo con mascarada festiva. Convirtiéronse para el caso en palenques las plazas Mayor, de las

(1) *Relación de la entrada pública del príncipe de Gales en Madrid.*

(2) Martín Hume, obra cit., cap. III.

(3) Andrés de Almansa, obra cit., Carta 12.

Descalzas y de Palacio, cerrándolas con vallas. Marchó la comitiva desde la casa del almirante a la mansión de los reyes. Abrían filas 50 atabales, trompetas y chirimías, con librea anaranjada y blanca. Seguían caballeros, pajes y lacayos, «todos en excelentes caballos, sillas de borrenes y guarniciones bordadas de oro y rodela aceradas, en que iban los carteles del desafío, que fueron clavados en las puertas de Palacio, hallándose en los balcones las reales personas y otras distinguidas de la corte. Dió la vuelta la mascarada toda, cuyas libreas costeó el almirante, vistiendo a todos de marlotas y capellares de tela naranja y plata, turbantes de Marruecos y penacho blanco... Dieron dos carreras en Palacio ..., llamando entre todas la atención cuatro máscaras, con sus lacayos vestidos de turcos enmascarados, en quienes desde luego reconoció el público al rey y a su hermano el infante D. Carlos, el conde de Olivares y el marqués del Carpio, respectivamente, con S. M. y el infante. De Palacio fueron a las Descalzas seguidos de más de cuatrocientas personas a caballo... trasladándose a continuación la mascarada a la Plaza Mayor, donde se volvió a correr» (1). Entre los enmascarados figuraban también Carlos Stuardo y Buckingham. Al terminar abril, hicieron las personas reales e invitados una expedición a Aranjuez.

«Aquí se admiró su alteza de ver servirse aquella casa con camellos en lugar de acémilas y de ver la cantidad de avestruces que hay, grandes y pequeños, criados en aquel sitio, lo cual ocasionó a su majestad a que presentase al príncipe un elefante y cinco camellos y un avestruz, lo cual su alteza recibió y mandó enviar luego a Inglaterra. Otras veces entreteniéndose viendo hacer mal a caballos, o jugar a la pelota, o en ver correr sortija y estafermo, retirado con su majestad en los jardines de la Priora, y muchas tardes en ver jugar las armas, a cuyo ejercicio acudieron a Palacio el maestro mayor dellas y el de su majestad y D. Luis de Narváez, primor de la destreza verdadera, y otros maestros desta corte» (2).

Asistió el príncipe de Gales el 1 de mayo a la romería de Santiago el Verde, y el 15 de junio a las festividades del Corpus, celebradas aquel año con pompa inusitada, como en un artículo anterior consigné. Magníficas fueron las corridas reales del 4 de mayo y del 1 de junio, comentadas en verso por Quedo; espectáculo que sorprendió y agradó a los ingleses más que todos los otros, por ser de más novedad para ellos. Y el príncipe correspondió a tantos agasajos con una solemnidad palatina, a imitación de las que se efectuaban en su país en los capítulos de la Orden de la Jarretiera.

Nuevamente hubo toros y cañas en 26 de junio. Este último ejercicio se repitió el 18 de agosto, en una gran fiesta que dispuso el rey en el parque de su Palacio para solemnizar el cumpleaños de la infanta, y que terminó

(1) Alenda, obra cit., pág. 222. Su relato está tomado literalmente del que escribió Andrés de Mendoza en 19 de abril de aquel año. Otros varios se escribieron entonces sobre el particular.

(2) *Cartas*, de Almansa, pág. 206.

con toros encohetados, buscapiés, tronadores, cometas, rayos, centellas y bombas (1).

Pero de más suntuosidad y aparato fueron los juegos de cañas del 21 de agosto, en que intervino el rey, para celebrar las capitulaciones matrimoniales entre la infanta y el príncipe inglés. Fueron calificadas de «admirables y portentosas fiestas... las mejores que hasta hoy se han visto ni oído...», por una de las varias narraciones que sobre ellas se compusieron. Quevedo les dedicó una célebre jácara; Ruiz de Alarcón, 73 octavas reales; el marqués de Villafranca, un romance dedicado al rey, y D. Miguel Venegas, descendiente del monarca granadino *El Zagal*, una hiperbólica y rutilante descripción poética.

Consideróse aquel espectáculo como el más brillante de cuantos el rey había consagrado con su presencia e intervención personal.

Así prosiguieron las fiestas, los convites y saraos, hasta el 9 de septiembre, en que el príncipe y su séquito retornaron a Inglaterra materialmente abrumados de regalos valiosísimos.

El numen cortesano y popular fué también pródigo en saludos poéticos al heredero del trono inglés.

Poetas anónimos y algunos reputados ingenios le dedicaban loores, o celebraban los obsequios públicos en estrofas más entusiastas que inspiradas, como aquella letrilla del capellán de San Ginés, cuyo estribillo era:

«Príncipe de Ingalaterra,
vengáis muy en hora buena»;

o aquellos versos de López de Zárate, que terminaban:

«Antes que reines en las dos Bretañas,
pompa de rey te ofrecen las Españas» (2).

La que más agradó a los ingleses (3) fué una estrofa de Lope de Vega, que decía así:

«Carlos Stuardo soy,
que, siendo el amor mi guía,
al cielo de España voy
por ver mi estrella María.»

Según cálculo de Góngora, los agasajos al príncipe de Gales subieron a un millón de ducados; gasto inútil que no correspondía a las esperanzas pú-

(1) Relación manuscrita, anónima y coetánea, citada por Alenda, obra cit., pág. 227.

(2) Pueden verse varias de estas composiciones en Alenda, obra cit., págs. 220 a 231.

(3) Como tal la copió Howell en las cartas que desde Madrid mandaba a Inglaterra.

blicas, pues las negociaciones diplomáticas para el matrimonio fracasaron, y ni éste se efectuó ni Inglaterra depuso su hostilidad tradicional, de que siguieron siendo víctimas nuestras costas, nuestras colonias y nuestros galeones.

V.—Nuevas fiestas, desde 1623 a 1638

No terminaron las fiestas palatinas de 1623 con la marcha de Carlos Stuardo, pues el 25 de noviembre de aquel año mismo nació a los reyes de España su segundo vástago (1), que fué la princesa Margarita, y tanto el nacimiento como el ceremonial del bautismo, efectuado el 8 de diciembre, celebráronse con alegres expansiones; entre ellas banquetes, libreas y comitiva de caballeros enmascarados, que llevaban antorchas (2). Tales regocijos por asegurar la sucesión del trono quedaron malogrados, pues la princesa murió al mes de nacer.

En el siguiente año hubo tres sucesos que festejar: la boda del condestable de Castilla, las capitulaciones matrimoniales de la marquesa de Liche, hija única del conde-duque, con el marqués de Toral, que dieron motivo a suntuosa mascarada y paseo público de magnates, interviniendo el rey, en 15 de octubre; la llegada del duque de Neoburg, elector del imperio alemán, que se celebró el 20 de noviembre con toros y cañas, lidiando y justando los más ilustres caballeros de la corte, y el recibimiento que ésta dispuso al archiduque de Austria, D. Carlos, obsequiándole con análogos festejos. En honor de ambos huéspedes hubo también las mascaradas e iluminaciones de rigor.

En octubre de 1625 tuvo Madrid seis días de fiestas en honor de San Francisco de Borja, consistiendo en procesiones, máscaras, luminarias y comedias, con asistencia de los soberanos y de los infantes (3).

En 1626, después de haber recibido la corte con la mayor solemnidad al legado pontificio, cardenal Barbarini, a quien cantó no menos que Lope de Vega, celebróse en 7 de junio el bautismo de la infanta María Eugenia, nacida en noviembre del año anterior, a la que apadrinó el propio legado, para cuyo fin se había aplazado la ceremonia. Con ese doble motivo se repitieron las obligadas fiestas reales. Pero tampoco se logró la nueva infanta, pues falleció a los veinte meses de nacer.

«Hubo meriendas para las damas y comedia en el salón, donde asistieron sus majestades y altezas. Encendieron luminarias en Palacio y otras partes... Previénense saraos, mascaradas, encamisadas, toros y cañas para aplaudir la presencia de tal huésped y solemnizar el regocijo de otros felices sucesos» (4).

En 1627, no existiendo otro pretexto alegable, hizo la villa grandes fiestas

(1) El primero, una niña del mismo nombre, nacida antes de tiempo en 14 de agosto de 1621, falleció al día siguiente de nacer.

(2) Alenda, obra cit., págs. 232 a 234.

(3) Alenda, obra cit., págs. 243 a 245.

(4) Relato del doctor Ferrari, capellán del rey, mencionado por Alenda, con otras narraciones coetáneas de aquellos festejos, obra cit., págs. 255 y 256.

por la salud del rey. Pero en 1629 hubo ya repetidas coyunturas para nuevos festejos. Fué la primera el desposorio de la hermana del monarca, doña Maria de Austria (la anterior prometida del príncipe de Gales), con el rey de Hungría y Bohemia, hijo del emperador alemán; solemnidad efectuada en Madrid el 25 de abril de aquel año, aunque la indisposición de Felipe IV, enfermo de tercianas, quitó aparato y publicidad al regocijo. De abril a mayo hubo también fiestas en el convento de la Merced en honor de su patriarca San Pedro Nolasco, solemnizándose por medio de procesiones con carros alegóricos y con danzas de *gigantes*, *gitanas* y *aldeanos*, iluminaciones, fuegos artificiales, un certamen poético y una comedia sobre la vida del santo compuesta al efecto por Lope de Vega; todo con asistencia de las reales personas, Consejos, religiosos y gente principal. Pero más importancia tuvieron las públicas expansiones con que se acogió el nacimiento del primer hijo varón de los reyes, el príncipe Baltasar Carlos, a quien se suponía destinado a continuar las glorias y a heredar el aún poderoso imperio de la española casa de Austria. Tal suceso, ocurrido en 17 de octubre de 1629, después de morir las infantas y de malparir la reina otras dos niñas en 1626 y 1627, colmaba las esperanzas de los reyes y de sus fieles vasallos.

Todas las campanas de la villa repicaron por tan feliz suceso, y Felipe IV, ebrio de júbilo, abrió las puertas de su cámara para que entrasen a verle y besarle la mano hasta los mozos de silla. Entre los magnates que acudieron al besamanos descolló ridículamente un caballero portugués, D. Diego de Menezes, que llegó muy arrebozado, y, al divisar al rey, sacó unas sonajas y se puso a tocarlas como pintoresca expresión de su alborozo. A partir del día que el príncipe vino al mundo siguiéronse otros nueve de luminarias y esparcimientos varios. La noche misma del nacimiento hubo gran mascarada, en que intervinieron el infante D. Carlos y el conde-duque. El bautizo del príncipe, el 4 de noviembre, dió ocasión a muchos festejos. Apadrináronle sus tíos la reina de Hungría y el infante D. Carlos, y le condujo en brazos la condesa de Olivares sobre una silla de cristal de roca, que los contemporáneos estimaron como la más preciosa alhaja vista en el mundo (1).

La primera salida de la reina al santuario de Atocha se celebró con otra mascarada dispuesta por el duque de Medina de las Torres el 21 de noviembre, abundante en disfraces riquísimos, blancos y negros, recamados de oro, plata y perlas. Distribuidos en parejas los enmascarados, entre los que figuraba el rey, y precedidos por atabales y chirimías, corrieron a caballo de noche por los sitios acostumbrados de la villa y por la plaza de Palacio, desde cuyos balcones presenciaban el espectáculo las reinas de España y de Hungría y el cardenal infante. El 12 de diciembre hubo toros y cañas en la Plaza Mayor, corriendo en estas cañas el rey con el conde-duque y el infante con el marqués del Carpio (2).

(1) P. Flórez, *Memorias de las reinas católicas*, tomo II, pág. 944.

(2) En Pinelo, en Soto y Aguilar y en las relaciones citadas por Alenda, obra cit., páginas 261 a 265, hay mención de tales festejos.

Terminó el año con la solemne despedida hecha a la nueva reina de Hungría, al trasladarse a los que iban a ser sus dominios.

En 1632 coincidió la jura solemne del heredero del trono por las Cortes de Castilla, en la iglesia de San Jerónimo, con la festividad de Carnaval, y con tal motivo hubo grandes regocijos públicos, señaladamente una gran mascarada de ochenta caballeros con lacayos numerosos el 10 de marzo (1).

En *La banda y la flor* describe Calderón minuciosa y entusiásticamente la jura del príncipe Baltasar Carlos, efectuada en Madrid en 7 de marzo de 1632. Llama luceros a los infantes, aurora a la reina y sol al rey, alabando su figura y sus dotes ecuestres en esta forma:

«¿Diré que galán bridón,
calzadas botas y espuela,
.....
airoso el brazo, la mano
baja, ajustada la rienda,
terciada la capa, el cuerpo
igual y la vista atenta,
paseó galán las calles
al estribo de la reina?» (2).

En 1633 Felipe IV conmemoró con grandiosas fiestas la inauguración de su nuevo palacio del Buen Retiro, al cual y a sus festejos me referiré en un artículo próximo.

En noviembre de 1634 estuvo en Madrid la princesa Margarita de Saboya, duquesa de Mantua, de paso para Portugal, de donde el rey la había nombrado gobernadora, y fué acogida con grandes agasajos. En 16 de enero de 1635 nació una nueva hija a los reyes, la infanta Ana María Antonia, que sólo vivió un año. Su nacimiento y su bautismo, el día de las Candelas, se conmemoraron con los festejos consabidos en casos tales.

Una de las recepciones más solemnes fué la dispensada a doña María de Borbón, princesa de Carignan, llegada a Madrid el día 16 de noviembre de 1636, a la cual recibieron el rey y toda la corte más allá de la Puerta de Alcalá, acompañándola en pomposa comitiva hasta el real Palacio. Con la estancia de aquella dama en Madrid coincidió la elección de rey de Romanos, que recayó en Fernando III de Hungría y Bohemia, primo hermano de nuestro monarca, noticia conocida en Madrid al comenzar el año 1637. Ambas razones, y el contarse ya con un sitio tan apropiado como el Buen Retiro para fiestas reales, movieron al siempre fastuoso Felipe IV para disponer en aquel lugar una de las más brillantes series de festejos y regocijos que aquella siem-

(1) Amador de los Ríos, en un apéndice del tercer tomo de su *Historia de la villa y corte de Madrid*, reproduce una de las relaciones coetáneas de la jura, y Alenda enumera bastantes relatos de la misma y de los festejos que la siguieron, obra cit., págs. 273 a 276.

(2) Jornada primera, escena quinta,

pre regocijadísima corte presenció jamás, y de los cuales se hará mención aparte.

Desde 21 a 25 de octubre de 1638, verificáronse fiestas por el nacimiento de la infanta María Teresa de Austria, bautizada pomposamente el día 6 de dicho mes, y a la vez por la victoria de Fuenterrabía contra los franceses y por la entrada del duque de Módena en Madrid.

Hubo dos corridas regias de toros, juego de sortija y de cañas, en que justó Felipe IV, lucha de fieras en el Buen Retiro y otras fiestas.

* * *

Los graves sucesos políticos y militares acaecidos hacia 1640; intentonas y guerras separatistas; sediciones triunfantes y fracasos fuera de España, juntamente con la muerte de la reina Isabel y del príncipe heredero; la caída del omnipotente favorito conde-duque de Olivares y la crisis que todo esto, más los años y las fatigas, produjeron en el ánimo bullicioso del rey, apartándole algo de su habitual frivolidad para atender más seriamente a los negocios del Estado, eran causas que imponían una suspensión, al menos un paréntesis, en el torbellino de fiestas brillantes y fastuosas, donde había aquella corte girado sin interrupción por más de dos décadas con ciego frenesí.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

Universidad de Valencia.

RETRATOS EN MANUSCRITOS ESPAÑOLES

Sin pretender agotar el tema que sirve de título a estos apuntes, me referiré en ellos solamente a algunas obras que unen a su valor iconográfico el de representar momentos interesantes en la evolución de la miniatura española.

Entiéndase muy ampliamente (sobre todo respecto a los ejemplares más antiguos) el sentido de la palabra *retrato*. Si en la busca de ellos limitamos nuestra curiosidad, dentro de un concepto estricto, al sólo aspecto de fidelidad, de semejanza entre la persona y su imagen, es indudable que la miniatura española, en su período de mayor originalidad, esto es, en el de sus comienzos y desarrollo dentro de la cultura mozárabe, es cuando menos interés puede ofrecer al tema. Por el contrario, en períodos posteriores, cuando, por estar sujeta a sucesivas influencias extranjeras, pudiera parecer menos interesante desde el punto de vista artístico, es, naturalmente, cuando sus retratos logran un mayor valor documental.

En las *historias* de cualquier códice mozárabe es fácil hallar imágenes confundibles con los supuestos retratos a que primero voy a referirme. El convencionalismo de éstos no podría negarse, ya que de ningún modo sería posible comprobar su fidelidad. No puede afirmarse, en efecto, que en alguna de esas figuras bárbaras y uniformes exista el rasgo personal que individualiza la imagen y la convierte en retrato. Si ese rasgo existiese, escaparía probablemente a nuestra investigación.

Pero sería igualmente gratuito poner en duda la sinceridad del artista. Debemos pensar que éste, conforme a determinadas normas estéticas y con los recursos técnicos de que dispuso, nos legó imágenes personales, conocidas o próximas, tal y como él las vió.

Un moderno escritor, de tan atrayente estilo como originalidad de pensamiento (1), ha dicho recientemente, discurriendo sobre objeto distinto al que motiva estas líneas, que el hombre, sea cualquiera la materia de que trate, «sólo sabe hablar de sí mismo». Con esta fórmula extremada se pretende indicar la imposibilidad de referirnos a cualquier objeto externo, de enjuiciar cualquier hecho histórico con independencia absoluta de nuestros individuales matices pasionales.

Esto, que si unas veces es *egolatría*, las más de las veces es lo que con vocablo un poco pedante pudiéramos llamar *egodulia*, o esclavitud al «yo», maniéstase de igual modo en pintores y en poetas. Y con relieve especial, en retratistas.

(1) Gaziel, en *El Sol*.

Hay en todo retrato, que tal nombre merezca, junto con los valores documentales, históricos, otros más permanentes, eminentemente líricos, que atañen no a la psicología del modelo, sino a la del propio artista. Cuando el Greco pintaba sus hidalgos, Velázquez sus Austrias y Goya sus Borbones, legaban a la Humanidad, a la vez que admirables trozos de pintura narrativa, pedazos de sus propias almas.

Desde las elevadas regiones del Arte, los retratos de no importa qué tiempo habrán de ser juzgados, más que como una réplica fiel del modelo, como una interpretación, como una visión personal y única del artista.

* * *

La limitación a asuntos bíblicos en las miniaturas del *Pentateuco Ashburnam* evita el tratar en esta ocasión de probables representaciones españolas anteriores al periodo de la invasión de los moros. Nuestro examen debe comenzar en la época mozárabe, con ejemplares de una antigüedad de mil años.

El panorama originalísimo de tan remota civilización nos es hoy perfectamente conocido merced, en primer lugar, a los trabajos magistrales de los profesores Gómez Moreno y Sánchez Albornoz. Y en los aspectos paleográfico y literario, a las incesantes investigaciones del profesor Millares y del P. García Villada.

Los nombres de Albelda, Cardeña, Silos, San Millán y tantos otros centros de cultura monástica, tienen para el estudioso evocaciones de sorprendente precisión, debido, sobre todo, a las reliquias de sus libros. Conocemos curiosas particularidades de la actividad intelectual en las abadías mozárabes, y especialmente del trabajo en sus escritorios. Han podido ser registrados, entre copistas y miniaturistas, más de un centenar de nombres pertenecientes a tan lejanas centurias. No se trata generalmente de meras citas documentales, sino de nombres de artífices que perduran unidos a su propia obra, en algunos casos abundantísima y con perfecta unidad de estilo.

Los nombres de *Oveco* y de *Magio*, de *Fructuoso* y de *Florencio*, por ejemplo, son hoy sólo familiares en un reducido círculo de especialistas, y, no obstante, la personalidad de ellos se nos ofrece tan definida como la de cualquier artista moderno, y con mayor relieve, desde luego, que la de cualquier trecentista español.

* * *

Conviene, a los fines del presente trabajo, hacer una división facticia en dos grandes agrupaciones del conjunto de temas que integra la parte artística de los manuscritos.

Una, la más copiosa, formada por las *historias* inspiradas en el texto e intercaladas en él. Es la *ilustración* del libro propiamente dicha. Busca la belleza de la composición paginal; armoniza plásticamente la caligrafía y la miniatura; pero al mismo tiempo trata de armonizar con el espíritu del libro, con su pensamiento, la interpretación gráfica del mismo, procurando dar a ésta una fuerza expresiva tan conmovedora como la de la palabra escrita, y si no tan intensa, más rápida que ella. Sabido es que la ilustración así concebida constituye el verdadero tesoro de nuestra miniatura en la serie de copias del texto clásico de Beato de Liébana. Mas siendo este texto comentario o cadena de comentarios bíblicos, fácil es comprender que no habría de ofrecer ocasión al miniaturista para intercalar retratos en él.

Éstos hay que buscarlos en el otro grupo de temas ornamentales que no forman ilustración, en el sentido de que son ajenos al contenido espiritual del libro; no completan o aclaran su literatura, no lo *ilustran*. Hállanse en hojas preliminares o finales a modo de guardas, y tienen a veces un valor simbólico universal, y hacen referencia, otras, a circunstancias puramente accidentales y externas. Tales son: la cruz de Oviedo, el pelícano o el pavo real, el alfa y omega, el Crismon, los laberintos, los actos de homenaje a la divinidad y, sobre todo, las escenas de donación.

* * *

La confección material del libro es hoy empresa eminentemente industrial, en la que múltiples colaboradores intervienen sin esfuerzo. La imprenta multiplica los ejemplares, que lanzados al mercado hacen asequible a cualquiera el placer inefable de acrecentar su biblioteca con la obra de un autor favorito.

Todo el que sea capaz de sentir ese placer comprenderá a poca costa el verdadero acontecimiento que —antes de la imprenta— supondría la terminación de un ejemplar único, con destino a determinado abad, rey o señor, iglesia o monasterio; ejemplar que habría sentido en todas sus páginas el peso de la mano acariciadora y fatigada de un solo copista. Se comprende la estimación en que se tendría la penosa labor, la emoción del artifice al entregar la obra a su dueño y el buen aprecio que éste sabría hacer de ella.

En todas épocas hallaron oportunidad miniaturistas y copistas para transmitirnos sus retratos, representándose ora entregados a sus tareas, ora en el acto solemne de la donación del códice. Ya van siendo familiares a todos representaciones como las del escriba *Vigila*, en el *códice albendense* de El Escorial, y las de *Emeterio* y *Magio*, encerrados en la «*turris tabarense alta et lapídea*», según el Beato del Archivo Histórico.

En el mencionado códice albendense no consideró inmodestia *Vigila* colocar su retrato y el de sus ayudantes en la misma página que los de los tres reyes godos adaptadores del Fuero Juzgo y los de Doña Urraca, Don Sancho y Don Ramiro, en cuya época se hizo el manuscrito. (Fig. 1.)



Fig. 1.—Códice Albeldense

No son las miniaturas de éste las más típicas dentro de lo mozárabe. Su colorido, el canon esbelto de sus figuras, la tendencia de los paños a acusar las particularidades de la forma y el empleo de cierta fauna ornamental delatan la condición extranjera de Vigila. Su manera, en cierto modo exquisita y académica, no logró imponerse a la vitalidad y salvaje independencia de los nuestros. Ejemplo elocuente de ello lo proporciona el *códice emilianense*, en el cual, a pesar de no ser sino una copia, página a página, del anterior, no renunció el miniaturista *Velasco*, frente al clasicismo del modelo, a sus bizarrías de color y a sus interpretaciones figuradas esencialmente caligráficas. (Fig. 2.)

Representación curiosa del escriba postrado ante el Señor en majestad, rodeado del Tetramorfos, se halla en el *códice* 214 de Ripoll, del siglo XI. Tanto en este tema como en las características generales de estilo, ofrece Cataluña su aire de familia con lo europeo. Representaciones análogas, que faltan en manuscritos castellanos, son frecuentes en ejemplares de allende el Pirineo, y no faltan nunca en las copias miniadas de determinados textos, por ejemplo, el tratado *De laude crucis*, de Rabanus Maurus.

Respecto a la escena de donación, la limitación —en los manuscritos españoles más antiguos— a las dos personas esenciales, con exclusión de todo acompañamiento o cortejo, estiliza la solemnidad del acto y le comunica ese encanto íntimo de simplicidad y recogimiento, que es uno de los más delicados matices en la pasión de los libros. Así se muestra, por ejemplo, en el *Antifonario* de la catedral de León. (Fig. 3.)

La misma escena, pero con más probabilidades de fidelidad en los retratos de Fernando I, Doña Sancha y el miniaturista *Fructuoso*, se da en el famoso *Diurno* compostelano. Este ha sido considerado por Férotin como el más bello manuscrito mozárabe, y no es único testimonio de la protección prestada por el monarca leonés al arte del libro, como lo acreditan el *Liber cantorum* de la biblioteca de Palacio, y sobre todo, el *Beato*, que, procedente de San Isidoro, de León, se conserva hoy en la Nacional.



La enorme influencia que en todas las manifestaciones culturales ejerció la reforma cluniacense, y la gran oleada extranjeriza que invadió a España con motivo de la conquista de Toledo en 1085, había de sentirse también en el aspecto de nuestros libros, modificando su caligrafía y arte; debilitando, a cambio de primores forasteros, el vigor y la espontaneidad nacionales.

Persisten, sin embargo, las tradiciones indígenas, no sólo en ejemplares retardatarios como la *Biblia de Avila*, sino en productos de lógica evolución como el *Libro de los testamentos* de la catedral de Oviedo, en el que vemos adaptados al ideal románico muchos elementos tradicionales, y mucho también del espíritu que informa el arte de nuestros más vetustos *códices*. (Fig. 4.)



Fig. 2.—Códice Emilianense

El contenido literario de ciertos manuscritos diplomáticos, llamados vulgarmente *tumbos* o *becerros*, y con palabra erudita *cartularios*, dio ocasión a abundantes representaciones personales. Es el caso del mencionado *Libro ovetense*, mandado formar, entre 1126 y 1129, por el obispo D. Pelayo. En sus ocho principales miniaturas se representa un mismo asunto: el rey y la reina haciendo donación del testamento o carta de privilegio, acompañados de pajes de armas, ministros, camareros y otros servidores. El carácter notarial del libro no daba margen para mayores fantasías; pero el artista supo interpretar tales asuntos, dentro de una perfecta unidad de estilo, con la más sorprendente variedad.

El *Libro de los testamentos* enlaza artísticamente con los códices de Fernando I, en los cuales a su vez pueden hallarse derivaciones de los más antiguos Beatos, sirviendo de enlace el ejemplar de Burgo de Osma. Uno y otros manuscritos, más las *Cantigas* del rey Sabio, son en diferentes periodos verdaderas joyas del arte patrio, con creaciones y adaptaciones felicísimas, y bastan para darnos un lugar preeminente en la historia general de la miniatura.

¿Cómo explicarnos que esta obra maestra del arte románico quede sin continuidad, sin llegar a formar escuela de miniaturistas? ¡Cuántas escuelas de arte se nutrieron durante largos años con recursos mucho menos vitales de los que pueden hallarse en el *Libro de los testamentos*!

Parecería ingeniosidad suponer que la reclusión hermética en que hoy descansan los fondos del archivo capitular ovetense remonta nada menos que a los días del obispo D. Pelayo, y pensar que ya en aquellos lejanos siglos hubo guardianes tan cuidadosos de su ocultación como los celosos archiveros actuales.

Y sin embargo, muy lógica parece la hipótesis de que el libro en cuestión, por el especial contenido de su texto (que sólo a la iglesia de Oviedo podía interesar directamente), haya sido en todo tiempo conocido de muy pocos, y por esta razón completamente nula su influencia. Hubiérase tratado de un códice literario o litúrgico y sus miniaturas se habrían repetido con la insistencia de las de los Comentarios de Beato.

También parecerá extraño que no se nos haya conservado ninguna otra obra del maestro del *Libro de los testamentos*. Y es posible que sea ésta la única que de tal género hizo. Me aventuro a suponer que este artista (como otros pintores del período gótico) fué pintor mural por esencia y miniaturista sólo por accidente. El sentido monumental de sus composiciones, la amplitud con que desarrolla los asuntos, la rapidez y seguridad del dibujo, las calidades finísimas de sus tintas, ricas en matizaciones, todo ello va mejor con la técnica de la pintura al fresco que con la de la miniatura.

Sumamente curiosos, tanto por sus representaciones de homenaje feudal prestado a reyes, condes y señores de Barcelona, como por los diversos estados de sus miniaturas, que permiten seguir paso a paso todas las fases de la técnica, son el *Liber feudorum major* y el *Liber feudorum Ceritanae*, del Archivo de la Corona de Aragón. Ambos son cartularios, y el primero de ellos,



Fig. 3.—Antifonario mozárabe

formado entre 1162 y 1196 por Raimundo de Caldes, deán de Barcelona, nos ha conservado el retrato del compilador entregando los pergaminos al rey Alfonso II, y también el del amanuense.

* * *

El gran suceso del siglo XIII, caracterizado por la exclaustación de la vida intelectual, la creación de las Universidades y el nacimiento de los idiomas romances, es, respecto a la producción libraria, la formación de los códices alfonsies.

La imagen del rey Sabio, príncipe de nuestros bibliófilos, ha sido muy repetida por los miniaturistas a su servicio, representándole en compañía de cortesanos, copistas, músicos y juglares. Ostenta invariablemente los signos exteriores de su realeza. Su figura, en alto sitial, destaca entre las de sus colaboradores, sentados a la morisca. Pero constituyendo uno de sus más finos encantos, desenvuélvense estas escenas en una atmósfera doméstica y familiar, como si se hubiera buscado el mismo elevado nivel para la jerarquía regia y los preciosos valores del espíritu. (Fig. 5.)

Hay en el arte de las Cántigas, influenciado por Francia, hondas diferenciaciones locales, que se manifiestan no sólo en particularidades de arquitectura, mobiliario e indumentaria, sino en la técnica y el carácter acusadamente realista de todas las composiciones. Su estilo se continúa, aunque cada vez más debilitado el espíritu nacional, hasta tiempos de Don Pedro el Cruel. El miniaturista de este monarca, *Nicolás González*, pinta algunas imágenes reales, mereciendo también citarse, como pertenecientes a la primera mitad del siglo XIV, un documento rodado con retrato de Sancho IV y las más antiguas páginas del código burgalés de los Caballeros de Santiago de la Fuente.

* * *

Por esta época adquiere superior importancia la manufactura de libros en la corona de Aragón, gracias al mecenazgo de sus reyes y a las relaciones con importantes centros productores de Francia e Italia.

A Mallorca corresponde la obra maestra de la miniatura trecentista española, el famoso *Libro de los privilegios*, que firma en 1334 *Romeus des Poal*, presbítero oriundo de Manresa. De sus pinturas se ha dicho que tienen las armoniosas líneas y el colorido encantador de un fresco de Simone Martini.

Lo más interesante entre la ilustración del manuscrito son las dos porta-



Fig. 4.—Libro de los testamentos

das que acompañan, respectivamente, al texto latino y al catalán. En ambas se representa un mismo asunto, aunque con diferencias de iconografía y de estilo: el rey Don Jaime el Conquistador, en su trono, apoyando su mano derecha en el *Libro de los privilegios*, entre dos grupos de personas eclesíasticas y civiles. En la portada del texto latino se representó también, fuera de la orla, el mismo Romeu, y pintó un halcón para llenar graciosamente el hueco de la derecha.

La influencia sienesa en manuscritos catalanes no siempre se ejerce de modo tan directo como sobre el *Libro de Mallorca*. Con más frecuencia sirven de intermediarios los productos de la corte pontificia de Aviñón, en los que se da una fusión muy característica de elementos franceses e italianos.

En Aviñón, pero por españoles, fueron hechos los libros del Gran Maestre de San Juan de Jerusalén, D. Juan Fernández de Heredia, personaje de tan múltiples aptitudes y de papel tan activo en la política europea del siglo XIV. En los aspectos erudito y bibliófilo fué el Alfonso Sabio aragonés, preocupándose no sólo de la redacción de sus vastas compilaciones historiales y versiones clásicas de griegos y latinos, sino atendiendo también con especial esmero a la belleza externa de las copias. Por su caligrafía y ornamentación los libros de ambos mecenas resultan inconfundibles.

Casi todos los del Gran Maestre llevan interesantes retratos suyos que corresponden al período de sus actividades literarias, o sea al de su ancianidad. En todos se nos ofrece vistiendo el amplio manto de la orden, con las grandes cejas pobladas sobre los ojos almendrados y la venerable barba bifurcada cayendo sobre el pecho. Retratos idealizados del mismo son también casi todas las representaciones de personajes históricos o legendarios a que sirven de marco las grandes iniciales de sus libros.

* * *

La primera mitad del siglo XV es época de penuria para la miniatura castellana. La obra más representativa es la Biblia de la casa de Alba, puesta en romance y glosada para el Maestre de Calatrava, D. Luis de Guzmán, por el rabi Mosé Arrajel de Guadalajara, quien dió cima a su labor en la villa de Maqueda el año 1430. Una de las curiosidades de este códice (valiosísimo desde tantos puntos de vista) consiste en habernos conservado los retratos de las principales personas que en su composición intervinieron.

En una de sus principales miniaturas vese, en efecto, al maestre D. Luis, que ocupa lugar preeminente en un estrado gótico-mudéjar. Más abajo se hallan un dominico y un franciscano, fray Juan de Zamora y fray Arias de Encinas, correctores del texto; y en la parte inferior, entre dos grupos de caballeros, y vistiendo amplio manto violado, sobre el que destaca el distintivo rojo de los judíos, Mosé Arrajel ofreciendo su libro. Completan esta compo-



Fig. 5.—Libro de los juegos, de Alfonso X
Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

sición dos pajecillos a un lado y otro del Maestre y siete caballeros de Calatrava, que en una grada del estrado ejercitan las obras misericordiosas de dar de «beber, calçar, vestir, visitar, consolar y enterrar».

A esta época corresponde también toda una serie de modestos manuscritos poco interesantes en su aspecto artístico, pero sí, a veces, en el arqueológico o iconográfico. Uno de ellos ostenta en su portada un curioso retrato del ilustre historiador y poeta D. Pero López de Ayala. Contiene este manuscrito la versión romanceada de la segunda parte de los Morales de San Gregorio, hecha por el Canciller. Éste, arrodillado ante el santo, ofrécele el libro, diciéndole: «Señor, de los peligros guardado en este mundo—sea quien te presenta este libro segundo»; a lo que San Gregorio responde: «Dios te guarde, amén, por la su gracia santa—pues que por su servicio feciste obra tanta.»

Aunque de las condiciones físicas del canciller Ayala sabemos solo, por testimonio del autor de las *Generaciones y semblanzas*, que era «alto de cuerpo, e delgado, e de buena presona», hace presumible la fidelidad de este retrato su parentesco con los de igual personaje en el desaparecido retablo de San Juan de Quejana, en la provincia de Avila.

Una copia de la *Genealogía de los reyes*, de D. Alonso de Cartagena, que se guarda en la biblioteca de Palacio, tiene representaciones muy originales de reyes y príncipes hasta Enrique IV, hechas a pluma, sin colorear, con tanta desenvoltura de dibujo como fantasía en simbolismos e indumentaria.

Del último y desdichado Trastámara hay un retrato con gran apariencia de verdad, pero no en manuscrito español, sino en el retrato que de su viaje a España hizo en 1457 el barón de Rosmital. No responde ciertamente este importante documento iconográfico a aquel exterior del monarca, «alto de cuerpo e fermoso de gesto e bien proporcionado en la compostura de sus miembros», que le asigna el cronista Fernando del Pulgar.

Antes de referirme a otros retratos castellanos de fines del siglo xv y principios del xvi, debo hacerlo a dos importantes ejemplares catalanes pertenecientes a la primera mitad del cuatrocientos.

El primero de ellos contiene copia del *Crestia*, de fray Francisco Jiménez, hecha antes de 1417 para el caballero barcelonés Ramón Çavall. Debió de ser éste, personaje de gran influencia, pues como conseller de Barcelona, y durante el gobierno de Juan I y del rey Martín, la ciudad le encomienda delicadas misiones, que no es del caso enumerar. Fué también poeta. Consérvase al menos una poesía suya, que no es en realidad más que una transposición lírica del asunto político representado gráficamente en el manuscrito.

Sentado el caballero entre dos grupos de consellers y ciudadanos, encarecen las leyendas prodigadas en la miniatura la maldad de unos y otros, la de los eclesiásticos y príncipes, de los consejeros y funcionarios, de los caballeros y populares, de los abogados, notarios, jueces, navegantes, mercaderes, menestrales, payeses, hombres, mujeres... Para librar al caballero de tan malos pensamientos y obras, muéstrale un ángel el libro abierto del franciscano. Hay en el rostro, primorosamente miniado, de Çavall algo de los Cristos de Jaime Serra, derivados, a su vez, de un tipo de Cavallini.

La esposa del caballero Çavall, Inés, aparece también retratada con su marido en la inicial del manuscrito.

El otro ejemplar catalán a que me refiero ofrece el caso de un pintor de retablos dedicado a la miniatura de códices, circunstancia que concurre cien años antes en el gran pintor Ferrer Basa, que en 1333 ilustra, por encargo regio, las páginas de unos *Usatges*. Trátase también al presente de una recopilación y comentarios a los *Usatges* que el Concejo de Barcelona encomendó a Jaime Marquilles, el cual ofreció su obra a los consellers, datándola en 1448. El manuscrito fué copiado, iluminado y encuadernado a expensas de la ciudad, encargándose la miniatura del primer folio al pintor *Bernardo Martorell*, heredero de la gloria de Luis Borrás. Martorell representó en ella a Marquilles en el acto de entregar su obra a los consellers en presencia de la reina Doña Juana. Tan interesante miniatura se halla perfectamente documentada, habiendo sido posible identificar algunos de los admirables retratos de consellers que en la escena intervienen. (Fig. 6.)

* * *

El retrato de D. Carlos de Aragón, el desdichado príncipe de Viana, ha sido reproducido muchas veces, pero no podría prescindirse de él en un examen iconográfico de manuscritos españoles.

Tenía D. Carlos —al decir de Gonzalo Santa María— ojos grises, cabellos castaños claros, nariz larga y derecha, rostro flaco y pálido. Era de talla un poco mayor que la ordinaria; tenía un andar grave, un aire lleno de modestia y severidad, y un poco de melancolía en la expresión general del rostro.

Representóle el miniaturista con nimbo de santidad, hopalanda negra, gorro carmesí, collar, sortijas, cinturón y rebordes de oro y pedrería, y sobre el pecho la insignia de Santa María del Grifo, orden restaurada por D. Fernando el Honesto. La filacteria que da vuelta a la gran espada dice: *Iustitia Dei*. La que sale de su mano derecha: *Patientia opus perfectum habet Karolus*. El galgo echado a sus pies, símbolo de fidelidad, tiene la leyenda: *Qui se humilia exaltabitur*. En la parte de arriba, a la izquierda, el escudo de sus estados. A la derecha, un ramo de castaño, emblema de su abuelo Carlos III de Navarra, con la divisa *Bonne foy*, que se repite abajo. En el centro, dos lazos con las letras A. I. de oculto significado, lo mismo que dos monogramas en la parte inferior derecha.

Es éste el más interesante retrato de cuantos la influencia borgoñona produjo en España. Iconográficamente se relaciona con un grabado incunable que se conserva en la sala de estampas de la Biblioteca Nacional. Ambas representaciones de devoción serían réplica de tantas otras como debieron de propagarse por Cataluña a la muerte de D. Carlos, contribuyendo a mantener largo tiempo en el espíritu del pueblo la veneración hacia sus virtudes y supuesta

santidad. La presencia hierática y solitaria del personaje, rodeado de leyendas, símbolos y anagramas misteriosos, había de herir sin duda las imaginaciones populares, haciendo más denso el ambiente sobrenatural en que se representaban envuelto al infortunado príncipe.



A muy otros sentimientos excita el retrato del bachiller Alfonso de la Torre en un manuscrito de la Nacional. Pocas imágenes tan sencillas y afortunadas de los placeres espirituales que el estudio proporciona. La sonriente amabilidad del rostro juvenil, la elegancia discreta de su indumentaria, la sobriedad del bello recinto por cuyo rasgado ventanal se percibe un sereno paisaje de laureles, cipreses y lejanas colinas, expresan la visión filosófica en que el bachiller se deleita.

Muéstranos esta miniatura la orientación flamenca que desde la segunda mitad del siglo xv toma la ilustración del libro en Castilla. Guillermo Vrelant habría sido —según el conde Durrieu— el miniaturista preferido por nuestros artistas, y su influencia se manifiesta clara en obras como el *Séneca* romançado de la Universidad de Salamanca. Fué este manuscrito hecho para un caballero, no identificado, que aparece de rodillas ante un altar de la Virgen con la divisa: *De mi vivir a ti servir*, y un serafín en camafeo por emblema.

Más importante es, dentro del grupo, la *Gramática latina* de Nebrija, copiada a fines del siglo xv para el Maestre de Alcántara D. Juan de Zúñiga, protector del ilustre gramático. Según nos enseña el Sr. Paz y Melia, de los personajes que hay en su gran miniatura inicial D. Juan de Zúñiga es el que ocupa lugar preeminente; Nebrija, el personaje sentado a la izquierda, con un pajecillo delante; las jóvenes de la parte superior derecha son acaso las tres hermanas del Maestre, y el mancebo del primer término, con bonete, cruz de Alcántara al pecho y un libro abierto sobre el regazo es quizá Marcelo, primogénito de Nebrija y autor también de importantes escritos.

Hasta ahora pudo ser tenido este manuscrito como la obra más notable entre cuantas la técnica de la grisalla produjo en España. Recientemente he tenido ocasión de conocer, en la colección del barón Vitta, de París, un espléndido libro de horas, perfectamente conservado, que iguala a nuestro Nebrija en la pulcritud de ejecución y le supera en abundancia de miniaturas.

Una de las varias circunstancias que dan interés al libro (y por ella se menciona aquí) es un retrato en busto, de cuidada técnica y de gran espíritu, que hay en la primera página de su calendario, en la parte superior de la orla. No se trata del personaje para quien el libro fué hecho, el cual aparece retratado, como es costumbre, en una de las escenas de devoción. Trátase del retrato del miniaturista.

Auto-retratos análogos, un poco disimulados en orlas de páginas menos



Fig. 6.—Libro de Usalges, ordenados por Jaime Marquilles

importantes, suelen darse, aunque no con frecuencia, y su rareza precisamente aumenta el valor de los mismos. Puede citarse como ejemplo semejante el del miniaturista Antonio Verard en el rico libro de horas de Carlos VIII de Francia, que se conserva en nuestra Biblioteca Nacional.

* * *

La reina Isabel, que, según frase de Clemencín, «supo persuadir a los castellanos que la perfección del entendimiento no estaba reñida con los alientos del corazón», había heredado de su padre la afición a los libros, pero embellecidos por el arte. Testimonio de ello son los inventarios publicados por el mismo Clemencín y algunos de los más espléndidos cantorales conservados en catedrales y monasterios, que ostentan en sus orlas el escudo sobre el águila de San Juan y el haz de flechas como signo de la protección regia.

Era la Reina Católica —al decir de Fernando del Pulgar— «de mediana estatura, bien compuesta en su persona y en la proporción de sus miembros, muy blanca e rubia; los ojos, entre verdes e azules, el mirar gracioso e honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara muy fermosa e alegre... Era muger cerimoniosa en sus vestidos e arreos y en el servicio de su persona».

No contradice este testimonio el retrato del llamado *Libro blanco* de la catedral de Sevilla, en la inicial del cual se la representa arrodillada a los pies de la Virgen.

No hay retratos miniados del rey Don Fernando, aunque sí algunos manuscritos artísticos hechos para él. Son, en cambio, muy frecuentes los de Carlos V en libros que, artísticamente, se orientan hacia las escuelas de Brujas y Gante. El ejemplar más importante es el *Breviario* escurialense. En él está retratado unas veces en medallones de las orlas, otras veces participando en asuntos históricos retrospectivos, como en la pintura de la rendición de Granada, donde el Rey Católico encarna en la efigie del emperador; otras veces, en fin, actuando en escenas sagradas, como la adoración de los reyes, en la que sustituye a uno de los Magos.

* * *

Hasta bien avanzado el siglo XVI sigue ofreciéndose en la ilustración de manuscritos la evolución de estilos que se da en las otras manifestaciones artísticas.

Al primer cuarto de dicha centuria corresponde el notable *Misal* toleda-

no hecho para el Cardenal Cisneros, en las páginas del cual se revelan las influencias de las escuelas de Flandes y los temas múltiples del Renacimiento italiano.

Bajo el reinado de Felipe II, fray Julián de la Fuente y sus discípulos de El Escorial mantienen una última expresión académica y fría, pero que por su perfección técnica cierra con decoro el arte de la miniatura española.

No hay retratos de Felipe II en el *Capitulario* escurialense ni en otras obras típicas de su reinado. Abundan en las confirmaciones que acompañan a las ejecutorias de nobleza y documentos de análogo carácter. Como ejemplo de la copiosa iconografía que tales diplomas ofrecen, puede citarse una escritura de fundación de mayorazgo a favor de D. Diego López Pacheco, que se guarda en el Archivo Histórico Nacional.

Salvo contadas excepciones, el mérito artístico de esta clase de documentos corre parejas con su escaso interés histórico.

Repetiéronse hasta la saciedad, sin primor y sin gracia, los conocidos temas del misal de Cisneros. La labor de copistas y miniaturistas fué menguando en cantidad y calidad ante los progresos crecientes de la imprenta y del arte del grabado, hasta que al fin esto mató definitivamente a aquello.

J. DOMÍNGUEZ BORDONA.

NOTAS DEL ARCHIVO

SOBRE EL MODO DE COMENZAR EL AÑO EN LOS LIBROS DE ACUERDOS DEL CONCEJO DE MADRID DURANTE LOS SIGLOS XV Y XVI

El llamado *estilo de la Natividad*, que inicia el año en 25 de diciembre, con una anticipación de siete días respecto al común, tuvo durante la Edad Media bastante difusión.

Dentro de España fué Aragón el reino que oficialmente lo acogió primero. Pedro IV, *el Ceremonioso*, encontrándose —según escribe Jerónimo Zurita— «en la Villa de Perpiñán, a 16 de diciembre [de 1350], por la confusión que hauia en las testificaciones de los instrumentos y memorias públicas, contando los tiempos por los años de la Encarnación y por la era de Cesar-augusto y otros por la Natividad, y porque los días se contaban, según la orden de los latinos, por Calendas, Nonas e Idus, y resultaban algunas confusiones y diferencias por la diversidad que habia en estos reinos de señalar los tiempos, estableció que de allí adelante, universalmente en los instrumentos pusiese el año de la Natividad y no de la Encarnación y el día del mes en latín o romance, sin que se usase la cuenta latina, lo qual se confirmó en las cortes generales que tuvo en aquella villa a 14 de marzo siguiente (1351), y generalmente en estos reinos, de allí adelante, usaron en todas las memorias e instrumentos de esta cuenta» (1).

La Cancillería regia catalano-aragonesa adoptó al punto, como es lógico, la reforma (2); pero en los documentos de carácter particular no ocurrió otro tanto. En la iglesia de Mallorca la innovación fué recibida solamente para las escrituras y otros actos judiciales exteriores, conservándose el cómputo de la Encarnación (calculado al modo *florentino*, es decir, con un retraso de dos meses y veinticinco días respecto al año común) en todos los asuntos de régimen interior. «Así aparece en los libros de fábrica y otros, y en la provisión y duración de oficios que comenzaban en el día de la Encarnación. También consta de la consuetudine *de tempore*, escrita después de dicha ley, en que se manda notar el año de la Encarnación en la tablilla que cada año se ponía en

(1) La disposición aludida puede verse en el *Prefacio* de D. Gregorio Mayáns a las *Obras chronológicas del Marqués de Mondexar*. Valencia, 1744, pág. XXIII. En ella se mandaba *quod annus a Nativitate Domini incipiens computetur, et etiam omissis nonis, idibus atque kalendis, continuando locum, numerum dierum et nomina mensium atque annum in et sub quibus dabuntur*.

(2) Cfr. un documento de Pedro IV de 16 de agosto de 1351, fechado a Nativitate, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXXVI, pág. 286, núm. 63.

el cirio pascual. Con todo eso las *actas capitulares* contaron a *Nativitate*, sin duda por ser ya cosas que en algún sentido podían llamarse *forenses*. Y en esta costumbre permaneció el cabildo hasta 1640, mudando siempre el año en el día de Navidad. Pero es de notar que en entrambas cuestiones, así de contar los años desde la Navidad como desde la Encarnación, siempre se decía el día 1 de enero *día primero del año*, y en lemosín, *ninou* o *día de ninou*» (1).

En la diócesis de Tarragona debió seguir en vigor el estilo de la Encarnación aun con posterioridad a 1351, por cuanto en 24 de abril de 1355 ordenó en un sínodo el arzobispo D. Sancho López de Ayerbe (1347-1357) el exacto cumplimiento de la disposición de Pedro IV, según ya se hacía en toda Cataluña (*prout in tota Cathalonia habetur*), y la omisión de *calendas*, *nonas* e *idus* en la cuenta de los días del mes (2).

Por lo que respecta a Valencia, el mismo Pedro IV modificó en 1358 la ley del fuero II de la rúbrica XIX del título IX de Jaime I, consignándolo del modo siguiente en el fuero III: «Per la gran deuoció que hauiem e hauem en aquell dia de la Sancta Natiuitat, *ja peça ha* per nostre edicte ordenam en la nostra cort e en la nostra cancelleria e altres officis de la nostra cort, esser perpetuamente seruador que... fos aytal orde observat sobre el calenar: ço es a saber: que l.any en la Natiuidat de nostre Senyor començas, e lexades nonas, idus e kalendas, continuam los lochs, el nombre dels dies, els noms dels mesos, e l.any en e sots los quals fossen dades o fetes cascunes cartes publiques... E apres, per constitucions en Catalunya, e per furs en lo regne de Aragó, en corts generals la dita ordinació hauem manada. En per amor daçó... en lo regne de Valencia, començ l.any en que huy som, ço es de la Natiuitat de nostre Senyor MCCCLVIII... e daci auant en cascuna festa cascan any en la dita Natiuitat» (3).

La sustitución del cómputo de la Natividad por el moderno o de la Circuncisión en la corona aragonesa ocurrió gradualmente y carecemos de datos suficientes para precisarla.

La Era cristiana computada a *Nativitate* tuvo sanción oficial en Castilla, León, Galicia, Toledo y la parte de Andalucía que en aquel tiempo obedecía a Castilla, en 25 de diciembre de 1383, en virtud de la ley promulgada por Juan I en las Cortes de Segovia de dicho año (4): «... Digna cosa es —se dice en

(1) Villanueva, *Viaje literario*, XXII, págs. 248-249.

(2) Ibid., XX, pág. 3 y apéndice II: «*praesenti constitutione sancimus quod a die present; in antea, quilibet rector, notarius vel vicarius perpetuus vel quicumque alius, ad quos tabellionatus vel notarii officium in dictis nostra civitate et diocesi Tarrachonae... in instrumentis, cartis publicis, litteris et scripturis universis... praesens ordo super Kalendarium observetur, videlicet, quod annus a Nativitate Domini incipiens computetur, nonas, idus atque kalendis omisissis, loco, anno, mensium nominibus et dierum numero in prefatis cartis publicis, litteris et scripturis designatis, expressis prout in datia constitutionis praesentis noscitur contineri.*»

(3) Cfr. *El Archivo* (Denia, 1890), pág. 273.

(4) Véase el texto de la disposición en Diego de Colmenares. *Historia de la insigne ciudad de Segovia*. Madrid, 1640, pág. 296. Cfr. *Crónica de Juan I*. Ed. Rivadeneyra, año V, capítulos V-VI.

ella— que Nos... hagamos recordación e continua memoria de aquella Santa Natividad... no siguiendo la antigua costumbre que en las escrituras auténticas los Reyes... hacen memoria de los hombres gentiles... Establecemos y ordenamos por esta nuestra ley que desde el día de Navidad primero que viene, que comenzará a 25 del mes de Diciembre del Nacimiento de nuestro Señor Iesu Christo de mili e trescientos e ochenta e quatro años... todas las cartas e recabdos e testamentos e testimonios e qualesquiera otras escrituras... que en nuestros reinos se hubieren de hacer, que sea allí puesto el año e la data dellas deste dicho tiempo del Nacimiento de nuestro Señor Ihesu Christo de mill e trescientos e ochenta e quatro años. E después que este año sea cumplido que se hagan las dichas escripturas desde allí adelante para siempre, desde dicho nacimiento del Señor, creciendo en cada un año según que la Santa Iglesia lo trae.»

Mayáns y Siscar, en la obra citada (1), sostiene que en los tiempos inmediatos a la reforma el año se contaba desde el mismo día 25 de diciembre, y cita en apoyo de su opinión varios testimonios decisivos. En lo que no anduvo acertado fué al afirmar que «esta costumbre de contar los años del nacimiento desde el mismo día de Navidad duró más de setenta años hasta que prevaleció la práctica... de empezar a contarlos desde el día 1 de enero». En efecto, no faltan pruebas de que aún bien entrado el siglo xvi era norma seguida, por lo menos, en las actuaciones del Ayuntamiento de Madrid.

Los más antiguos *Libros de Actas del Concejo*, cuya publicación es inminente, ofrecen ejemplos de esta práctica, seguida con alguna excepción, hasta 1552 en que ya de una manera regular se cambió el año en 1 de enero. En comprobación de lo afirmado pueden verse los folios 123 v., 158 r. y 192 v. del *Libro I (27 de septiembre de 1464-24 de abril de 1485)*, 23 v.-24 r., 103 v.-105 r., 238 v., 282 v. del *II (2 de mayo de 1485-14 de junio de 1492)*, etcétera, etc. Nótese que en algún caso al escribano del Concejo, redactor de los asientos, se le pasó por alto variar la cifra del año en los posteriores al 25 de diciembre y enmendó luego su error. Así en el *Libro II*, fol. 23 v., se inserta un acuerdo correspondiente a 22 de diciembre de 1485; el inmediato, de 29 de diciembre, pertenecía ya al año siguiente, y aunque el encabezamiento rezaba «En la noble e leal Villa de Madrid, jueues, veynte e nueue días del mes de dizienbre de mill e quatroçientos e ochenta e çinco años», la palabra *cinco* fué corregida en *seis* por el mismo que la había escrito.

Las excepciones antes aludidas prueban el olvido en que iba cayendo la costumbre de que tratamos; puede vérselas en los tomos IX (2 de junio de 1521-12 de junio de 1526), fol. 88 r., X (12 de junio de 1526-31 de julio de 1533), fols. 464 v. y 465 v. y XI (10 de septiembre de 1540-28 de mayo de 1546), fols. 421 r. y 422 r. y v.

Prescindiendo de tales excepciones, la práctica de iniciar el año en 25 de diciembre aparece adoptada en los *Libros de Acuerdos* hasta el tomo XIII

(1) Pág. XXV.

inclusive, que abarca desde 8 de marzo de 1547 hasta 9 de diciembre de 1552 y desaparece a partir del siguiente, que, comenzando en 4 de enero de 1557, finaliza en 30 de diciembre de 1560.

Otro tanto que en los *Acuerdos* se observa en los *Libros de minutas y actuaciones de escribanos del Ayuntamiento*, interesante serie cuyo contenido será objeto de un próximo estudio. Así se desprende del examen del más reciente de ellos (sig.^a P-296), que comprende los años de 1540 a 1548.

AGUSTÍN MILLARES CARLO.

Archivo Municipal.

EL ARCIPRESTE DE TALAVERA, ALONSO MARTÍNEZ DE TOLEDO

En la santa iglesia primada de Toledo se ve colocada, en la parte interior del pilar situado entre la monumental puerta de la Chapinería o del Reloj y la escalinata de acceso a la capilla de San Pedro, fundación del arzobispo D. Sancho de Rojas, la siguiente lápida sepulcral: dimensiones 0,630 por 0,550.



Presenta la singularidad de tener pintado en ella un heráldico blasón en sustitución de los apellidos correspondientes al personaje a quien se contrae; particularidad notable, demostrativa de ser una genialidad o una extravagancia dimanante de la índole del personaje comprendido en ella.

Se conjetura que podría aludir al *racionero* y *capellán* de Don Juan II y de Don Enrique IV, en la *capilla del rey Don Sancho* o de los *Reyes viejos* de Toledo, y famoso arcipreste de Talavera, *Alonso Martínez de Toledo*.

Tal suposición quizás dimanase de la semejanza advertida en los títulos, cargos y beneficios contenidos en la inscripción de esta lápida con los que presenta la anotación siguiente, escrita en la página final de un hermoso ejemplar de la *Crónica troyana* que hoy posee la duquesa de Alba y que perteneció al famoso arcipreste, el cual fué curioso colector de libros, según cons-

ta en *nota* escrita en los *Orígenes de la novela*, obra del insigne Menéndez y Pelayo:

«*Et ego Alfunsus Martini, archipresbyter talaverensis domini nostri regis Joannis capelanus in decretis bachaluareus ac porcionarius ecclesia Toletanae eadun oriundus civitate capelanus idenque capelae regis sancii dictae ecclesiae librum hoc scribi feci tempore supra escripto (alude a la fecha 20 de mayo de 1448) propter dulcissimam latini sui ac stili necnon nobilissimi seriem et suavitatem. Deo gratias. A Talaverensis porcionarius Toletanus.*»

Verdaderamente que se experimenta gran contento al investigar acerca de este singular escritor —de quien quedan muy pocas noticias— gloria de la literatura española del siglo xv, y al cual tanto encomió el referido Menéndez y Pelayo, conceptuándole como uno de los más notables precursores de la novela española por su libro titulado *El Corvacho* o *Reprobación del amor mundano*, inapreciable para la historia y a la vez un monumento para la lengua por el tesoro de dicción que derrama.

Las investigaciones que llevo hechas me brindan ocasión ahora para añadir algunas noticias más a las poquísimas que pudo recoger el erudito Pastor en el prólogo de la edición que dirigió del *Corvacho*, publicada por la *Sociedad de Bibliófilos Españoles*.

Que nació en Toledo en 1398 no ofrece duda alguna, porque así se deduce del encabezamiento del código escurialense: *Libro compuesto por Alfonso Martínez de Toledo, arcipreste de Talavera, en hedat suya de quarenta annos, acabado a quinze de Março, anno del Nacimiento de Nuestro Salvador Ihesu X.º de Mil e quatrocientos e treynta e ocho años.*

La primera noticia que encuentro relativa al arcipreste es que en 1415 y siguientes hasta el de 1418, pertenecía como *racionero* a la *capilla del rey Don Sancho* o de los *Reyes viejos*, fundada en la santa iglesia primada, y en ella figura como uno de los doce capellanes que aquélla tenía, además del capellán mayor. Era éste Alfonso García, y eran aquéllos, por este orden, los siguientes: Francisco Fernández, Juan Sánchez, Juan Fernández Cabeza, Sancho López, Fernando Sánchez, Pedro Fernández, Alonso Sánchez, Lope Fernández de Toledo, Fernando Pérez, Pedro Díaz, *Alfonso Martínez de Toledo* y Lope Fernández de Madrigal.

El manuscrito de donde tomo estos datos lleva por título *Libro antiguo q. comiença del año de nro. Señor de mil e quatroçientos e quinze años de como se hacían las presencias de dos en dos meses*, y procede del archivo de la antigua capilla. En los apuntamientos en él escritos constan las diversas cantidades que los capellanes de la misma percibían por razón de presencia, misas y otros emolumentos correspondientes a sus capellanías respectivas, así como por razón de sueldo lo que cobraban el portero y sacristán. Al pie de aquellas anotaciones Alfonso Martínez de Toledo firma algunas veces *Alfonsus*, otras *Alfonso Martínez*, y también agrega en un asiento la prebenda de *portionarius*. Estos asientos—uno de los cuales muestra la foto-

grafía que acompaño, y que conceptúo interesantísima por estar escritos en ella el nombre y apellidos del famoso escritor y agregar además el cargo de *racionero*—consignan aquellos extremos, o sea las cantidades que percibió durante aquellos años como capellán de la susodicha capilla.

Transcripción:

«Alfonso Martínez de Toledo obo de auer de distribuciones doscientos e cinquenta e dos marauedises e de las misas çiento e beynte e nueve maraue- dises; dos ducados son todo. Alfonsus Martínez, porcionarius.»

Es, pues, el arcipreste de Talavera, Alfonso Martínez de Toledo, *racio-*nero en la *capilla de los Reyes viejos* a los diez y siete años de su edad.

Pudiera creerse que este capellán no debió escapar a la tremenda rela- jación de costumbres observada en aquellos rudos y revueltos tiempos del siglo en que vivió, y que comprendió a las más altas dignidades eclesiásticas y a muchos más humildes que vestían hábito, sin que la santidad del ministerio ejercido les librara de caer en el foco de libertinaje en que se vivía. Nada de esto; el *arcipreste* se yergue y sobresale por la doctrina moral desplegada en su obra el *Corvacho*, y además de presentarse recio y valiente en la exposi- ción de sus ideas se muestra como clérigo ejemplar y moralista profundo por su gran religiosidad y sobresaliente conducta, en contraste con su compañero del siglo anterior, el arcipreste de Hita, clérigo libertino y tabernario.

Y ya que he mencionado al de Hita, ¿cómo no escribir acerca de los pun- tos de contacto que ambos presentan en otros órdenes? De los dos hay escasi- mas noticias; uno y otro desempeñaron la importante dignidad de arcipreste, cabeza de todos los demás clérigos; ambos residieron en la *imperial ciudad*; el de Hita fué preso injustamente por mandado del arzobispo D. Gil Carrillo de Albornoz; el de Talavera quizás fué perseguido y amonestado por alguno de sus sucesores, circunstancia que pudiera explicar la larga residencia que hizo en la corona de Aragón. Si el primero fué delatado por los clérigos tala-

veranos, enojados por la sangrienta sátira que contra ellos escribió, dada la licenciosa vida que llevaban, el segundo quizás se decidió a vivir más en Toledo que en su arciprestazgo, huyendo de las habladurías que contra él se lanzaran; ambos también tuvieron un mismo pensamiento y persiguieron un mismo fin: «traer al hombre mundano del *loco amor de este mundo al buen amor que es de Dios*», como escribió Cejador en la introducción al *Libro del buen amor*, compuesto por el arcipreste de Hita (*Clásicos Castellanos*, tomo I), y finalmente, de ambos se desconoce la fecha de su muerte.

Por lo atañente a Alonso Martínez de Toledo no he encontrado documentos por los cuales pudiera sospecharse que se vio injustamente perseguido por alguno de sus prelados, a pesar de la mayor diligencia que he puesto en la averiguación de noticias relacionadas con este famoso novelador; mas un extremo ignorado hasta ahora en la vida del arcipreste es el de que por los años de 1434 o 1435 fué despojado de la ración que disfrutaba en la *capilla de los Reyes viejos*—aunque no de los demás beneficios—, según concesión del papa Eugenio IV en 1436, por bula dada en Bolonia a 18 de junio, conforme lo demuestra el siguiente resumen de un documento: «Son unas letras de un señor obispo Ortán (juez apostólico Pedro, obispo Ortán, en ausencia del auditor del Sacro Palacio), residente en la Curia Romana, juez apostólico para ejecutar una sentencia dada en Roma en el pleito que sobre una ración de Toledo tenían fundada Fernando Sánchez de Cuenca (uno de los capellanes que con Martínez de Toledo figuraban en la capilla de los *Reyes viejos* desde 1415) y Alfonso Martínez de Toledo, arcipreste de Talavera, etc. Su data, en Roma, a 17 de mayo de 1458», la cual copio de un manuscrito de mano del famoso padre Burriel, titulado *Razón de los instrumentos que se guardan en el archivo de esta santa iglesia* (sig. V, 3, 3; fol. 218 v.), y el cual he consultado merced a la exquisita amabilidad de mi distinguido amigo el archivero-bibliotecario de la primada, D. Eduardo Estella.

El interesantísimo instrumento a que esta noticia se refiere falta en el *archivo* de la santa iglesia; mas de su extracto parece deducirse que el arcipreste—ya honrado con este cargo en 1436—y su compañero Sánchez de Cuenca fueron despojados de la ración que disfrutaban quizás por no cumplir con la residencia cargas anejas a la ración, o cualquiera otra causa hoy desconocida, como consecuencia de la cual recurrieron a Roma originándose un pleito, cuya es la *sentencia* aludida, por la que se ordenaría al prelado o a su vicario general les repusiese en el beneficio que antes tenían.

El *arcipreste de Talavera*, a quien se refiere el lucillo anterior, ¿es Alfonso Martínez de Toledo, u otro arcipreste distinto con iguales títulos, cargos y beneficios en la *capilla del rey Don Sancho* o de los *Reyes viejos*?

Si nos atenemos a la fecha consignada en esa lápida de la muerte del arcipreste de Talavera, *2 de enero de 1460*, no corresponde a *Alfonso Martínez de Toledo*, porque consta que éste vivía en 1466, como escribió Pérez Pastor, según carta de compromiso datada en 21 de julio de este año, existente en el *archivo* de la capilla, y que yo también he examinado.

Pero a pesar de toda la rotundidad que este documento ofrece, las nue-

vas investigaciones que he hecho me permiten afirmar terminantemente también que este lucillo, consagrado a la memoria del famoso arcipreste, tiene equivocada la fecha de su fallecimiento, individualidad que ni sorprende ni tiene nada de particular, y motivada por ignorancia, negligencia o duda, como se puede examinar asimismo en alguna otra lápida de la catedral toledana. Esta lápida del arcipreste, tan originalísima, pudo colocarse algunos años después de acaecida su muerte, quizás en 1470 como supuso Pérez Pastor, y como homenaje a la memoria de tan distinguido capellán, por su condición linajuda, sus virtudes ascéticas demostradas con la publicación de las *Vidas de San Isidoro y San Ildefonso* y sus condiciones eminentes de escritor profundo con la crónica intitulada *Atalaya de las crónicas* y la *Reprobación del amor mundano o Corvacho*.

El blasón, elemento tan valioso para el investigador, que lleva pintado el lucillo copiado, prueba la condición distinguida de la persona a quien se contrae o familia a quien se refiere, y que mereció por hechos insignes, guerreros o políticos. Son sus armas escudo cuartelado: 1.º y 4.º, un árbol sinople en campo de oro, que corresponden al apellido *Martínez*; 2.º y 3.º, en campo azur, un león rampante de gules que no he podido identificar. En el arte de blasonar, los primeros cuarteles corresponden al padre y los dos últimos a la madre. Pudiera ser suficiente el primer cuartel, pero no constituye una prueba irrefutable. Sin embargo, algo *dice* el referido blasón que pueda aludir al arcipreste Martínez de Toledo.

Examinaré otros testimonios.

Existe en el *archivo* de la santa iglesia primada también un curioso manuscrito, escrito en el último tercio del siglo XVI, que lleva por título *Arcayos*, colección de interesantísimas noticias entresacadas de libros, documentos, etc., relativas a personas y cosas de la Santa Iglesia, y debido a la diligencia del clérigo Juan de Chavès Arcayos, capellán de coro de la catedral.

En algunos folios que dedica a los oficios que la iglesia toledana hacía en memoria de la *conmemoración de los difuntos*, escribió: «el 31 de octubre, víspera de Todos los Santos, este día y el de la Conmemoración de los difuntos y por sus octavas se cubren y ofrendan por toda la cristiandad los sepulcros, capillas y sepulturas a donde están sepultados los fieles cristianos difuntos, y ofrenda por ellos con pan, vino y cera para sufragio».

Menciona que «el Deán y Cabildo de la S.^a Iglesia, y el repartidor en su nombre, cubría estos días varias sepulturas (las enumera), poniendo en ellas los candeleros con sus velas y la ofrenda de todas».

Que «la Hermandad de Racioneros y su Cabildo cubrían ocho sepulturas, teniendo cuidado de ellas el Mayordomo de su hermandad».

Que la Hermandad de capellanes, los administradores de memorias del cabildo y la capilla general hacían otro tanto con las capillas que estaban a su cargo, y, finalmente, que «la Cofradía de la Santa Caridad de esta ciudad cubría también en la Santa Iglesia y claustro veinte y cuatro sepulturas, una de las cuales es la de *Alonso Martínez, Arcipreste de Talavera, Arcediano de Toledo y Capellán del Rey don Sancho en su Capilla de los Re-*

yes Viejos, junto a las gradas de la Capilla de Sant pedro, arrimada al pilar de entre esta Capilla y puerta de las Ollas, alias de la Chapinería, piedra número 20, con dos velas».

Al margen de esta anotación escribió: «solía hauer en este pilar un altar que era suyo del dicho arçipreste e ay oy un luçillo suyo en este pilar».

Bastarian estas curiosas e interesantísimas noticias para demostrar que este lucillo es el correspondiente al famoso autor del *Corvacho*, mas es necesario apurar esta investigación.

En el *archivo* de la ilustre y antigua Cofradía-Hermandad de la *Santa Caridad* de Toledo, existente en la sala capitular de la parroquial de Santas Justa y Rufina, existen varios manuscritos correspondientes a aquélla, y en alguno de los cuales se menciona al arçipreste de Talavera (1).

En un manuscrito titulado *Becerro de los doctores que dexaron memorias de que es cumplidora esta Noble Cofradía de la Santa Charidad*, al folio 24, y con el número 16, se escribe:

«Arcipreste de Talavera.

»Fundó que el día de santtos y finados se ofrendase su sepultura y se cubriese con dos velas.

»Dexó para lo suso dicho 1 V mrs. (1.000 maravedises) sobre casas a S. Miguel el Alto, que la cofradía entregó a la fábrica de Sta Justa por la sala de los cauidos desta Cofradía que ttienen en dicha Parrochia. Y la cofradía le consiguió otros mil mrs. sobre casas a S. Justo al corral viejo de las vacas en el tributo de 3 mil mrs. y quatro gallinas.»

Al margen la siguiente nota:

«Dizesse questá perdido este ttributo. Consultesse si por hauer dexado la fundación en renta buena, y auérsela consignado en renta no tal, si tiene la cofradía obligación de dar otros mil mrs. en buena finca.»

Como consecuencia de esta *memoria*, fundada por el arçipreste y que aceptó la Cofradía de la Santa Caridad, obligándose a las cargas de su fundación, ésta cubría con pan, vino y cera el día de Todos Santos y finados en la iglesia mayor la sepultura del arçipreste; se decían por él dos misas con ofrenda sencilla y se ponían dos candelas en la sepultura número 19, según se comprueba en un manuscrito del año 1532, titulado *Mayordomos*, y en otros de la mayordomía de varios señores cofrades, correspondientes a los años de 1578 y 1636.

¿Cuál era la sepultura correspondiente al arçipreste?

(1) *Libro 1º de Memorias.*

Becerro de la Santa Caridad-Visita General dta. Noble y Antigua Cofradía de la Sta. Caridad y Memorias de su Patronato, con descripción de todos los vienes y Cargos y la Reducción de dhas. Memorias, con distribución de su renta.

Libro de doptaciones que cumple la Cofradía, donde se dà Raçon desde sus fundaciones hasta el Año de 1664.

Memoria de las sepolturas de la Santa Caridad. Año de 1543.

Visita de la Santa Caridad. Año de 1772.

En el manuscrito titulado *Memoria de las sepulturas de la Santa Caridad*, correspondiente al año de 1543, se escribe al folio II v.:

«N.º 20.

»la sepultura del arcipreste de talavera está junto a las gradas de la dicha capilla de san pedro | a Rimada al pilar | q. está entre la dicha capilla y la puerta de las ollas, tiene piedra | prieta señalada con la señal de la santa caridad | número veynte cúbrese | con ofrenda sencilla y dos candelas.»

Esta memoria se cumplió por la Cofradía de la Caridad durante muchos años, según se comprueba por los libros de *Visita*.

En 3 de julio de 1772 el visitador general, D. Francisco de Camargo, «halló formadas cuentas desde primero de enero de mil settecientos quarenta y ocho, a fin de diziembre de settecientos sessenta y siete, por las que consta distribuido el sobrante de Renta en misas reçadas y cubrimiento de sepultura, a excepción de mil y ochenta y seis mrs. que resultan de alcancen en cuentas últimas, y mediante la novedad que se advierte en el cumplimiento de esta Memoria, pues siendo su cargo el cubrimiento y ofrenda solamente se avonan en las primeras cuenttas veintte misas rezadas de a ttres reales y siete cubrimientos al respecto de diez rs. cada vno, encargó su merced a la Cofradía, y en su nombre a sus Comisarios, que en lo sucesivo pongan especial cuidado en que el repartimiento y distribución de cargos de cada una de las fundaciones respective se aga en ttodo arreglada a sus cláusulas, Providencias de Vissittas y estado actual de sus Rentas, sin infrinjr en manera alguna la voluntad del testador, con apercibimiento que verificándose lo contrario se procederá contra la Cofradía ysus individuos, particularmente aquellos a quienes esttá sometido el cumplim^{to} de Memorias, a lo que haya lugar en derecho, y por ahora ossando su merced de benignidad aprovava y aprobó las referidas cuentas en quanto puede y ha lugar (salbo horror), declarando por cumplida esta Memoria hasta fin de settecientos sesenta y siete, y lo firmo.—D.^{or} Camargo.—Ante mí.—Francisco Teruel.»

Años más tarde, y por el visitador D. Gabriel Martínez Matheo, se formó a esta *Memoria* la cuenta siguiente:

«Alcance hecho hasta fin del año de 68.....	4.250 mrs.
— — de 72.....	3.900 —
— — de 74.....	1.113 —
<i>Alcance total.....</i>	<u>9.263 —</u>

Y por último, en el *Archivo diocesano* existe un *Becerro* de la Santa Caridad, en donde consta la visita general hecha a esta Cofradía en 1779, y en él se escribe (al folio 447) lo siguiente:

«Al margen: Parroquia de Sant Pedro.—1.^a Memoria.—El Arcipreste de Talavera.

»El dho., según consta del Libro primero de memorias, folio 49, y la Reducción general del año de 1660, número 98.

»Fundó una mem.^a en la Parroquial Cap.^a de S.ⁿ Pedro desta Iglesia, con cargo de que en los días de Santos y Finados, de cada vn año se ofrendase su sepultura, y se pusiesen dos velas.

»Para cuio cumplimiento dejó a esta Cofradía mil mrs. de Tributo sobre casas a San miguel, el qual zedió la Cofradía a la Fábrica de Santa Justa por la ssala de los Cavildos, y la conssignó a esta mem.^a para su cumplimiento otros mil mrs. sobre casas a el Corral viejo de Bacas en un tributo de tres mil mrs. y quatro gallinas, y por estar perdido, en la Reducción Gral. de memorias echa por los Señores del Consejo en diez y ocho de septiembre de mil seisientos sessenta se mandó que dha. Cofradía diesse de sus Propios a la dha. Fabrica de ssantos Justa otros mil mrs. y que cumpliese esta Memoria según su primitivo cargo, lo que no consta haverse efectuado; en cuiu attenz.^{on} en la actual Visita, y atendiendo a la obligación que contrajo la Cofradía, para el cumplimiento de esta Memoria, quien enajenó el primitivo tributo de su Dotación por su propia vtilidad, y a que no es justo que por haverse perdido el subrogado en su lugar por la misma Cofradía carezca la Memoria de su devido cumplimiento, dixo su Señoría deuía mandar y mandó se cumpla anualmente la carga impuesta por el Fundador, según y como se preuiene, cuio gasto supla la dha. Cofradía de sus Propias Rentas, y a cuio respecto mandó su Sría. se pida razón y cumplimiento en lo futuro, y desde el día que tiene reservado determinar por Providenzia Gral.»

El arcipreste de Talavera, Alfonso Martínez de Toledo, pertenecía, pues, a la antiquísima *Cofradía de la Santa Caridad*, que sobresalía entre todas las demás toledanas por contar entre sus cofrades a los sujetos más distinguidos de la ciudad, y en ella fundó la *memoria* de que he hecho relación, consistente en que cada un año se ofrendase su sepultura y se pusiesen en ella dos velas.

Entibiado el fervor de los cofrades durante muchos años tornó a florecer nuevamente hacia el año de 1530, según se deduce al examinar el *origen y antigüedad de la ilustre Cofradía*, capítulo que tomo de un manuscrito existente en el *archivo* de la misma, titulado *Becerro de la Hacienda, posesiones y rentas de dha. Ille. Cofradía, sus títulos, priuilegios, preheminiencias y demás que tiene y goza; memorias, Capellanías y Patronatos, fho. en este año de mil setecientos setenta y siete... siendo mayordomo dⁿ Gaspar Antolínez, Capitán del Regimiento de Milicias de esta Ciudad* (1).

(1) Origen y antigüedad de la ilustre Cofradía:

«Cercada esta Imperial Ciudad de toledo, por el bien aventurado Rey de gloriosa memoria dn. Alonso el Sexto deste nombre, la ganó Domingo día de San Urban veinticinco de mayo año del nacimiento de nro. Salvador Jesu-Christo de mil y ochenta y cinco; el dho. bien aventurado Rey para la defensión desta Ciudad dejó al bien abenturado de Glorioso renombre el Cid Ruy Díaz por Capitán, Alcayde y Governador della; y las Jentes que con este se hallaban, así de Guerra, como otros que nuevamente della vinieron a poblar, por la esterilidad que la Guerra

¿Qué circunstancias pudieron concurrir para que aparezca equivocado el año de la muerte del famoso arcipreste en la originalísima lápida consagrada a su memoria en la santa iglesia de Toledo?

COMANDANTE GARCÍA REY.

C. de la Real Academia de la Historia.

causaba, por no haver templos, hospitales, ni cofradías morían muchos así en la dha. guerra como de muertes naturales, aogados y ajusticiados, y carecían de eclesiástica sepultura por no haver quien se la diese, por ser jente de guerra, y otros, como queda dho nuevamente reunidos para ocurrir al remedio se juntaron el capitán Antonio Téllez de Toledo y Suero Gómez de santidad y otras buenas personas, y trataron medio el más caritativo para que los cuerpos de los fieles christianos fuesen sepultados con solemnidad de la Santa Iglesia, y para ello con otros consortes, cada vez que ocurría morir alguno se juntaban y le daban sepultura eclesiástica pidiendo para ello limosnas entre los católicos christianos, tomando por nombre *Charidad*, y para mejor poder ejecutarlo pidieron el Arzobispo de toledo dn. Bernardo (que era natural de Francia y el primo después que dha. Ciudad fué reducida a los fieles christianos tomada de dhos. paganos) los diese una Cruz de palo verde con un crucifijo con que sepultasen los tales difuntos, lo qual graciosamente los concedió, y mandó que la Santa Charidad saliese en todas las Procesiones generales que la Santa Iglesia de esta Ciudad para siempre jamás hiciese; la qual dha. cruz fuese detrás de todas las Parroquias y cruz de dha. Santa Iglesia, llebando delante della dos zirios, y delante de todas las cruces un gran Pendon con una lanza de armas blanca pintada de muchas cruces verdes, y un cuchillo de hierro corbo para cortar las sogas que atravesaban las calles e ympedían pasar dhos. pendon y cruces; y así ordenaron que desde entonces en adelante se hiciese y cumpliese, e hicieron Regla y estatutos y aunque a esta sazón fué en mucho aumento, después fué refriando algún tiempo, no queriendo nro. sor. que del todo cesase y se perdiese, reconocida diha. tiuieza en los hermanos, Gutierre Gómez de Toledo, Pedro López de Ayala, Antonio de Cervatos principales caualleros y señores desta ciudad se juntaron en el monasterio de San Francisco, y dieron orden para que las obras de la Santa Charidad tornasen a florecer, porque a la sazón havia guerra y trabajos así en esta ciudad, como en todo el Reyno, pasados que heran vnos doscientos veinte años, tornaron a reedificar dha. Hermandad y hicieron su regla que fué hecha presente y leyda a dha. ilustre Cofradía el jueves diez y siete de febrero del año de mil quinientos treinta, reducido su Instituto a usar de Caridad en los pobres socorriéndolos, dar de comer al hambriento, vever al sediento, vestir al desnudo, rescatar al captivo, visitar los enfermos, enseñar al no sapiente, socorrer a las viudas, casar las huérfanas. enterrar los difuntos y todas las demás obras de caridad y misericordia, manteniéndose dha. Hermandad en el Carmen Calzado desta Ciudad y por más en su centro, se trasladó a la Iglesia Parroquial Muzárave de Santa Justa y Rufina en el día ocho de agosto del año de mil quinientos noventa y ocho en la que subsiste con su sala y congregación.

VARIEDADES

Imitación de Quevedo

El ilustre crítico Icaza, en su estudio de Salas Barbadillo, que antepuso a las obras de este novelista publicadas en *Clásicos Castellanos*, se esforzó en demostrar que los maestros y modelos de Salas Barbadillo eran los escritores italianos. Un solo obstáculo encontraba a su tesis: la influencia de Cervantes, y a remover ese obstáculo dedicó algunas páginas. ¿Y Quevedo no inquietaba a Icaza? Parece que no, pues no le nombra sino al fin del estudio, en la siguiente forma:

«Todo autor de época de transición tiene puntos definidos de contacto con sus predecesores y con los que hubieron de seguirle inmediatamente. En nada se parecen Mateo Alemán y don Francisco de Quevedo, y por de Quevedo vienen pasando algunas páginas de Alemán—las de la consabida pragmática ingerida en la obra quevedesca—. Por de Quevedo pasaron también, y se publicaron como suyos, varios capítulos del *Don Diego de noche*, de Salas. Pero no han pasado, ni de seguro pasarían, por de Cervantes entre personas medianamente cultas ninguna obra de Alemán o de Salas Barbadillo.»

Clásicos Castellanos, vol. LVII, pág. 46.

Pues bien; la somera lectura de *El sagaz Estacio* me ha traído a la memoria algunos lugares de Quevedo que demuestran del modo más evidente que éste fué el gran modelo para Salas Barbadillo, al cual siguió tan de cerca que a duras penas se le puede librar de la acusación de plagiarlo.

Vamos a citar frente a frente algunos textos del modelo y del imitador, que no dejarán lugar a duda sobre la exactitud de esta relación en que los colocamos.

Quevedo

«Item, porque sabemos cuán lleno está el mundo de cierto género de hombres entremetidos, negociantes, enfadados y sin vergüenza, mandamos que los priven de todo cargo y oficio y sólo se les consienta, a falta de otros, que puedan ser sacristanes y muñidores de cofradías.»

Quevedo, *Premática del tiempo*. *Clásicos Castellanos*, LVI, 58.

Salas Barbadillo

«Digo, pues, que los primeros locos a quien él echa la mano son unos que el mundo llama entremetidos, y los estima por cuerdos porque cansando negocian; él, pues, desde el día de la publicación de sus edictos los manifiesta por defectuosos, permitiéndoles que anden libres, aunque vestidos en traje senaiaado para ser conocidos, privándoles de todo cargo y oficio; solamente les consienten que puedan ser sacristanes y muñidores de cofradías.»

Salas Barbadillo, *El sagaz Estacio*. *Clásicos Castellanos*, LVII, 128.

Quevedo

«Item, porque vemos que ya hoy día nadie dice «Así lo cayó fulano», sino «Así lo dijo fulano», ordenamos haya cátedra para callar, como las hay para hablar.»

Quevedo, *Premática del tiempo*, ed. citada, pág. 60.

Quevedo

«Item, mandamos que el que matare corchete o soplón (gozque de las regatonas, bufoncillo de los tenientes, trasto de la república, que embaraza y no sirve, y puñal del demonio)...»

Quevedo, *Premát. y Aranc. Clásicos Castellanos*, LVI, 67.

Quevedo

«Otro sí, damos por incapaces de razón a todos aquellos que habiéndoles Dios hecho bien criados de personas son mal criados de gorra, y deleitándose en ser descortesés se consuelan a vivir malquistos.»

Quevedo, *Premát. y Aranc. Clásicos Castellanos*, LVI, 67.

Salas Barbadillo

«Yo, señora, me crié desde niño en las Universidades, y viendo que los maestros, en lo que alegaban, siempre decían «Así lo dijo Fulano» y nunca «Así lo calló Fulano»; desde entonces, con deseo de verme alegado, es más lo que digo que lo que entiendo.»

Salas Barbadillo, *El sagaz Estacio. Clásicos Castellanos*, LVII, 141.

Salas Barbadillo

Montúfar

«Quedo advertido. También he de matar a un corchete mulato de color, cruzado de rostro, airoso de boca, turbio en los ojos, lerdo en los pies, gozque de las regatonas, bufoncillo de los tinientes y, finalmente, trasto de la república, que embaraza y no sirve.»

Salas Barbadillo, *El sagaz Estacio. Clásicos Castellanos*, LVII, 256.

Salas Barbadillo

«Item, declara nuestro venerable pesquisidor por incapaces de razón a todos aquellos que habiéndolos Dios hecho bien criados de persona son mal criados de gorra, y deleitándose en ser descortesés se consuelan a vivir malquistos.»

Salas Barbadillo, *El sagaz Estacio. Clásicos Castellanos*, LVII, 135.

Además de estas analogías de frases que quedan anotadas, hay otros lugares que revelan la misma relación de parentesco entre ambos escritores. Leamos para ejemplo este embrión de cuento, rápido y derecho al bulto, según la manera que vedesca, y luego vamos a ver cómo Salas Barbadillo lo desarrolla y amplifica con más dotes de cuentista y menos acritud satírica.

Quevedo

«Acuérdome del cuento del que, enfadado de que los ratones le roían papeli-
llos y mendrugos de pan y cortezas de queso y los zapatos viejos, trujo gatos
que le cazasen los ratones; y viendo que los gatos se comían los ratones y junta-
mente un día le sacaban la carne de la olla, otro se la desensartaban del asador,
que ya le cogían una paloma, ya una pierna de carnero, mató los gatos y dijo:
«Vuelvan los ratones.» Aplicad vosotros este chiste, pues como gatazos, en lugar
de limpiar la república, cazáis y corréis los ladrones ratoncillos, que cortan una
bolsa, agarran un pañizuelo, quitan una capa y corren un sombrero, y juntamente
os engullís el reino, robáis las haciendas y asoláis las familias. Infames, ratones
quiero y no gatos.»

Quevedo, *La hora de todos. Clásicos Castellanos*, XXXIV, 104.

Salas Barbadillo

«Con su luz se descubrieron dos gatazos corpulentos y hermosos, porque su
piel, varia en los colores, los hacía lucidos y arrogantes. Saludáronse los unos a los
otros, dándose con las palabras lo que más lejos estaba de su deseo, y viendo que
todos caminaban a un paraje hicieron compañía, y todos llevaban sus fines: los
zorros pensaban comer a costa de los gatos, y los gatos entretenerse con la con-
versación de los zorros. Estos supieron de aquéllos que eran ministros de justicia
y que llevaban comisión para castigar a unos ratoncillos, ladrones viles que hacían
mucho daño en la despensa de un gran personaje, y el despensero, parcial con los
gatos en todas sus obras, les había pedido favor y ayuda, como quien se valía de
los suyos; acriminaban mucho el delito los gatos, y reprendían la naturaleza aleve
de los ratoncillos acechadores. Llegaron a la despensa algo tarde y, aunque de
noche, los recibió el pariente despensero con mucho amor y cortesía, así a ellos
como a sus compañeros, porque también con los zorros tenía afinidad muy cerca-
na y se desvanecía mucho con este parentesco. Velaron toda la noche los gatos
e hicieron espantosas justicias en los descuidados ratoncillos, pasándolos a todos
a los filos de sus dientes sangrientos, habiéndoles dado primero mucha bofetada
gatuna, pasándolos con las uñas de parte a parte, muriendo éstos a puñaladas de
uña gatesca.»

Salas Barbadillo, *La peregrinación sabia. Clásicos Castellanos*, LVII.

Después de tan indudables pruebas creo que no se podrá afirmar que los
modelos inmediatos de Salas Barbadillo fueron los novelistas italianos, sino don
Francisco de Quevedo, al cual debía su fiel imitador saber de memoria, o tenerle
muy a mano, para ir espigando frases de acá y allá, según hemos visto. En la
Revista de Filología Española indiqué ya que tampoco se puede negar la influen-
cia del *Coloquio de los perros* en *La peregrinación sabia*.

M. HERRERO-GARCÍA.

Las cruces de San Bernardino

Vamos a reseñar una antigua práctica de devoción propia de la cuaresma en el siglo xvii vinculada a un lugar del Madrid de entonces, hoy completamente modificado.

Corría el antiguo camino de San Bernardino por lo que hoy es calle de la Princesa y se alargaba hasta el convento de frailes franciscos, llamados mínimos de San Francisco de Paula, fundado en 1561.

Durante los últimos años del siglo xvi este convento fué un lugar de apacible devoción, excitada principalmente por una reliquia del santo que donó el general de la orden fray José Téllez al convento extramuros de la villa, como se le denominaba en esta época. Vicente Espinel, refiriéndose en su libro *Marcos de Obregón* a los últimos años del siglo xvi, habla de este camino como de un lugar de apacible esparcimiento y de higiénico paseo. No había, pues, comenzado la devoción popular a colorear de cierto matiz este sitio madrileño (1).

Fué el año 1613 cuando, al decir del analista León Pinelo, «se plantó en el camino que hay desde Madrid a San Bernardino, convento de descalzos franciscos, la *via sacra*, que es la de los pasos de Cristo señor nuestro, desde el pretorio de Pilatos, donde le pusieron la cruz sobre los hombros, hasta el Calvario y lugar en que fué crucificado, que son 1.377 pasos, que hacían 3.443 pies de tercia vara; éstos se reparten en catorce estaciones, y en cada una se pone una cruz los viernes de Cuaresma. Se frecuenta mucho esta devoción con nombre de *las cruces*, aunque la multitud de gente que acude [convierte] en fiesta lo que es penitencia».

De las palabras transcritas sacamos en claro que contando desde la Puerta de San Joaquín (donde hoy se levanta la estatua de Argüelles) la distancia indicada, que viene a ser aproximadamente un kilómetro, el convento debía caer cerca del Instituto Rubio. En segundo lugar, la degeneración de la *via sacra* en romería bullanguera no debió comenzar en los años subsiguientes al 1613, pues la Sala de Alcaldes de Casa y Corte no intervino hasta 1622. A partir de esta fecha hallamos en los libros del citado tribunal preciosos datos para seguir paso a paso la historia de esta costumbre religioso-popular del Madrid de los Austrias. En efecto, en el año 1622 se echó el primer pregón reglamentando la romería de las cruces, en estos términos:

«Los Alcaldes de Corte dijeron que atento a los inconvenientes que han resultado y resultan de que hombres y mujeres juntos vayan a la estación de las Cruces de S.^ñ Bernardino los Viernes de las cuaresmas, mandaron se pregone... que no puedan ir hombres ni mugeres juntos en un día, sino que de aquí adelante vayan los hombres de por sí, un viernes los hombres y otro las mugeres, y comiencen desde el primer viernes de cuaresma los hombres, y el segundo las mugeres, y así alternativamente, hasta que se acabe la cuaresma, so pena que los que fueren de otra manera, así hombres como mugeres, de diez años de cárcel, dos

(1) Vid. Espinel, *Clás. Cast.*, LI, 243.

años de destierro de la corte y cinco leguas y de diez ducados para pobres de la cárcel, gastos de justicia y denunciador, y así lo mandaron y señalaron.»

En los años siguientes, hasta 1627 inclusive, el pregón se repite con toda exactitud: las mismas restricciones, las mismas penas, hasta la redacción es exacta; prueba de que los avisos y amenazas no surtían efecto alguno entre el vecindario. Esta opinión se refuerza examinando el pregón del año 28, promulgado el primer jueves de cuaresma, pues sin aumentar las prohibiciones la pena pecuniaria aumenta de 10 a 200 ducados, cantidad que desde entonces queda como canon, repitiéndose en las siguientes disposiciones (1); es decir, en vista de la inutilidad de las primeras penas se aumentaron éstas, con más fortuna, siquiera fuera por poco tiempo, juzgando por las interrupciones que pueden advertirse confrontando las fechas anteriores.

Un auto promulgado también por la Sala en 7 de marzo de 1630 presenta un nuevo y más interesante aspecto de la peregrinación a San Bernardino.

El documento dice que «habiendo tenido noticia que los jueves en anochecido, cada semana de la cuaresma han salido algunos hombres con cadenas y calaveras, cruces y otros hábitos de penitencia, y que hay escándalo para mucha gente, que los sigue por las calles, y al campo, a las cruces de S.ⁿ Bernardino.., fué prohibido en virtud del susodicho auto, sopena de dos años de destierro y diez mil maravedís para la cámara de Su Magestad». No vuelve a repetirse la prohibición; por tanto, debió tratarse de un caso aislado.

A partir del año 1641, a los pregones tradicionales prohibiendo que los hombres y las mujeres fueran juntos, se une una restricción más: que se vaya en coche o a caballo, imponiendo al cochero o infractor la pena de cien azotes y seis años de galera, reproduciéndose textualmente en el 1644.

Pero, sin embargo, poco caso debió hacer el pueblo de Madrid, y por ello fué necesario que la prohibición fuera material y no tan sólo virtual. Dos años más tarde se hace constar «que no vayan en coches y caballos de los palenques adentro, por donde se puedan entrar al dicho convento y sitio donde estan las cruces». Estos palenques se collocaban en el puente de Leganitos, situado en el cruce de esta calle con la actual plaza de España, aislando de esta manera la barriada comprendida entre el colegio de doña María de Aragón, la plazuela de Santo Domingo, la calle de San Bernardo y la actual de los Reyes, al decir del texto, que manda «que se haga los palenques que se acostumbra hacer en la puente de Leganitos y bocas calles que entran en el camino de S.ⁿ Bernardino, estramuros de esta villa» (2). Estas bocacalles debían ser la de los Dos Amigos, la entonces llamada de San Joaquín (hoy de San Bernardino), la de San Benito (hoy Travesía del Conde Duque), la de San Juan Bautista (hoy calle del Conde Duque), una calleja que figura en el plano de Texeira (hoy de las Negras) y un arroyo que corría por la que hoy llamamos calle de los Mártires de Alcalá y desembocaba en la amplia plaza del Duque de Liria. Estos palenques se hacían por contrata, y se pagaba al carpintero que los armaba todos los viernes de cuaresma tres ducados por cada uno.

Los pregones de 1647, 1652, 1653 y 1654 no introducen modificación alguna.

En el del 59 el castigo que se impone al cochero se modifica en el sentido de conmutar la pena de azotes por dos años más de destierro, con lo cual resultaba

(1) 1629, 1637, 1639, 1641 y 1649

(2) 1647.



Plano de Texeira

un total de cuatro años, quedando así establecida esta pena en los siguientes pregonos (1).

El de 1680 da pormenores acerca del coste de los palenques, ofreciendo sus servicios a la Sala un carpintero, poniéndolos los siete viernes de cuaresma «en cuantía de diez y ocho ducados» en vez de treinta, cantidad que pagaba la Sala.

Más interés tiene el de 1682, pues introduce modificaciones en la colocación de los palenques. Hasta entonces debió regir el plan de 1647 que queda descrito en lugar oportuno, ya que los libros de la Sala de Alcaldes no nos dicen otra cosa; sin embargo, el núcleo de población que se extendía a la derecha de la calle de Pardo (hoy del Duque de Osuna), la plazuela y la calle o, por mejor decir, camino, que arrancando de ésta terminaba en la parte llamada de San Joaquín, a la que hemos hecho referencia anteriormente, que era ya numeroso en el año 1656, no había de serlo menos después de más de veinte años. Para incomunicar esta barriada con el camino de San Bernardino por una red de palenques en las distintas bocacalles, habían de ser tantos éstos que suponía una tarea larga y pesada, tanto más cuanto que se trataba de una obra que no era permanente, sino que durante siete semanas había de realizarse para interrumpir el paso tan sólo un día, dejándolo libre los seis restantes. La disposición que nos ocupa dice textualmente: «Los palenques que se han de poner la cuaresma de este presente año en el paso de Leganitos y plazuela de S.^{ta} Joaquín...» Teniendo a la vista el plano de l'exeira, fácilmente se comprenderá que de esta manera se evitaban todos aquellos que en las distintas calles habían de ponerse anteriormente; en cuanto al coste, se fija en diez y ocho ducados; «los nueve de contado y los otros nueve acabada la cuaresma».

No ofrecen particular interés las disposiciones siguientes (2), salvo un litigio de salarios en el año 1684 entre maestros carpinteros; y en los últimos años del siglo se hace constar los lugares en donde había de dejarse oír la voz del pregonero, siendo éstos la Puerta de Guadalajara, la plazuela de la Villa, la Puerta del Sol, Plaza Mayor y la fuente de Santa Cruz.

He aquí la historia de esta devoción del siglo xviii; en el siguiente se dictaron otras disposiciones análogas, hasta que en 1720 la dinastía francesa hubo de prohibirla radicalmente, como tantas otras costumbres genuinamente madrileñas, contribuyendo de este modo a la transformación completa de la villa y corte.

RICARDO MARTORELL.

Los problemas de la población penal en la Cárcel de Corte de Madrid durante el siglo XVIII

Sin caer en exageración puede decirse que un setenta y cinco por ciento de los documentos que acerca de los pobres existen en el Archivo Histórico Nacional (libros de gobierno de la Sala de Alcaldes) se refieren a la beneficencia carce-

(1) 1660, 1661, 1663, 1664, 1665, 1667, 1668, 1671, 1672, 1673, 1674, 1675, 1676, 1677 y 1679.

(2) 1683, 1684, 1685, 1686, 1689, 1693, 1695, 1697, 1698 y 1699.

laria y cuestiones relacionadas con la manutención de los presos pobres. Para los gobernantes de los pasados siglos esto fué siempre una grave preocupación; la mendicidad pública subsistía por sí misma mediante la limosna de las almas caritativas, y todo consistía en que las autoridades cerrasen un poco los ojos ante los abusos para que la cosa marchara por sí sola. Pero el problema del mantenimiento de los presos pobres era cosa distinta; estos individuos estaban confinados por orden gubernamental, y por lo tanto el Estado tenía la obligación de no dejarlos morir de hambre. Carlos III, en una Instrucción dada a los corregidores, les recomienda que los presos estén bien cuidados en las cárceles, recordándoles que éstas son para la custodia y no para la aflicción de los reos. Pero la piedra angular de todas las dificultades estribaba en que durante el siglo XVIII (como casi en todos los siglos) las arcas del erario español estaban harto exhaustas, y estas angustias económicas daban lugar a órdenes y escritos pintorescos, como veremos.

Los documentos que se refieren a la beneficencia carcelaria dicen «Para los pobres de la cárcel» (1), y hay que suponer que dichos presos casi todos serían pobres; interesa observar, pues, que un pobre empezaba a depender oficialmente del Estado y a ser cuidado y mantenido por éste desde el momento en que por alguna fechoría era encerrado en la cárcel. Más tarde, cuando el movimiento de opinión pública obligó a las autoridades a recoger a todos los mendigos, estos conflictos económicos se agudizaron más, pero por lo mismo se idearon otros arbitrios.

Con suma frecuencia la mayor ayuda al Gobierno en estas escaseces era la caritativa liberalidad de los particulares que entregaban cantidades con destino a los pobres de la cárcel, o lo que es más de admirar, pidiendo públicamente limosna para aliviar la situación de los presos... es decir, del Gobierno. Por uno de los documentos (2) conocemos el caso de un individuo, vecino de Madrid, que se dedica, por el servicio de Dios, a pedir por las calles limosna para los pobres de la cárcel, «así dinero, como pan, carne, dulces y otras quales quier cosas», sin reservar para él más que lo estrictamente necesario para mantener su persona. Y como los señores alcaldes de casa y corte ven que dicha decisión «resulta en beneficio y alivio de los dichos pobres», dan permiso al citado individuo para llevar un palo largo con dos grillos en el extremo para que se vea que pide por los pobres presos, y que no se le ponga embarazo en tal misión. Es paradójico que, cuando empezaba a ser un grave conflicto la invasión de mendigos en las calles madrileñas, la Sala autorizara a un mendigo más porque contribuía a aliviar las arcas municipales.

Otros saneados ingresos, y al parecer frecuentísimos, lo constituían las donaciones que a favor de la cárcel se hacían, ya por testamentos, por hacer efectivas deudas de difícil cobro, por ventas en buenas condiciones, etc. Téngase además en cuenta que en los pasados siglos era costumbre entregar a los pobres de la cárcel, no sólo limosnas por penitencia u otras causas, sino los artículos

(1) Estos documentos se hallan diseminados en los diferentes libros; pero actualmente puede consultarse el *Catálogo por materias de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte* (Madrid, 1925) debido al Sr. González Palencia, con el cual se tiene rápidamente la situación de cualquier determinado conjunto de papeles. Dicha publicación no había salido a luz cuando consulté estos fondos.

(2) Año 1676, fol. 211.

más extraños, inservibles y aun nocivos: avellanas hueras, frutos averiados y otros géneros que a los vendedores se decomisaba; cuando Sancho Panza entra a ejercer sus funciones gubernativas en la insula Barataria, envía con liberal gesto a los pobres de la cárcel aquellas famosas caperuzas digitales del pleito entre el sastre y el labrador, sin que se sepa para qué querrían los penados aquellos utensilios.

Espigando entre los muchos documentos de legados a pobres que hay damos con uno (1), por el que la mujer de un regidor de la villa deja en su testamento una «manda» de «diferentes cantidades de maravedises» a los pobres de la Real Cárcel. Por el cargo de algunos de los que hacen estas mandas, como en este caso, parece que tales legados eran deudas de conciencia, devolviendo a necesidades de la villa lo que quizá se tomara indebidamente en el disfrute del cargo. Una señora —dice otro documento (2)— deja en su testamento un legado de 30.000 reales de vellón para los pobres de la cárcel, ordenándose se entregue dicha cantidad al «mayordomo de los pobres». También otra señora lega a los pobres de solemnidad presos en la cárcel una cantidad que recobró por justicia de un caballero que habitaba una casa suya y que se la dejó a deber.

Los apuros monetarios no llegaban sólo a los presos, sino también al personal de la cárcel, cosa que les inducía a cometer ciertas operaciones feas de las que venimos en conocimiento por otros papeles. Explica uno de ellos que un legado de 25 ducados que dejó cierto caballero a beneficio de los pobres de la cárcel los percibió el alcaide, que luego abandonó el cargo sin entregar dicha cantidad. Habiendo fallecido el citado funcionario mándase apremiar a su viuda o herederos para que los paguen, y así lo hace un hijo del difunto deudor.

Otro caso pintoresco y significativo es el siguiente (3): Una señora dejó un crecido legado con destino a los consabidos pobres presos. Pero el mayordomo de la cárcel, el abogado de pobres, el capellán y demás empleados resuelven cobrarse sus pagas, atrasos y otros emolumentos de dicho legado, considerando que ellos son parte integrante de la cárcel. Pero el albacea de la señora pone pleito contra esto, diciendo que la fórmula testamentaria sólo expresa que el dinero es para los pobres. Median largos alegatos de una y otra parte, demostrando los empleados de la cárcel su excesivo trabajo, su escasa remuneración, su penuria..., y acaban pidiendo se les deje participar del legado. Ganan por fin estos empleados el pleito, y se reparten la mitad del sobrante que quedó después de cubiertas todas las necesidades, socorro y manutención de los presos. Parece, pues, que el famélico personal no quiso que aquella cantidad que se les entraba por las puertas se evaporara sin quedarles nada entre las manos, y para ello consideraron sofisticadamente que en la frase «para la cárcel» de la testadora debían entrar, no sólo los presos pobres, sino los empleados de ella, que en abundancia allá se avendrían con los reclusos.

En 1783 se ordenó que todos los bienes pertenecientes a la extinguida Compañía de Jesús quedaran a favor de las obras de beneficencia. En un documento se lee que en los aposentos de dos padres del Colegio Imperial de Madrid halláronse 7.000 reales de vellón, y se dispone que tal cantidad pase a beneficio de los pobres de la cárcel. También, para salvar las épocas de mayor apuro en el man-

(1) Año 1717, fols. 203-30.

(2) Idem 1716, fol. 66.

(3) Idem 1793, fol. 117.

tenimiento de los reclusos, se apeló a la generosidad regia, aunque tampoco aquellos monarcas gozaban de gran desahogo.

Para conocer en qué consistía el socorro dado a cada preso disponemos de algunas pruebas. Se ordena en un papel que a seis individuos presos por monederos falsos se les socorra con diez cuartos, lo que se acostumbra dar a los presos pobres por la Sala de Alcaldes. Pero el caso es que el documento no hace constar el período en que se daban estos diez cuartos. En otra orden se manda reglamentar la caja de caudales existente en la Sala de Alcaldes para la manutención de los pobres presos, y que se dé a cada uno de éstos media libra de vaca, tocino y garbanzos. Pero la crónica penuria de la «Caja de los presos pobres» haría que estos socorros fueran bastante intermitentes, por cuanto se ve en una nota la orden de pagar puntualmente la cantidad que a cada pobre se le debe por la limosna o ración que la Sala de Alcaldes les tiene señalada. Estas órdenes de socorro dan a conocer también que unas veces se daba a los pobres la limosna en especie, cosa que sería lo normal, y otras la cantidad equivalente en metálico. En otra orden se manda que definitivamente se dé la limosna en especie en vez de en dinero, por dar el último sistema lugar a muchos excesos; dice la orden (1): «Recuérdase al tesorero de la Sala de Alcaldes, como desde hace tres años está mandado, que para los pobres de la cárcel se den por cada calabozo, enfermería o cuartel de mujeres una panilla de aceite para alumbrarse; los sábados, tres cuartos a cada preso para lavarse la ropa; cada quince días, dos cuartos al barbero por cada barba de dichos pobres, y cada mes quince reales a un mozo para comprar lo necesario para la comida de los pobres, y que corra con el gasto de la olla que se mandó poner en lugar de la ración en dinero que se daba a los pobres.» En el patio de la cárcel había una cantina o tienda para las cosas necesarias a estos pobres, y en 1707 se manda al tabernero y bodegonero encargados del establecimiento fijar precios especiales en los artículos que han de vender a los presos pobres.

En 1765 la situación de las arcas llegó a tan angustioso extremo, que sin ambage alguno el mayordomo de la cárcel escribe al gobernador del Consejo (2): «Ha llegado el caso de no aver un quarto en las arcas de la Sala y estar apurados quantos recursos ai en ella... La sola manutencion de los presos llega en el dia a casi cien raciones, en lo que no puede aver dilacion, pues o se han de morir de ambre o se han de poner en la calle.» Se ve claramente cuán distinta situación era la del Gobierno con los mendigos públicos y estos dichosos pobres de la cárcel, luchando heroicamente por sostenerlos sin matarlos de hambre; y ya aquí el mayordomo apunta la alternativa de tener que echarlos a la calle, medida que salvaría la situación económica, aunque la justicia y la moral quedaran por los suelos. Para contener este desastre ordénase en otra parte que no se admita por la cárcel de la corte ningún pobre procedente de otras provincias sin que se sepa con seguridad si hay fondos bastantes para su manutención.

Del trato, alimentación y cuido que se daba a los pobres, lo que éstos expresaban no era por cierto un coro de alabanzas. Hay precisamente un curioso y significativo documento que nos enteramos de ello, y cuyo extracto es éste (3): Los

(1) Año 1725, fols. 101-102.

(2) Idem 1806, fols. 842-46.

(3) Año 1811, fol. 99-103.

pobres de la cárcel elevan una instancia a la Sala de Alcaldes haciendo saber que cada día se les ha ido menguando la ración de alimentos que debe dárseles, hasta el punto de «estar dándoseles actualmente unas lentejas podridas y llenas de gusanos, por lo que resultan las enfermedades que se están biendo». A esto contestan en la Sala, por boca de un fiscal de ella, que «estando tan alcanzado el caudal de la bolsa de los pobres», sería conveniente se invitase a cualquier congregación particular para dar de comer a estos pobres. Dice además que no cree padezcan tanta necesidad, pues actualmente se les da «un quarteron de pescado, otro de potage y medio pan». «En cuanto a lo de las lentejas podridas carece de toda verdad, pues alternativamente se les da garbanzos, judías y lentejas», y que éstas «únicamente tienen algo de gorgojos, que parece no sea cosa bastante para inficcionar ni causar las enfermedades que aseguran». Concluye diciendo «que si es dificultoso tener contenta a toda una comunidad de capuchinos, a la de esta casa será imposible.»

El fiscal que redactó esta contestación es digno de la memoria de los siglos por la luminosa idea de cargar el alimento de los presos a alguna congregación, que al par ganaría espiritualmente; por la energía con que rechaza la acusación de servir a los reclusos lentejas con gusanos, cuando lo único que tenían eran unos inofensivos gorgojos, y por el argumento, no falto de lógica, de que si es difícil gobernar una comunidad de capuchinos, cuál no sería el trabajo de tener acallada a aquella caterva.

Naturalmente que tal canalla cínica y miserable amontonada en la cárcel habría de ser compañía algo dura de regir, siempre ávida de obtener la libertad o unos maravedises, viniesen por donde viniesen. Sin duda alguna hubo la costumbre en un principio de dar por Navidades un aguinaldo a esta gente, ya del rey o de la Sala, pero ellos convirtieron bien pronto este acto de libre generosidad en una obligación que pedían y exigían con toda la fuerza de cosa oficial; bien lo demuestra este documento, que copio a la letra (1): «Al P. S. (2).—Los pobres presos de esta Cárcel de Corte.—Suplican a V. A. se sirva mandar darles el aguinaldo que es costumbre.—Merced que esperan de la gran caridad y justificación de V. A.—Los pobres.» Sigue una rúbrica.

JOSÉ GAVIRA.



Donación de doña Mencía Fernández hecha a favor de Madrid para el arreglo del Puente de Segovia en el siglo XIV

En las colecciones diplomáticas es muy poco frecuente hallar documentos en que se haga donación de bienes a obras de carácter puramente civil. Lo corriente son los donativos religiosos ofrecidos a monasterios e iglesias, siempre con fines

(1) Idem 1748, fol. 696.

(2) Debe significar «Al Poderoso Señor», pero ignoro si se dirigían al rey o al presidente de la Sala.

piadosos. Las dos presentes provisiones de Consejo, correspondientes a Alfonso XI, presentan la novedad de aparecer entre dos mandas de tipo benéfico, como son rescatar cautivos y dotar huérfanos, una consagrada al arreglo del Puente de Segovia. En la historia del famoso puente éstos son los documentos más antiguos que de una manera concreta aluden a dicha fábrica, y se conservan en nuestro Archivo.

1345. Madrid, 1 diciembre (1-133-41).

Provisión del Consejo dirigida a Madrid autorizándole para que obligue a los albaceas de doña Mencía Fernández a pagar la tercera parte de los bienes que, según su testamento, deben aplicarse al arreglo del Puente de Segovia:

«Don Alfonso, por la gracia de Dios rrey de Castiella, de Leon, de Toledo, de Gallizia, de Seuilla, de Cordoua ² de Murçia, de Jahen, del Algarbe, de Algezira ⁊ sennor de Molina. A los alcalldes ⁊ alguazil de Madrid ³ oaquales quier oqual quier [que] esta nuestra carta vierdes, salut y gracia. Sepades que el conçeio dey dela ⁴ dicha villa nos embiaron dezir con Diego Alfonso y con Pero Bernalte sus manda ieros, que Mencía Fferrandez, vezina ⁵ dela dicha villa, al tiempo de su finamiento que por quanto non dexo fijos herederos, que mando en su testamento ⁶ que despues que sus albaças ouiesen cumplido ⁊ pagado las debdas que ella dula y las mandas que feziera ⁷ quelos sus bienes que fuesen la terçia parte para sacar catinos ⁊ la otra terçia parte para casar huérfanos ⁸ de Madrit ⁊ la otra terçia parte que fuesse para adobar la puente dela dicha villa que dizen segouiana. et agora ⁹ quelos dichos albaças que tomaron todos los bienes quelu dicha Mencía Fferrandez dexo ⁊ que non quieren dar la ¹⁰ dicha terçia parte para adobar la dicha puente. segunt que mandado enel dicho testamento, et en esto que rresçiben agra ¹¹ vio, et embiaron nos pedir merçed que mandasemos y lo que touiesemos por bien. Por que vos manda ¹² mos vista esta nuestra carta que fagades venir ante vos alos albaças dela dicha Mencía Fferrandez y costrennildes ¹³ que den luego cuenta a Johan Martinez ⁊ a ¹⁴ [(1)...] de todos los bienes que la dicha Mencía Fferrandez dexo al tiempo ¹⁵ de ssu finamiento, et aquello quelos dichos Johan Martinez ⁊ [(1)...] alcançaren por escriuano publico alos dichos ¹⁶ albaças que monta la terçia parte delos bienes que la dicha Mencía Fferrandez mando para la laour de la dicha puente ¹⁷ ffaçeldes ⁊ costrennildes quelu den ⁊ entreguen todo bien ⁊ complida miente a los dichos Johan Martinez ⁊ a ¹⁸ [(1)...] ¹⁹ por quello ellos pongan en la laour de la dicha puente, commo dicho es et ssegunt que fue mandado ²⁰ por la dicha Mencía Fferrandez. Et si asi ffaçer nonlo quisieren prenda ⁊ tomad cuantos de ssus bienes ²¹ de cada vno dellos asi muebles commo rrayzes ⁊ vendet los luego, ssegunt ffuero. Et de los marauedis ²² que ballieren entregat a los dichos Johan Martinez ⁊ [(1)...] de todo lo que ouieren auer para la laour ²³ de la dicha puente commo dicho es. Et non ffaçades ende al ssopena de la nuestra merçed ⁊ de cient ²⁴ marauedis dela moneda nueua acada vno deuos, et de commo esta nuestra carta vos ffuere mostrada ⁊ la ²⁵ cumplieredes mandamos a qual quier escriuano publico que para esto ffuere llamado que de ende al que vos le ²⁶ mostrare testimonio ffignado con [su] ssigno por que nos ssepamos en commo complides nuestro mandado, et ²⁷ non ffaça ende al ssola dicha pena, la carta leyda datgela. Da la en Madrid primero dia de ²⁸ deziembre. Era de mill ⁊ trezientos ⁊ ochenta y tres annos.

Yo Mathias Fferrandes la ²⁹ ffiz escriuir por mandado del rrey. ³⁰ Johan Fferrandes—Roy Diaz.»

A la espalda, sello de placa de cera roja, muy roto, «concejo de madrid». En el borde inferior cinco firmas.

(1) El blanco corresponde al segundo nombre, que no fué escrito.

1346. Madrid, 3 octubre (1-133-42).

Provisión del Consejo dirigida a Madrid autorizando una derrama de 8.000 maravedis que, con los de doña Mencía Fernández, deben dedicarse al adobo del Puente de Segovia:

«Don Alfonso, por la gracia de Dios rrey de Castiella, de Leon, de Toledo, de Gallizia, de Seuilla, de Cordoua, de Murcia | ² de Jahen, del Algarbe. de Algezira z sennor de Molina. A. los alcalldes z al alguazil de Madrit z alos doze caualleros | ³ z omnes bonos que an de uer ffazienda del conçejo dela dicha villa, ssalut z gracia. Sepades que vimos vn escripto de | ⁴ algunas peticiones que nos distes agora quando ffuemos enla dicha villa, entre las quales se contenia que Mencía | ⁵ Fferrandez, vezina de Ma.irit, al tiempo de su ffinamiento mando en su testamento el tercio del rremaniente de todos | ⁶ sus bienes para ffazer la puente segouiana de Madrit, z que uos que estades abenidos de dar diez y seys mill | ⁷ marauedis para ffacer la dicha puente z que en el dicho tercio del rremaniente que la dicha Mencía Fferrandez mando para esto | ⁸ que non monto mas de ocho mill marauedis. Et que nos pidiedes merced quelos otros ocho mill marauedis que ffincan quelos poda | ⁹ des derramar entre vos para ffacer la dicha puente, sabed quelo tenemos por bien z que los derramedes por | ¹⁰ Madrit z por las aldeas de su termino y que paguen enellos caualleros z escuderos z duennas z donzellas z clerigos | ¹¹ z todos los otros z moros z judios. z que se non escuse ninguno por carta nin por priuillejo que tenga. Por | ¹² que vos mandamos, vista esta nuestra carta. que derramedes z ffigades derramar por la villa de [Madrit] (1) z por | ¹³ las aldeas de su termino los dichos ocho mill marauedis para ffazer la dicha puente segouiana, commo dicho es | ¹⁴ z p.iguen enellos todos los sobre dichos aquellos que les copien apagar, ssegunt el derramamiento que ffuere fecho, | ¹⁵ et que rrecudan con estos marauedis al omme que lo ouiere de rrecabdar por uos el dicho conçejo. Et non ffigades ende | ¹⁶ al sop-na de la nuestra merced. Dada en Madrit tres dias de octubre, era de mill z trezientos z ochenta z quatro annos. | ¹⁷

Yo Mathias Fferrandez la ffiz escriuir por mandado del rrey. | ¹⁸ Johan Fferrandez—Roy Diaz.»

A la espalda, sello de placa, de cera roja, perdido; junto a él «madrit», «XII maravedis».

En el ángulo inferior izquierda una firma.

E. VARELA HERVÍAS.

Archivo de Villa.

(1) El original pone claramente *Madero*.

RESEÑAS

SÁNCHEZ ALONSO, B.—*Fuentes de la Historia española e hispanoamericana. Ensayo de bibliografía sistemática de impresos y manuscritos que ilustran la historia política de España y sus antiguas provincias de ultramar*. Segunda edición revisada y ampliada. Madrid, 1927. (Publicaciones de la *Revista de Filología española*). 2 tomos en un vol., XVI-633 + 468, 20 cm., 8.º, mlla.

Asistimos en España a un intenso despertar de los estudios históricos. Están ya muy lejanas las fórmulas del *ochocientos*. Nada de historia discursiva, exuberante en frases, débil de contenido. El gusto ha evolucionado, el método histórico también. Hoy se construye con sobriedad de líneas, se exige firmeza en los sillares. Pudiéramos rastrear los antecedentes de esta técnica en los siglos XVI y XVIII, en los grandes nombres de Ambrosio de Morales y de Zurita, de Muñoz y de Salazar, del padre Burriel y del padre Flórez...

En este renacer destacaba una laguna: la ausencia de una metódica y abundante bibliografía de nuestra historia (1). No existía en la península una obra parangonable a lo representado en Alemania, en Francia, en Bélgica por los manuales bibliográficos de Dahlmann-Waitz (2), Monod (3) y Pirenne (4). Los magistrales y concisos estudios historiográficos de Pons Boigues (5), Cirot (6), Massó (7) y Menéndez Pidal (8) guardaban un sello inconfundible de especialización. Los puntuales

(1) Ya lo lamentaba D. Rafael Altamira en 1904: *España y el proyecto de Bibliografía Histórica Internacional*. (*Revista de Archivos*, 1904, tomo X, págs. 146 y siguientes.)

(2) *Quellenkunde der Deutschen Geschichte. Quellen und Bearbeitungen, systematisch und chronologisch verzeichnet*. Göttingen, 1894. 6.ª ed. por Steindorff (la 8.ª en 1912, la 1.ª —sólo por Dahlmann— en 1830.)

(3) *Bibliographie de l'histoire de France. Catalogue méthodique et chronologique des sources et des ouvrages relatifs à l'histoire de France depuis les origines jusqu'en 1789*. Paris, 1888.

(4) *Bibliographie de l'histoire de Belgique. Catalogue méthodique et chronologique des sources et des ouvrages principaux relatifs à l'histoire de tous les Pays-Bas jusqu'en 1598 et à l'histoire de Belgique jusqu'en 1830*. Gand, 1893. La 2.ª ed. en Bruxelles y Gand, 1902.

(5) *Ensayo bio-bibliográfico sobre los historiadores y geógrafos arábigos españoles*. Madrid, 1898.

(6) *Études sur l'historiographie espagnole. Les histoires générales d'Espagne entre Alphonse X y Philippe II*, 1284 a 1556. Burdeos, 1904.

(7) *Historiografía de Cataluña durante la época nacional*. Nueva York, París, 1906.

(8) *Catálogo de la Real Biblioteca. Manuscritos. Crónicas generales de España*. Madrid, 1888. La 3.ª ed. en 1918.

repertorios bibliográficos redactados por Foulché (1) y, anos adelante, por Farnelli (2) y por Martín Granizo (3), se expandían en una cerrada dirección de geografía trashumante. El *Índice de bibliografía histórica*, del vizconde de Bétera, —Valencia, 1883—, se desarrollaba en un área reducida. Los investigadores veíanse precisados en definitiva a realizar *por sí* una previa labor bibliográfica (4).

Es cierto que Desdevises du Dezert, profesor de Historia en la Universidad de Clermont Ferrant, hubo de publicar en 1905, en la *Revista de Aragón*, una *Bibliografía de la Historia de España*. Pero, a la larga, esta obra resultó insuficiente, de tono demasiado restringido. Baste un dato. No trascolaba los linderos de la Edad Media.

Por último, dos obras, de finalidad divergente, meritorias ambas, vinieron a llenar este vacío. En 1919, Madrid, las *Fuentes de la Historia española* por Sánchez Alonso; en 1921, Barcelona, la *Bibliografía de la Historia de España*, sin contar los dos volúmenes de *Las fuentes narrativas de la Historia de España* aparecidos (1908 y 1927), por Ballester y Castell. Hablemos de la primera, la más extensa, la más completa, remozada, enriquecida, ocho años después: Del reciente volumen de la última de las obras citadas de Ballester se ocupa en este mismo número de la REVISTA el Sr. Millares Cario.

La bibliografía sistemática de la historia de España, no debía, no podía hacerse esperar. Era muy extenso el panorama de obras incatalogadas. Para engolfarse en el maremagnum, en el caos, de nuestra historiografía, se precisaba entereza de ánimo. La razón es indubitable. No se trataba sólo de una rebusca de libros. Era preciso hacer más. Había que metodizar una vez desbrozado el sendero. Tal fué la labor —plausible labor— de Sánchez Alonso. En 1919 aparecía su obra.

Pero el docto bibliotecario del Centro de Estudios Históricos no se detuvo aquí. Con un afán perseverante, tenaz, de perfeccionamiento, Sánchez Alonso continuó ampliando los horizontes bibliográficos de la historia española. Sus esfuerzos plasmaron, en 1927, en una edición, bella, elegante, nutrida de fondo.

Sobre el molde sistemático de la primera edición, sin rebasar las lindes de la historia política, Sánchez Alonso ha añadido nuevos valores al primitivo plan de su bibliografía. Ya no se trata, como en 1919, de un manual bibliográfico basado tan sólo en monografías impresas de tema intrapeninsular. Las perspectivas históricas han ganado en matices con la adición de tres nuevas zonas: a), las historias generales; b), las fuentes manuscritas, y c), la historia de América. Con estos y otros acrecimientos las *Fuentes de la Historia española* duplicaron intrínseca y extrínsecamente su eficacia. Los 6.783 números de la edición princeps han venido a convertirse en 13.172, cifra que representa la condensación de unas 20.000 papeletas reunidas.

Atento a cualquier consejo, presto a corregir deficiencias, Sánchez Alonso ha logrado componer un libro pleno de utilidad, seguro de trazos: «la exactitud —dice

(1) *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*. (Revue Hispanique, 1886, III.)

(2) *Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo xx*. Divagaciones bibliográficas. Madrid, 1920.

(3) *Aportaciones bibliográficas*. Viajeros y viajes de españoles, portugueses e hispano-americanos. Madrid, 1923.

(4) Puede citarse como ejemplo-tipo la concienzuda *Historia de España y sus relaciones con la Historia Universal*, elaborada sobre firmes cimientos por D. Antonio Ballesteros.

Menéndez y Pelayo— es una forma de la probidad literaria y debe extenderse a los más nimios pormenores».

En adelante, los investigadores de nuestro ayer dispondrán de un copioso e indispensable arsenal de noticias. El libro de Sánchez Alonso, todo método, todo orden, ha venido, en buen hora, a cumplir uno de los *desiderata* de la bibliografía hispánica.

LUIS MORALES OLIVER.

Universidad Central.



BALLESTER Y CASTELL, RAFAEL.—*Las fuentes narrativas de la historia de España durante la Edad Moderna*. Valladolid, 1927, 204 + IX páginas, 8.º

La producción historiográfica de D. Rafael Ballester, ilustre profesor del Instituto de Valladolid, es conocidísima, numerosa y justamente apreciada en nuestra patria y fuera de ella. Su *Curso de historia de España*, del que hasta ahora han visto la luz tres ediciones (1917, 1921 y 1924), ha sido, a principios del año que corre, traducido al francés por Th. Legrand e incorporado a la selecta *Bibliothèque historique* que publica la casa Payot, de París. Se trata, según el traductor —y sus palabras no pueden ser más ajustadas a la verdad—, de «une oeuvre sincère, impartiale, scientifiquement établie, qui laissant volontairement de côté les faits et les dates inutiles, les détails superflus, les appréciations hasardeuses, a simplement pour but de donner au lecteur une vision synthétique, claire et véridique du passé, tout en lui procurant les moyens bibliographiques d'approfondir à son gré l'étude de telle question ou de telle époque qu'il lui plaira de connaître plus parfaitement.» Los libros españoles que traducidos a otro idioma logran salvar nuestras fronteras, son, por desgracia, pocos en número, y tal circunstancia da mayor realce a esta producción.

El libro, cuyo título encabeza esta nota, es continuación del que en 1903, y con aplauso unánime de la crítica, dió a las prensas el autor con el título de *Las fuentes narrativas de la historia de España durante la Edad Media (417-1474)*. Arranca, por consiguiente, del reinado de los Reyes Católicos y termina con el de Felipe II. Trátase solamente de un fascículo, el primero, de la obra completa, que abarcará hasta el año de 1808, e incluirá el estudio total de las fuentes narrativas de nuestra historia, con exclusión de la Edad contemporánea. Divídese este fascículo en tres partes, correspondientes a los reinados de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II. La primera se subdivide en tres secciones que estudian respectivamente los historiadores y cronistas especiales, los historiadores no oficiales, los autores de crónicas, memorias y biografías y Jerónimo Zurita. Lugar preferente ocupa en la Sección primera Hernando del Pulgar, del cual traza el señor Ballester una breve biografía aprovechando los pocos datos que acerca del cronista de los Reyes Católicos se conocen. Niega con razón nuestro autor el fallecimiento

de Pulgar hacia 1490, y respecto al año en que empezara a ejercer sus funciones de historiador oficial, sospecha que hay indicios de que esto ocurriese con anterioridad a 1482 (pág. 14). Cuestión es ésta difícil de resolver por falta de documentos. En acuerdos del Concejo madrileño correspondientes al año de 1481 figura un Fernando del Pulgar entre los caballeros y escuderos presentes a las sesiones de 16 de marzo (Cfr., libro I, fol. 12 v.) y 6 de abril (Ibid., fol. 15 v.), pero sin adición de título a'guno. En cambio, años adelante, en 1487, hallamos el siguiente acuerdo que aunque mencionado desde 1893 por Carlos Cambroneró en su artículo *Cosas de antaño* que vió la luz en *Revista Contemporánea*, tomo IV, pág. 59, ha pasado inadvertido para cuantos modernamente se han ocupado del autor de los *Claros varones*:

«En Madrid, VII días de dizienbre, año dicho [1487]. Este día, estando ayuntados a concejo en la iglesia de Sant Saluador de la dicha Villa con el honrrado cauallero Joan Pérez de Barradas, corregidor en la dicha Villa, e con García de Alcocer e Antonio de Luzón e Diego González de Madrid, rregidores, e con el bachiller Joan Ruuio, su alcalde, *pareció Ferrando de Pulgar, coronista de los Reyes nuestros señores*, e registró su vino que dixo que tenía de su cosecha de sus viñas que tyene en Villaverde, asy blanco como tynto, lo qual dixo que son fasta seyscientos cántaros poco más o menos; lo qual juró que es suyo e de sus viñas.

»Al margen: Registro de vino.

»*Libros de Acuerdos*, tomo II (2 de mayo de 1485-14 de junio de 1492), fol. 102 v.»

Por otra parte, es indudable que Pulgar ejercía ya su cargo de cronista en 1483, como lo prueba la carta que desde Madrid, a 20 de febrero del año siguiente, «partiendo para la corte», escribió al conde de Cabra, señor de la Villa de Baena. La carta en cuestión, publicada por el P. Luciano Serrano (cfr. *Documentos referentes a la prisión de Boabdil en 1483* en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo LXXXV (1924), págs. 439-443) tiene, aparte del interés referente a la batalla de Lucena, prisión de Boabdil y acontecimientos relacionados con su libertad, el de demostrar cómo Pulgar iba año por año asentando los sucesos más salientes y cómo a comienzos de 1484 acopiaba datos y noticias relacionadas con lo acaecido en el año anterior. Notables son las palabras que se refieren a su manera de entender el relato de los hechos: «Yo, muy noble e magnífico señor —dice—, en esto que escribo no llevo la forma destas Corónicas que leemos de los Reyes de Castilla; mas trabajo quanto puedo por remediar, si puidere, al Tito Livio e a los otros estoriadores antiguos, que hermoSean mucho sus corónicas con los razonamientos que en ellas leemos, enbultos en mucha filosofía e buena doctrina».

Las páginas consagradas por el Sr. Ballester a Lorenzo de Padilla podrán completarse con los datos reunidos por Cirot en su artículo *Lorenzo de Padilla et la pseudo-histoire*, publicado en *Bulletin hispanique*, XVI (1914), págs. 405-447. Desde luego aplaudimos al autor del libro que nos ocupa por haber consagrado un capítulo especial (págs. 79-86) a Jerónimo Zurita, que, aunque contemporáneo de Carlos V y Felipe II, se cuenta entre los historiadores del Rey Católico. Zurita es merecedor, no ya de un capítulo, sino de un libro entero que le estudie en sus múltiples aspectos, de los cuales no es el menos interesante el humanístico. El Sr. Ballester ha reunido en su noticia lo más indispensable y saliente de la bibliografía que al gran historiador aragonés se refiere, y destaca el hecho de haber sido Zurita uno de los primeros en utilizar, contribuyendo así a la instaura-

ción de un método histórico nuevo, los testimonios diplomáticos. Tal innovación, gloria del siglo xvi y que tanta parte había de tener en el progreso de los estudios históricos, no dejó de señalarla Ambrosio de Morales en estas palabras de su notabilísimo *Discurso sobre los privilegios y lo que en ellos se debe considerar para aprovecharse bien dellos quien escribe nuestra historia* (en el tomo VII de su *Crónica*, ed. Cano, Madrid, 1791, págs. XVIII-XIX), que no resistimos a la tentación de transcribir: «El primero que en España quiso aprovecharse de privilegios para la historia, a la que yo puedo entender, fué el insigne varón Doctor Lorenzo Galíndez de Caravajal. Tenía propósito de escribir Historia de Castilla, como yo hallé en papeles suyos y en ellos había algunas veces apuntado, *aquí entra tal privilegio* etc. Siguió luego Florián Docampo, de quien yo hube un gran número de privilegios que tenía sacados en relación para valerse dellos a sus tiempos. Lo mucho que se ayudó de los privilegios y otras escrituras de Aragón Jerónimo de Zurita, se parece bien en sus *Anales*. Pedro Jerónimo de Aponte hizo muy cierto y autorizado su *Nobiliario* por los muchos privilegios, como que prueba lo que dice: y lo mismo hicieron el Cardenal de Burgos y el Arcediano de Ronda en los suyos y el Doctor Gudiel en lo que escribió de los Girones. El autor también de la *Crónica de las tres Ordenes* dió gran ser en la continuación y en la certidumbre a su historia por los privilegios y otras muchas memorias antiguas, como en ellas se parece. En esta parte se le debe mucho a Esteban de Garibay por haber sacado a luz muchos y muy notables privilegios y otras escrituras, por donde se entienden hartas cosas que sin ellas no se pudieran saber. Esto se ve en su historia y se verá en esta mía quando por ellos averiguare y declarare hastas cosas... Otros comienzan ya a seguir a los ya dichos en valerse desto...»

La reseña de los historiadores del reinado de Carlos V es muy completa. No obstante señalaremos con relación a Ocampo los artículos titulados *Florián de Ocampo, chroniste de Charles Quint*, de Mr. G. Cirot, y *Sur Florián Docampo*, de Mr. M. Bataillon, publicados en *Bulletin-Hispanique*, tomo XVI (1914), páginas 307-336 y XXV (1923), 33-58, y con relación a Mexía el estudio de René Costes, *Pedro Mexía, chroniste de Charles-Quint*, inserto en la misma publicación, años de 1920 y 1921.

La obra se cierra con el estudio de los historiadores del tan discutido reinado de Felipe II. Destacaremos en esta parte las páginas consagradas a Cabrera de Córdoba y a la *Pseudo-historia* de Felipe II.

Las noticias acerca de cada autor y de sus obras son en *Las fuentes narrativas* exactas, precisas. La distribución de la materia, clara y metódica. En poco espacio ha vertido el Sr. Ballester un verdadero tesoro de erudición y ha prestado a los investigadores de la historia de España con su libro —de hoy más instrumento de indispensable manejo— un servicio meritísimo.

AGUSTÍN MILLARES CARLO.

Archivo Municipal.

AGUILÓ Y FÚSTER, MARIANO. — *Catálogo de obras en lengua catalana*, impresas desde 1474 hasta 1860. (Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1860...) Madrid, Sucesores de Rivadeneira, 1927, XX, 1.077 + págs. + 1 hoja de índice, 4.º

Don Mariano Aguiló fué un enamorado de la literatura catalana, un recopilador incansable de elementos populares que incorporó a las letras, —*Romancer popular de la terra catalana*, premisa de *L'Obra del conoçer catalá*, institución fundada por Patxot— autor de la conocida obra *Inventario de la lengua catalana*, formidable enciclopedia lingüística que tan acertadamente está editando el Institut d'Etudis catalans; un bibliófilo de aquella generación trabajadora y entendida de la que van quedando ya pocos individuos —*Biblioteca catalana*, con todo lo que ella significa y encierra—, historiador de la literatura, poeta él mismo en la lengua de sus amores...

La obra que ahora aparece, aunque le faltan «los cuidados paternos de su autor, que amorosamente hubiera procurado pertrecharla para evitar los embates de la crítica» —palabras de su hijo D. Angel Aguiló—, no carece de filiales atenciones. La bibliografía catalana es rica en monografías y en obras de carácter regional —«rica», comparada, desde luego, con el estado de los trabajos bibliográficos españoles—: está todavía en ciernes la gran obra bibliográfica en nuestra tierra, al paso que en otros países no sólo tienen casi agotada la materia, hasta donde ello es posible, sino que se vuelven hacia fuera y producen varias obras bibliográficas, algunas definitivas, sobre asuntos españoles. Para juzgar esta obra hay que situarse en el momento en que ella se produjo, en la mitad del siglo pasado. Estaba entonces España en plena noche casi con respecto a estudios de esta clase. Ticknor era la fuente única de información corriente y al corriente de contenido; quien quisiera lanzarse a investigar por cuenta propia en algún coto científico no tenía otros caminos abiertos que los que él propio se trazara a golpe de pico, que en la investigación se traduce en paciencia y años, en falta de estímulos y agotamiento. En este ambiente es preciso colocarse para apreciar la obra del benemérito Sr. Aguiló, y aunque no le faltaron estímulos ciertamente —en 1859 empezó a trabajar, según cuenta su hijo, y al año siguiente ya estaba premiada—, si es verdad que no le sobraron medios; las únicas obras de que podía echar mano entonces eran, en cuanto a bibliografía general española, además de las de Nicolás Antonio, útiles hasta cierto punto nada más, la parte relativa a España del *Manuel*, de Brunet— la cuarta edición, pues la quinta y hoy más conocida no había de empezar a aparecer hasta el mismo año precisamente en que la bibliografía de Aguiló era presentada al concurso—, la conocida de Diosdado Caballero —la primera edición latina únicamente, 1793, pues la traducción castellana de Fontán se publicó en 1865— y la primera edición de la *Tipografía española*, de Méndez —la segunda es de 1861—, por lo que se refiere al siglo xv. Y en cuanto al país catalán, todavía es mayor la soledad en que se vió el bibliógrafo y más tenebrosa la sombra, que no podían disipar los modestos ensayos de Salat —*Catálogo de las obras que se han escrito en lengua catalana...*, Barcelona, 1814—. Los trabajos mono-

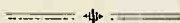
gráficos constituyen el material de donde saca el recopilador las obras de conjunto, y éstos no existían entonces. ¡Qué magnífica bibliografía catalana nos hubiera dejado el Sr. Aguiló si los hombres vivieran todo el tiempo que merecen vivir, por lo menos el necesario para acabar «su obra»! Si hubiera tenido a mano elementos como el *Ensayo*, de Gallardo, 1863-1889; el *Anuario bibliográfico de Mallorca*, 1896-1904, y el *Anuari bibliografich catalá*, 1888; la *Revista bibliográfica catalana*, desde 1901; el *Catalech*, de Genovés y Olmo, para las obras valencianas, 1911; la obra de Jiménez Catalán, 1912; la de Serrano y Morales, 1898 y 1899; los estudios de Bover, 1862; los de Fábregues y de Llabrés, 1896; Arderiu, 1911 y 1912; Miguel y Planas, 1913; Angel del Arco, 1916; las recentísimas investigaciones de Rubio Balaguer... y las varias biobibliografías que hoy todos conocemos y manejamos de escritores de multitud de localidades incluidos en el área de influencia lingüística catalana!

La obra es una verdadera joya; supone un esfuerzo no superado tal vez hasta ahora por nadie. Esto diría yo en 1865, fecha en que al parecer estaban ya dispuestos para su impresión los diez y siete primeros pliegos. Hoy, en 1928 —el pie de imprenta es del año pasado, aunque desde hace algunos andaban los pliegos sueltos en manos de especialistas— el *Catálogo de obras en lengua catalana* no merece este juicio, juicio, como se ve, relativo, en función del tiempo actual; no absoluto, aspecto en que hay que mantener el primero: la bibliografía, la erudición, más que ciencias son técnica, y su mérito consiste en que se acomoden a su ciencia tal y como se encuentra en un momento determinado, en que sean completas, completísimas, minuciosas y detallistas en exceso, dentro del campo que previamente el autor se haya acotado; hay que tener en cuenta que no es «fin», sino «medio», instrumento y guía indispensable de trabajo para los que quieran investigar en materias enfocadas por la bibliografía, y puede darse el caso de que la única obra que deje de citarse —bien por descuido o con deliberación, por no creerla importante— sea precisamente la que a aquel especialista le haga falta. En este sentido la obra de Aguiló no puede ser más deficiente. Un caso solo para demostrar este aserto: bulas incunables de Cruzada cita dos solamente (números 273 y 274); hoy, después de los estudios de Rubió, y antes por los de Haebler, conocemos muchísimas más.

La desgracia acompaña constantemente a estas monografías bibliográficas premiadas por la Biblioteca Nacional, y si el sistema de publicación no cambia esta desgracia constituirá una enfermedad endémica, de que no las salvará más que un higiénico expurgo de personas y procedimientos y un cambio radical en el sistema de publicación; mientras los trabajos premiados se publiquen con diez o quince años de retraso, con veinte o con casi setenta, como ocurre con el *Catálogo* que nos ocupa, serán siempre trabajos de valor disminuido, no por sus autores —y conste que no todos los premios han sido merecidos— sino por sus editores.

JENARO ARTILES RODRÍGUEZ.

Archivo de Villa.



OBERMAIER, HUGO Y BREUIL, HENRI.—*Las pinturas rupestres de los alrededores de Tormón (Teruel)*. Tirada aparte del *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo XC, págs. 511-531, 1927.

En el año 1926 Hugo Obermaier dió noticia de esta localidad en una comunicación: *Neuentdeckte Eiszeitmalereien in Teruel (Ostspanien)* (1). En el año 1927 publicó un avance: *Nuevas pinturas rupestres descubiertas en los alrededores de Tormón (Teruel)* (2). Los citados trabajos eran meros apuntes preliminares del estudio definitivo del grupo de Tormón. Lo forman aquél los abrigos siguientes: *Los toros*, *Cerrada del tío José* y *La ceja de Piezarrodilla*. Sobresale el de *Los toros* por su importancia artística y por el conjunto de representaciones. Estos tres abrigos vienen a ampliar el conocimiento de la región cercana a Teruel. Por primera vez fué reconocida en 1903 por el hallazgo de Calapatá (abrigo de *Roca de los moros*). En distintas campañas fué acrecentándose el número de las estaciones, con Albarracín, 1909 (*Fuente del cabrerizo*, *El callejón del plou* y el *Prado del navazo*); Acañz, 1913 (*Val del agua amarga*) y Mazaleón, 1918 (*Els secans*). Como prolongación de esta zona podrían considerarse los hallazgos realizados en la serranía de Cuenca en 1917. Dentro de este sector geográfico y artístico están enclavados los abrigos de Tormón.

En el abrigo de *Los toros* se hallan representadas diez figuras humanas, cinco ciervos, un gamo, un équido, dos bisontes dudosos y tres animales indeterminados. En general las pinturas no ofrecen novedad importante. Las figuras están aisladas, sin conexión alguna; no se da, por lo tanto, el valor de «actividad» humana, tan sugestiva y atrayente, estando muy por debajo de otras estaciones, como Alpera, Civil, Caballos (Valtorta) y Morella (Castellón). Sin embargo, existen dos tipos interesantes: uno la figura femenina señalada con el número 19; trátase de un nuevo ejemplo del tipo característico de las mujeres de Cogul; otro es el arquero, número 33, lleno de finura y gracia de movimiento. Las representaciones animalistas, aparte de la sorprendente aparición en este arte de bisontes, no son llamativas, excepto la figura 32, que es un prodigio de expresión. En cambio encierran gran valor los datos que suministra el abrigo de *Los toros* para el estudio de la cronología de este arte «con representaciones humanas», en mal hora y con postrísima fortuna discutido en 1924. La cronología de los estratos—valga la palabra—pictóricos, superpuestos en diversas ocasiones, su distinción y aclaramiento, es uno de los problemas más sutiles del paleolítico. Las más finas conclusiones, tras un minucioso estudio, han sido expuestas por H. Breuil en su importante estudio sobre Minateda, estación que presenta la máxima complejidad y enrevesamiento de estilos superpuestos (*Les roches peintes de Minateda, Albacete*, 1920). Basándose en ella los autores han llegado a determinar las diferentes fases pic-

(1) Tirada aparte de *Aus Natur und Museum* 56. Bericht der Seuckenbergischen Naturforschenden Gesellschaft. Frankfurt a. M. 1926. Heft 8.

(2) Investigación y Progreso n.º I, 1927.

tóricas que presenta el abrigo más importante de Tormón:—I. Figuras humanas, ejecutadas en rojo pálido, semiesquemáticas, análogas a la primera serie de Minateda.—II. Dibujos rojos lineales correspondientes a la cuarta serie de Minateda: una cabeza de toro y un toro repintado de negro en la fase octava.—III. Dos ciervos, rojo vivo; otro desvanecido. Tipo que falta en Minateda, existente, en cambio, en Cretas y Alpera.—IV. Figuras negras, modeladas y rayadas. Algunas repintadas de blanco, otras de pardo rojizo; un hombre, una mujer con faldas, dos ciervos, un équido, un bisonte (?) y una figura indeterminable, semejante todo ello a la quinta y sexta serie de Minateda.—V. Tres hombres, un gamo y signo, idéntica a la octava serie de Minateda y a los grupos principales de Alpera y Tordesillas.—VI. Dos toros serie policromada: figuras negras sobre fondo rojizo, análogas a la novena serie de Minateda.—VII. Figuras blancas: un bisonte dudoso y algunos trazos. Algunas figuras más antiguas aparecen retocadas con color blanco; cercana a la undécima serie de Minateda.—VIII. Figuras negras de tintas planas: toro primitivo de la serie segunda de Tormón, correspondiente a la décima serie de Minateda.—IX. Tipo rojo degenerado: animal indeterminable, superpuesto a una figura de hombre y otra de mujer.

El estudio de este abrigo ha sido realizado de manera irreproachable por los especialistas Hugo Obermaier y Henri Breuil. Han dado un tipo de monografía exenta de toda superflua interpretación para ofrecer los materiales perfectamente depurados. Una observación: los calcos de las pinturas no presentan aquel recortamiento y plenitud de masas de color en la reproducción a que estábamos acostumbrados; por el contrario, se persiguen los detalles técnicos con cuidado, para dar noción clara de lo que son estas bellas pinturas del arte de la región Sudeste de España.

E. VARELA HERVÍAS.



GARCÍA DE LA FUENTE, P. ARTURO (O. S. A.).—*La Numismática española en el reinado de Felipe II*. El Escorial. Imprenta del Real Monasterio, 1927; 159 págs. Con 8 láms., 4.º, mlla.

El período más complejo, si no el más interesante para la numismática española—la castellana de arraigo fué de tiempos antes—, se alarga en el largo reinado de nuestro señor Don Felipe II de Austria, monarca, no sabemos por qué razones de peso en la crítica y en la razón, hoy con entredicho. El hijo del César Carlos se preocupó, firme administrador, del numerario de todos sus dominios, y cuéntense entre éstos España y Portugal, las regiones americanas descubiertas, conquistadas y colonizadas por lusos y castellanos; los Países Bajos, Milán y las dos Sicilias; Borgoña, Rosellón, Cerdeña y otra multitud de países de no poca importancia.

El agustino P. Arturo García de la Fuente, con método, claridad, matiz pro-

pio y aportaciones originales abundantes, estudia la moneda española de este reinado. Una vez aceptada la definición que de numismática da Cnecci (Vide *Manuale elementare de Numismática*. Milano, Hoepli, 1922; pág. 11), trata de aquélla desde el punto de vista iconográfico e histórico, siguiendo un orden cronológico por cada uno de los metales en que se acuñaron las disponibilidades crematísticas del Estado, comenzando por las nacionales y continuando por las regionales de la península, coloniales americanas, italianas, flamencas, borgoñonas, portuguesas e inglesas, a las que siguen como apéndices una escueta relación de las medallas de proclamación y conmemorativas, ciertas dotes del rey como coleccionista y unas notas bibliográficas de los dos grandes escritores Antonio Agustín y Arias Montano.

Las monedas hispano-nacionales—de las que son buen índice Aloyssius Heiss y Calvo y del Rivero—resaltan las acuñadas en Segovia—el acueducto—, Granada—G—, Valladolid—tres jirones— y Sevilla—S—. Unidades de ducados dobles, castellanos dobles, ducados sencillos, escudos dobles y sencillos, en oro; reales de a ocho, de a cuatro, dobles y sencillos, medios reales, en plata; cuartillos, en vellón. Y las leyendas, en letras de tipos varios, que pueden reducirse a las siguientes: PHILIPPUS. II. DEI \ddagger HISPANIARUM REX y PHILIPPUS II. DEI GRATIA. HISPANIARUM. ET. INDIARUM. REX. Algunas veces DEI. GRATIA. escrito así: D. G. PHILIPPUS SÍN II. HISPANIARUM en el anverso, o sustituido este ET INDIARUM por OMNIUM. HISPAN. REGNORUM. REX.

De las monedas coloniales americanas, emisión Potosí—P—. Anv.: Escudo coronado, acuartelado con castillos y leones, la granada en la punta. Rev.: Dos columnas coronadas puestas sobre ondas; entre ellas se lee: PLUS ULTRA. Leyenda: PHILIPPUS II. DEI GRATIA. HISPANIARUM. ET. INDIARUM. REX.

Y emisión Méjico—M—, con tipos peninsulares.

De monedas regionales españolas, Gerona, a la que Felipe II otorgó, en 1565, privilegio de batir «inenuts» gerundenses; Puigcerdá — Felipe II, 1566 — emitió hasta 3.000 ducados en monedas de vellón; Vich y las series valencianas — toscas —, y las targas, medias targas y cornados navarros.

En los dominios italianos, Sicilia, con el tipo propio «tarín», de valor de doce en escudo. Nápoles, con la variante en las monedas de plata —sobre todo en las piastras de origen sarraceno— de la leyenda laureada del reverso: HILARITAS UNIVERSA Ó FIDES DEFENSOR, título concedido por el papa León X al rey de Inglaterra Enrique VIII, y que por su matrimonio con María correspondió usar a Felipe II. Cerdeña, de tipos aragoneses y navarros, pero con leyendas propias. Milán, con las «doppias» y las dobles «doppias» de barroco dibujo, en oro; con los ducatonos, testones y berlingos, en plata.

Los Países Bajos, por las ordenanzas o edictos dados en 1556, 1557 y 1567 (Vid. Alphonse de Witte, *Histoire monétaire des comtes de Lovain...*), acuñaron los «philippus daeldres». El Ducado de Brabante tuvo los «San Andreses», oro; los «philippus daeldres», plata; «stuyvers» y «nengemanneke», vellón, y «liard», «gigot», «dinero» y «mite negra», en cobre. El Ducado de Güeldres tuvo una variedad interesante: el «staten daelder».

Artois, Condado de Flandes, Hainaut, Namur, Zelandia, Groninga, Overijsel, Utrech, Tournay y Borgoña discrepan levemente de los tipos en boga. Portugal acuña «cruzados», con sus múltiplos 4 y 2, en oro; «tostaos» y «vintén», y sus múltiplos 4 y 2, en plata, y «reis» de diversos valores, en cobre. Las leyendas: PHILIPPUS. D. G. REX. PORTUGALIE. ALGARBIORUM. AFRICAE (en pocas). \ddagger IN. HOC.

SIGNO. VINCES. En algunas «Philippus décimus octavus», número de orden de monarcas portugueses.

De 1554 a 1558 Felipe II, casado con María de Inglaterra, da su busto —según cláusula matrimonial— a las monedas inglesas, pero no altera el valor. Los tipos usados, bustos afrontados de los esposos. Acuñación, «soberanos», «ángeles», «coronas», oro; «shilling», plata, y «peniques», cobre.

La serie de medallas conmemorativas tiene como principales las de la abdicación de Carlos V y proclamación de Felipe II y la del matrimonio de éste con María Tudor. León y Pompeo Leoni, Juan Pablo Poggini, Jacobo de Trezzo y Emilio Bonis labraron las principales medallas de este reinado.

Son curiosas las noticias dadas por el padre Arturo García de la Fuente acerca de dos tratadistas numismáticos notables del siglo xvi: Antonio Agustín y Arias Montano. Del primero sus *Diálogos de medallas* fué traducido a varias lenguas europeas, y se cotizan a elevados precios los raros ejemplares que restan. (Vid. Rada y Delgado, *Bibliografía numismático-española*. Madrid, 1885.) Del segundo su *Discurso del valor y correspondencia de las monedas antiguas castellanas con las nuevas*, escrita en 1541 (Vid. aut.), contiene importantes apreciaciones y notas acerca de los «maravedises», «suelos», «pepiones», «reales», «me-teales» o «mereales».

En su apéndice general —artículos publicados en *La Ciudad de Dios*— se dan nimias referencias de la moneda española de conjunto, que es lo de menos. Lo de más es lo reseñado a grandes trazos, y que da a su autor una definida categoría en la erudición.

S. DE R.



GALINDO ROMEO, PASCUAL.—*Literatura latina. (Estudios secundarios y universitarios.)* Zaragoza, Tip. La Academia, 1928, 271 págs., 8.º

La literatura latina ha hecho una nueva adquisición. El ilustre catedrático de la Universidad de Zaragoza, Sr. Galindo, ha dado a la luz pública un importante manual, que no llega a 300 páginas, pero bien fornido de doctrina y en presentación correcta y elegante, con esmero y orden de confección y presentación, de tal modo que por su fondo de sólida crítica y buen criterio literario constituye una verdadera joya bibliográfica.

Aunque se destina a jóvenes inteligencias, asoma, sin embargo, por todas sus páginas el maestro, el artista de la ciencia, vertiendo su saber en dosis convenientes.

El propósito del autor se sintetiza en estas palabras del prólogo: «Este manual no quiere ser sino recordatorio y dirección de alumnos, para no hacerles divagar ni perder el tiempo y ayudarles a concentrar sus ideas.»

Se halla dividido en las partes que tradicionalmente suelen caracterizar el estudio de la literatura latina.

Precedeles una breve síntesis sobre la evolución de la misma por géneros,

muy útil para hacerse cargo del carácter literario del pueblo latino, sin que se excluya la hipótesis de un desarrollo netamente nacional, sin auxilio de la influencia griega.

El autor parece convencido de ello cuando, al hablar del helenismo, afirma «quedaron ahogados los elementos nacionales que hubiesen podido con el tiempo desarrollar una literatura original itálica». Y en efecto, no se ve razón alguna que se oponga a esto. Tanto el pueblo griego como el latino, ¿no tenían un origen ario común? ¿Por qué, pues, el pueblo itálico no había también de desarrollar una literatura propia, lo mismo que el griego, aunque con aspectos diferentes y fines completamente diversos?

Obsérvese la posición geográfica de Grecia, pueblo que indudablemente debía llevar primero a la perfección su ideal estético, por recibir primeramente influencias orientales, por ser tal vez el heredero de una espléndida civilización egea, por estar abierto en medio del mar a todas las influencias bienhechoras de la naturaleza. Mientras que el pueblo itálico es un pueblo de agricultores y pastores, más tarde convertido en guerrero por la tendencia prepotente de Roma, que quería imponer e impulsó su dominación a todas las demás tribus. Luego mientras este ideal no se cumpliera, no había lugar para las artes y las ciencias. Roma llegó tarde al palacio de la Belleza; mas al penetrar en él quedó deslumbrada por la exposición sublime de obras maestras de su hermana Grecia, y apenas se encontró con valores para imitarla y asimilarse su espíritu estético, dándole a sus producciones artísticas el carácter severo de sus egregias matronas y el práctico de sus sabios jurisconsultos.

Cada época va precedida de un cuadro cronológico, con los principales acontecimientos político-sociales ocurridos en la misma. Y es que el doctor Galindo no comprende la literatura como una manifestación aislada del pueblo romano. Eso sería «una cosa fría y sin vida, de aquí que ofrezcamos —dice— unos rasgos concisos y bien concentrados, las características históricas, lingüísticas y literarias de cada edad en cuadros especiales».

El método que sigue, en general, consiste en rasgos biográficos más salientes del autor, obras separadas en géneros y, por último, juicio crítico del mismo.

Con frecuencia se intercalan pasajes de Cicerón, Quintiliano, Horacio..., que son complemento útil para acabar de formarse una idea más o menos completa de cada autor.

Termina con un resumen de toda la literatura, muy útil para abarcar de una mirada el hermoso campo de las bellas letras del Lacio.

Por tan sabio y precioso manual puede el Sr. Galindo estar satisfecho, pues en muchos aspectos, sobre todo en clara visión crítica y facilidad de exposición, cabe compararle con muchos extranjeros, como el *Amatucci*, *Ramorino*, *Gudemann*..., por no citar otros.

MANUEL SOCORRO PÉREZ.

Universidad Pontificia de Las Palmas.

OLMEDO, FÉLIX G. (S. I.).—*Las fuentes de «La vida es sueño»*. Madrid, Edit. Voluntad, 1928, 237 págs., 4.º

De la conocida obra de Farinelli *La vita e un sogno*, toma pie el P. Olmedo para romper una lanza española en defensa del españolismo de las fuentes del drama universal de Calderón. Ni la leyenda de Buda, ni la *Vida*, de Filón, que dió a conocer en castellano D. Manuel Fernández Vinjoy (1788), ni *Barlaam y Josafat*, a través del *Libro de los engannos* y del infante D. Juan Manuel —*Libro de los Estados*—, ni *Las mil y una noche*... Todos éstos —los judíos, los árabes...— le parecen al autor extranjeros, y puesto a rebuscar fuentes nacionales encuentra que «la fábula del durmiente despierto, de origen oriental, la introdujo en nuestra literatura el infante D. Juan Manuel, infundiéndole, al hacerla española, un alto sentido moral, como de parábola evangélica, que antes no tenía. Luis Vives [en la carta al duque de Béjar, transcrita por Heutero en su *Rerum burgundiarum libri sex*] la dió a conocer en Europa, incorporándola a la biografía de Felipe el Bueno, duque de Flandes; Agustín de Rojas la llevó al teatro, no como asunto principal, sino como mero episodio, en *El natural desdichado*, y, finalmente, Calderón, después de varias tentativas, la elevó a la categoría de las grandes creaciones humanas en *La vida es sueño*». Calderón, «todos los elementos que necesitaba los tenía aquí al alcance de la mano. ¿Que algunos de ellos procedían de Persia, de la India o de las tierras del Preste Juan? A Calderón le tenía eso muy sin cuidado...» Sentada esta teoría interpretativa del pensamiento de Calderón —al P. Olmedo le molesta, al parecer, un poco eso de «saber tantas lenguas como Farinelli»—, llega a la conclusión de que Calderón tomó las ideas fundamentales, mejor dicho, la idea fundamental, de los sermones que constantemente oía en las iglesias de Madrid sobre lo breve y engañoso de la vida. El trabajo del autor en este punto es verdaderamente minucioso y detenido: el beato Orozco, Santo Tomás de Villanueva, Fr. Juan López, San Luis Beltrán... están espigados y transcritos por el P. Olmedo para apoyar su tesis.

Un solo reparo: No se precisa en la obra la distinción entre los conceptos fuente filosófica y fuente literaria. Si el P. Olmedo hubiera abordado este pequeño problema previo a buen seguro que llegaría a ponerse de acuerdo con Farinelli, conviniendo, primero, en que efectivamente los sermones, no sólo de la época, sino los de todas las épocas y no los de espíritu cristiano solamente, sino todas las propagandas religiosas de cualquier confesión, están llenas de las ideas filosóficas de *La vida es sueño*; pero esta cuestión los llevaría a otra un poco más allá: a la de cuáles son las fuentes —filosóficas— de estos mismos elementos de predicación. El tema de la pequeñez, en todos los sentidos de la vida, no es exclusivamente místico ni ascético cristiano; es universal, y lo encontramos en todos los tiempos y en todas las religiones; no hay razón para que el autor de *La vida es sueño* lo tomara precisamente de los sermones; la simple coexistencia en el espacio, la mera sucesión inmediata en el tiempo no establece entre las cosas relaciones causales de ninguna clase. En cuanto al aspecto meramente literario —en este terreno, además del fondo, hay que tener en cuenta otros muchos factores, y las calidades estéticas, producto personalísimo del autor—, y con ello abordamos el segundo extremo de la

distinción propuesta, se me figura que también convendrían Farinelli y el P. Olmedo en que nada le debe *La vida es sueño* a los sermones ni a los sermonarios.

La producción literaria, en cuanto tal, como obra bella, no puede ser circunscrita a determinada secta ni nacionalidad; el «creador», por el hecho de serlo, salta fuera del círculo pequeño de fronteras y terruño a que los que no lo somos tenemos que pegarnos para vivir; por un puntillo de honra más o menos; un patriotismo cominero no es motivo suficiente para forzar argumentos, torcer las cosas... y al fin y al cabo empequeñecerlas, quitándoles lo que tienen —cuando llegaron tenerlo— de universal y trascendente.

J. A. R.



URQUIJO, JULIO DE.—*La cruz de la sangre: El cura Santa Cruz*. Pequeña rectificación histórica. San Sebastián. Nueva Editorial, S. A., 1928, 62 págs., con láminas y grabados, 17 cms., 8.º, mlla.

El recuerdo —figurado— de Manuel Santa Cruz, antiguo párroco de Hernialde, en cuanto se pasa de lo pintoresco a lo histórico pierde o se despoja de toda la justificación y del poco encanto que se le apegara antes. El celeberrimo salteador, vuelto a los hábitos luego del paréntesis de bárbara apoteosis, en una perspectiva de crítica serena no resiste el menos eficaz de los ditirambos. ¿Por qué entonces se multiplica la bibliografía de su biografía? En pocos años hemos encontrado varios libros y folletos que retrotraen hasta él. Se le ensalza y se le denigra, como a las figuras imperecederas del mejor barro y de compleja espiritualidad. Estamos lejos del discernimiento del por qué. Hoy mismo un culto escritor francés, director de la revista *Les Lettres*, acaba de publicar, en francés y en español, un volumen intitulado *La croix de sang: Histoire du curé Santa Cruz*, que es una glorificación en toda regla del discutido hijo de Elduayen.

Antes, Olazábal, el padre Aristimuño y D. Angel Puente trataron idéntico asunto con imparcialidad mejor manifiesta. Pero quien dió el tono adecuado a la figura ha sido el novelista Baroja; el tono de la importancia secundaria y fragmentaria, el tonillo de lo novelesco. M. Gaëtan Bernoville, referido literato francés, nieto por línea materna del que fué nominado ministro de Hacienda del cismático en el carlismo, Sr. Ortiz de Urruela, exagerando un prurito sentimental va de la alabanza al elogio y del elogio a la hipérbole y de ésta al panegirico de Santa Cruz, con tan subido entusiasmo que no queda otra cosa que leer. A poner el punto sobre la i, a dejar en su facha la verdad, a vista de la altura justa, llega el folleto de D. Julio Urquijo que reseñamos. Ni que decir tiene que el erudito vasco aporta datos, noticias, fuentes y hasta detalles vividos —por su amistad con el duque de Madrid— que el escritor francés ni roza siquiera. Las referencias del puntilloso general Lizárraga, las cartas del marqués de Valde-Espina a su esposa —publicadas en *El Pensamiento Navarro* por el barón de Montevilla— testimonian —nadie alegará que interesadas partes— la mucha ferocidad, poca utilidad «bélica», demasiada insumisión a la «causa» y excesivo bandidaje del cura Santa Cruz y sus adláteres Félix

Caperochipi, Francisco Arbeláiz y Esteban Indart. No hubo pacto que no dejara incumplido, ni palabra de honor que no desvalorizase el guerrillero de su santo y su limosna, ya que con una y otro alzóse las más y todas las veces. Oyarzun, Lesaca, Orio, Vera, Arichulegui y otras muchas villas supieron de las pretensiones poco honorables del futuro jesuíta, penitente y evangelizador.

Como prueba la más incontrovertible cita D. Julio Urquijo estas palabras que escuchó de boca del mismo pretendiente en su residencia de Loredán: «Lo primero que le dije fué: Santa Cruz, tengo que decirle que si hubiera encontrado a usted en el campo de batalla me hubiera creído en el ineludible deber de mandarle fusilar.» Y prosigue por sí el Sr. Urquijo: «de sus conversaciones se deduce que si bien había perdonado —él, D. Carlos— al cura guerrillero, nunca aprobó su conducta durante la guerra».

Pocas quedan en pie de las afirmaciones de M. Gaëtan Bernoville luego de leído el interesante folleto del erudito autor de *El refranero vasco*. El alegato romanesco que se forjó allende el Pirineo con pretensiones históricas queda reducido a su proporción debida. Manuel Santa Cruz, sacerdote exaltado primero, religioso ejemplar al fin, en el comedio de su vida no fué sino el protagonista de un episodio poco simpático durante la última contienda liberal-carlista. Si tuvo pretensiones de ello no supo o no pudo llegar a ser siquiera un cruzado más de la «Causa».

S. DE R.



BURY, RICARDO DE, Obispo de Durham.—*El Philobiblion. Muy hermoso tratado sobre el amor de los libros...* Traducido directamente del latín por el P. Tomás Viñas de San Luis, Sch. P. [Nota editorial de R. Miquel y Planas.] Ilustraciones de J. Triadó. Madrid, Librería de los Bibliófilos Españoles, 1927. XXIV + 211 págs. y VI láms., 16.º

Uno de los publicistas que —como escritor y como editor— ha contribuido modernamente con mayor eficacia a la difusión de las letras clásicas catalanas, al enriquecimiento de su lengua y a los progresos de la tipografía española, es don Ramón Miquel y Planas. Bibliófilo apasionado, docto erudito, y escritor fácil y ameno, lleva publicados desde 1905 hasta la fecha cerca de un centenar de volúmenes, en los que la admirable presentación artística y escrupulosidad tipográfica van parejas con la erudición, amenamente expuesta, así en obras del todo originales, como en prólogos y glosas con que ilustra las traducciones o las reimpressiones de viejos textos.

La obra de más empeño del Sr. Miquel y Planas es, tal vez, la «Biblioteca Catalana», serie en que, conforme a las más autorizadas fuentes, y acompañados de aparato bibliográfico y crítico, ha sacado a luz libros tan notables como el *Cançoners satírics valencians dels segles XV y XVI*, las *Obres de Roic de Corella*, las *Llegendes de l'altra vida*, la *Vita Christi*, de Soror Isabel de Villena, y primiti-

vas versiones catalanas de Bocaccio, Valerio Máximo, Guido de Columna y Kempis.

De gran interés histórico y literario son también la serie *Recull de textes catalans* y la *Nova colecció artística*, con versiones muy cuidadas de Longo, Apuleyo y otros clásicos. Entre los volúmenes sueltos, sin pertenecer a serie determinada, son dignos de notarse los de carácter folklórico, destinados a lecturas infantiles. Su gran publicación «Bibliofilia», de la que han aparecido dos volúmenes, constituye un precioso centón de informaciones sobre literatura y artes del libro, con copiosa ilustración gráfica.

Mención especial merece, ya que de ella forma parte el volumen que motiva esta nota, la «Pequeña Colección del Bibliófilo», que se publica en castellano. El Sr. Miquel juzga compatible con su amor a Cataluña el empleo de ambos idiomas peninsulares. Al cultivo del castellano le induce, sin duda, tanto su amor a nuestros clásicos como su dominio del idioma.

En la «Pequeña Colección del Bibliófilo» han aparecido ya, en amables volúmenes ilustrados por Apa, Labarte, Figuerola, Ivori, Pey, Ollé, Longoria y Triadó, las siguientes obras: *Examen de literatos*, por Agustín de Echevarría; *La librería* (drama) y *Fábulas*, de Iriarte; *La novela de un bibliófilo* y *Confidencias de Juan Buenhombre*, por Miquel y Planas; *La derrota de los pedantes* y *La comedia nueva*, de Moratín; el *Bibliómano* y *Franciscus Columna*, de Nodier; *Espejo de bibliófilos*, por Bonnardot; *Un libro viejo*, de Feliú y Codina; *República literaria*, de Saavedra Fajardo, y el *Philobiblion*, de R. de Bury.

Creo innecesario referirme (dado el carácter profesional de nuestra REVISTA) a la personalidad literaria de Ricardo de Bury y al contenido y excelencias del *Philobiblion*, este verdadero libro de horas al uso de bibliófilos, la más ferviente y apasionada apología de cuantas se dedicaron a la sabiduría y a los libros.

Oportunamente hace notar el editor la rareza de que este libro, capital en la historia de la bibliofilia, y traducido a los principales idiomas, no lo haya sido hasta ahora al castellano. Fué, sin duda, (al menos con anterioridad a la imprenta), obra poco frecuentada por los españoles, según se infiere de los inventarios de nuestras bibliotecas manuscritas. No podrían citarse más códices que el escurialense y el de la casa Dalmases, mencionados por el editor. No hay ninguna copia en la Nacional, ni ninguna referencia en la obra clásica de Beer. Tampoco las hay en algunos textos castellanos en que las alusiones al *Philobiblion* hubieran estado muy en su lugar, por ejemplo, en el *Diálogo de vita beata*, de Juan de Lucena, y en otras apologías del saber (inéditas) del siglo xvn.

Modernamente, los catalanes contaban con la versión del Sr. Pin y Soler, pero aquí eran más conocidos y utilizados los textos franceses.

Ha sido un verdadero acierto encomendar la primera traducción castellana al P. Tomás Viñas de San Luis, escolapio. Sus sólidos conocimientos de la lengua y versificación latinas eran ya conocidos merced a sus traducciones de poetas españoles, publicadas algunas en la *Revista de Archivos* y luego en volumen parte.

En un castellano terso, elegante, castizo, sin pedantería, nos ofrece el P. Viñas la admirable obra del obispo de Durham. Con ella incorpora a nuestra bibliografía una verdadera joya de la literatura medieval, y llena una laguna que (preciso es confesarlo) resultaba un poco deprimente para las letras castellanas.

El Sr. Miquel se ha hecho acreedor con esta nueva publicación a la gratitud de todos los españoles amantes del libro.

J. D. B.

CASTILLO YURRITA, ALBERTO DEL.—*La cultura del vaso campaniforme*. (Su origen y extensión en Europa.)—Barcelona [Facultad de Filosofía y Letras], 1928, 216 págs. + 206 láms. + 2 mapas, 4.º

¿Cuál es el origen? ¿Cómo se difunde, se asimila y arraiga la cultura del vaso campaniforme? Amplio es el tema, ardua su caracterización. Por el pronto basta señalar que es el coeficiente de perduración de una época en la cual la humanidad pasa de los desdibujados tonos del Neolítico a los imprecisos de la Edad del Bronce. Si la denominación es un poco rara, tiene, no obstante, una correspondencia casi exacta con la realidad. El vaso campaniforme, una de las especies de cerámica que incluye este período, por su máxima difusión, aporta multiplicados los detalles de una civilización realizada «a zonas»: las dos penínsulas occidentales, el Oriente mediterráneo, el centro, las Islas Británicas. Aun siendo complejo y sujeto a las más enteras rectificaciones un mapa de cultura, es en éste el vaso campaniforme lo más típico, lo más expresivo, lo que más perdura y se transforma a la par. Uno de los aportes más debatidos de la Arqueología prehistórica europea lo da esta materia que hoy afronta el profesor Castillo Yurrita, discípulo de los grandes arqueólogos *Pedro Bosch Gimpera* y *Hubert Schmidt*. Para que su labor sea más completa, indica somero el estado preopinante. *Montelius* cree en el origen oriental del vaso campaniforme. *Sophus Müller* cambia el orientalismo por un meridionalismo exagerado. *Much* piensa, radical, en el Septentrión. Por su parte *Voss* hace notar la gran abundancia de esta especie cerámica en Bohemia y Moravia. En opinión de Castillo Yurrita, fué *H. Schmidt* quien entró por lo recto y seguro en la fase decisiva del estudio cultural del vaso campaniforme. El profesor de la Universidad de Berlín enfoca la cuestión con la mayor garantía de verosimilitud. El vaso campaniforme ni adviene de Egipto, ni salta de la corriente indoeuropea, ni es consecuencia de la cerámica de cuerdas, en puridad germánica, ni trae reminiscencias septentrionas. Sale sencillamente de la península ibérica, extendiéndose luego por gran parte del continente europeo, y modificándose en el tamiz de circunstancias decisivas. El hecho de la aparición del vaso campaniforme fija el año 2500 antes de Jesucristo como fecha absoluta final del Eneolítico europeo. Sin embargo, *H. Schmidt*, que supo encontrar el origen, no ha indicado ni su propagación ni su colocación más o menos firme.

Es *Pallardi* el primero que intenta señalar el camino, que no es uno, sino que son dos. El primero sale de la península ibérica, se corre al Sur de Francia y llega hasta Bretaña e Italia; del Sur de Francia pasa al Rhin y al Sur de Alemania. y después a Bohemia y a Moravia, y de allí a Hungría. El segundo arranca de la Silesia, y atravesando el territorio de Elba y la Renania, llega hasta Inglaterra. Pero esta mera hipótesis de *Pallardi* no se ciñe a justificante alguno ni atina con razón convincente. La delimitación de los diferentes círculos de cultura del vaso campaniforme, asegurados por la cronología y la relación con otros países, es obra de *Bosch Gimpera*. Las cuevas del centro de la península ibérica —después, de una manera definitiva, la parte Sur de ese círculo de cuevas— y las cuencas de los ríos Tago y Guadalquivir son las indicadas como de la más remota aportación. Es el profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona, Alberto del Castillo

Yurrita, el primero que de una manera sistemática se lanza a la empresa de estudiar el origen, la propagación y la diversificación del vaso campaniforme de Europa. Esta ímproba tarea, que ya se inició con anterioridad (vid. A. del Castillo, *La cerámica incisa*), se completa ahora del modo más firme. Castillo Yurrita forma en esa legión de jóvenes eruditos capaces de los más altos empeños; ha sabido asimilar enseñanzas muy sutiles. Su obra llega auxiliada de muchas y bien escogidas láminas; el texto así resulta de claridades indudables. De los cuatro grandes círculos culturales que durante el Neolítico y el Eneolítico existen en la península ibérica, el de los megalitos portugueses, el pirenaico, el de Almería y el de las cuevas, para Castillo Yurrita es el último el único que ofrece precedentes al vaso campaniforme, tanto en lo que a la decoración se refiere como en cuanto a la forma concierne. En cuanto al método de exposición ha creído pertinente dividir su estudio —aparte de los dos capítulos preliminares— en grupos gráfico-culturales —dos mapas al cabo los marcan y remarcan con suma de certezas—, pensando siempre en la Arqueología y en la Geografía. Primero la lista de las estaciones conocidas más o menos importantes. Luego su descripción sigue la consideración del material, en el cual se separa la cerámica del vaso campaniforme por su especial interés temático. Y se estudian las formas, la técnica y los motivos decorativos. Pasados los grupos directamente derivados de la península ibérica —grupos del Guadalquivir, de la meseta inferior o toledana, de la meseta superior, sistema ibérico-central, de Portugal, de Almería y de la costa levantina, de Cataluña nueva o de Salamó, pirenaico (subgrupo oriental y subgrupo occidental) y de Galicia— el estudio no se hace por estaciones, como en éstos, sino en conjunto —sólo excepcionalmente por hallazgos en el Sur de Alemania—. Como final un resumen, con la interpretación natural de los hechos expuestos. La parte gráfica es la más completa que recordamos en estudios de esta categoría y de esta índole.

El profesor Castillo Yurrita ha logrado un primer todo sistematizado. Su tarea, más que por sus originales aportaciones y sugerencias apersonadas, se endereza en un esfuerzo de conjunción de las ajenas premisas. La cultura del vaso campaniforme ya no será buscada de aquí para allá en monografías, discursos o volúmenes liminares tan sólo, sino en esta obra de Castillo Yurrita, engranada desde el origen. Por esta vez se ha conseguido el señuelo de una época oscurecida, radiante y radiada de pronto. De una civilización intermitente, circunscrita primero, expansiva a rachas y sin oriente determinado, cuaja el estudio —de minucia en competencia— del profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona.

S. DE R.



ESPEJO DE HINOJOSA, RICARDO.—*Manual de Economía Política*.—Barcelona. Imprenta Clarasó, 1927, 384 págs.

Hemos ojeado esta obrita, en su tercera edición, y responde perfectamente a su enunciado, pues en toda ella se notan las nuevas tendencias de la ciencia económica a la intervención constante del Estado en el régimen industrial y en la legislación del trabajo.

El autor expone por vía de introducción las generalidades de la ciencia económica; la parte histórica en capítulo aparte, y en otros sucesivos se ocupa de las necesidades humanas, del valor como precedentes necesarios para tratar más de lleno en las teorías referentes a la producción de los bienes, a la circulación, distribución y consumo de dichos bienes o riquezas.

El trabajo del Sr. Espejo se desenvuelve con un método plausible; en toda la obra resplandece la claridad, la concisión y la sencillez; condiciones que tanto avaloran la parte pedagógica, y a las que, sin duda alguna, debe el autor los honores de las sucesivas ediciones.

Todas las cuestiones candentes del orden económico, como son las de la propiedad y sus limitaciones, el absentismo, el papel de los sindicatos obreros, la función social del patrono, los problemas de la población, las crisis económicas, etc., tienen su lugar adecuado en la obra que nos ocupa, guardando su debida ponderación.

Las cooperativas, en sus distintas modalidades, el ahorro y el seguro constituyen también partes principalísimas de la obra, no sólo por lo que representan como instituciones de previsión social, sino por la forma amena y sugestiva con que las trata el autor.

Merece especial mención el capítulo referente a la legislación del trabajo industrial en España, donde aparece un cuadro completo, aunque sintético, de esta importante materia, desde el novísimo Código del Trabajo hasta las últimas disposiciones dadas sobre Comités paritarios, de ferrocarriles, etc.

Si a lo expuesto añadimos que en la obra existen una profusión de notas de los más renombrados economistas de los tiempos presentes, las cuales sirven para aclarar unas veces, otras para completar lo que se expone en el texto y otras, en fin, para mantener viva la discusión sobre problemas de orden económico, se comprenderá el interés que puede despertar la lectura y estudio del libro del profesor Sr. Espejo.

A. G. P.



ARNOUX, ALEXANDRE.—*La leyenda del Cid Campeador*. Traducción del francés de J. Albinana Mompó. Madrid. Aguilar, editor, s. a., 165 págs.

De las cuatro grandes figuras literarias que España aporta al acervo de las creaciones universales, impertérritas, paradigmáticas, es la del Cid la que asume el prestigio épico por excelencia. Quijano el Bueno se reboza en el mejor de los humores. La Celestina pide la consonancia dramática. A Don Juan le resta el ápice romántico. Acaso la figura del Campeador, y no en la acepción tosca y torva y turbia del señor bandolero, mal pagador y del buen apropiamiento, sino en esotra, episódica y admirable que refleja el juglar anónimo de Medinaceli, sea de las cuatro la que más se aprieta de todas las hipérboles y de la mayoría de las incertidumbres. Sin embargo, Ruy Díaz de Vivar comparte con la insigne alcahueta una fama de «referencias». Don Quijote y Don Juan se han multiplicado, para llegar al individual concepto, en versiones, estudios, teatralerías, razonamientos,

eruditismos, imágenes, rimas y anécdotas. No así los antecedentes, apenas iniciados en ediciones populares. Aparte de su romancero, de sabor y encanto novelescos indudables —única fuente de conocimiento para gentes no peritas en letras o humanidades—, hace tiempo escaso en la *Revista de Occidente* publicó, romançada al uso corriente y moliente, pletórica de aciertos, Pedro Salinas, una edición del poema de Mio Cid. Hoy es un sutil espíritu galo el que nos obsequia con una leyenda del hijo de Diego Lainez.

Alexandre Arnoux, un «vanguardista» de la literatura, no desdén las claras fuentes del clasicismo. En soslayo del figurón meloso y áulico de Corneille, del barbián hazañoso de Hugo, del encopetado de Laconte de Lisle y aun de las versiones un tantico adulteradas de Juan de la Cueva, Guillén de Castro, Hartzenbusch, más ahincado y confianzudo por el romancero que por el poema ha compuesto Arnoux un breviario de sucedidos atrayentes.

En seis jornadas enhebra la existencia épica de la más épica de las figuras históricas: *La juventud del Cid*, *El rey Fernando*, *El sitio de Zamora*, *La conquista de Valencia*, *Los condes de Carrión* y *La muerte del Cid*.

El arranque de esta leyenda se ajusta al del romancero y se aproxima al de la crónica rimada —*Cantar de Rodrigo* o *Las mocedades de Rodrigo*— En ella son admitidas y redichas con el mejor donaire —por algo el título obliga—, todas las fábulas que desaponderan la humanidad del conquistador de Valencia. En algunos párrafos de su obra conserva Arnoux la cadencia de la moderna vía, lo que presta, en la mezcla con la prosa pueril —de la traducción y nos figuramos que del original francés—, un contraste muy bello al conjunto.

Ejemplo: cuando, recibida la carta perentoria de Alfonso VI, movido de Jimena, quiso Rodrigo acompañar a su padre: «Nunca Dios quiso eso ni Santa María lo mandó. Donde vayáis, padre mío, iré delante de vos.»

No un autor patriota o patriotero trataría con fervor más manifiesto a figura racial alguna. Alexandre Arnoux no ha enturbiado la linfa de los siglos. De su leyenda sale nuestro señor el Cid con unos quilates más que aquilatar, más próximo a los espíritus sencillos que añoran trazas y hechos portentosos.

S. DE R.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA

Generalidades

1.404. Alguacil Trotacalles, El.—*El Madrid que fué. Las puertas de la primera muralla de nuestra ciudad*, en *El Imparcial*. Madrid, 3 mayo, 1928.

1.405. *Bibliografía madrileña*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 234-238. V. núm. 1328.

1.406. Calvo, Ignacio.—*Nuestra casa y Santa Teresa de Jesús*, en *Unión y Caridad*. Madrid, XVIII, núm. 150, abril, 1928. [Trata de la casa número 1 de la travesía de Trujillos, propiedad de la Liga Nacional de Defensa del Clero.]

1.407. Castrovido, Roberto.—*El clima de Madrid*, en *La Voz*. Madrid, 13 mayo, 1928.

1.408. G. Iniesta, César.—*La Residencia de Estudiantes* [de Madrid], en *Heraldo de Madrid*, 9 marzo, 1928.

1.409. [Theodotos, S. A. H.].—*La etimología griega de Madrid, según el «Messager d'Athènes»*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 205-207.

Prehistoria

1.410. Alvarez, Rafael.—*Madrid romano ¿Tuvo habitantes cristianos en el siglo II?*, en *El Sol*. Madrid, 17 junio, 1928.

1.411. *Excavaciones en una villa hispano-romana en Villaverde Bajo (Madrid)*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, páginas 239-240.

Hechos Históricos

1.412. Alcázar, Cayetano.—*Los orígenes del correo moderno en España*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, páginas 169-187.

1.413. Alguacil Trotacalles, El.—*Del Madrid que fué. La fundación de la Virgen del Puerto*, en *El Imparcial*. Madrid, 10 mayo, 1928.

1.414. Varela Hervías, E.—*Lo actuado por el Concejo de Madrid bajo la denominación austriaca de 1710*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 207-212.

Escritores madrileños

1.415. Aguilera, Emiliano M.—*La casa de Cervantes en Valladolid*, en *Heraldo de Madrid*, 30 marzo, 1928.

1.416. Castrovido, Roberto.—*El centenario de Moratín*, en *La Voz*. Madrid, 21 marzo, 1928.

1.417. Corbière, Anthony Sylvain.—*Juan Eugenio Hartzenbusch and the french theatre*. Philadelphia, University of Pensylvania, 1927, 95 págs., 4.º

1.418. García Rey, Verardo.—*Escrituras inéditas de Lope de Vega Carpio*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, páginas 198-205.

1.419. Larrubiera, Alejandro.—*El centenario de Moratín. Una carta interesante*, en *La Libertad*. Madrid, 25 mayo, 1928.

1.420. López Núñez, Juan.—*El suicidio de Figaro*, en *La Voz*. Madrid, 14 mayo, 1928.

1.421. Mille, Mateo.—*Don Leandro Fernández de Moratín*, en *La Voz*. Madrid, 23 abril, 1928.

1.422. Porras, Antonio.—*Algo de política económica en Don Francisco de Quevedo*, en *Rev. Nacional de Economía*. Madrid, XIII, enero-febrero, 1928, págs. 87-90.

1.423. Rodríguez de León, A.—*Moratín, inquisidor literario*, en *El Sol*. Madrid, 19 abril, 1928.

1.424. Sandoval, Manuel de.—*La intransigencia en literatura*, en *La Época*. Madrid, 28 abril, 1928 [Trata de Moratín.]

Archivos, Librerías, Bibliotecas e Imprentas

1.425. Artiles Rodríguez, Jenaro.—*Curiosidades bibliográficas del Archivo de Villa* (Madrid), en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 162-163. V núm. 1.210.

1.426. Caravaca, Francisco.—*La Biblioteca Nacional y sus riquezas*, en *La Esfera*. Madrid, 19 mayo, 1928.

1.427. Cotarelo, Emilio.—*Editores y galerías de obras dramáticas en Madrid en el siglo XIX*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, V, 1928, págs. 121-139.

1.428. Suárez Guillén, Antonio.—*La Real Casa Panadería hoy Archivo Municipal*, en *Heraldo de Madrid*, 18 enero, 1928.

Bellas Artes, Artistas, Monumentos y Museos

1.429. Alguacil Trotacalles, El.—*El viejo Alcázar a cuya sombra se engrandeció la villa*, en *El Imparcial*. Madrid, 15 abril, 1928.

1.430. Alguacil Trotacalles, El.—*El Teatro Municipal de Madrid*, en *El Imparcial*. Madrid, 8 abril, 1928.

1.431. Andrenio.—*Un museo en peligro*, en *La Voz*. Madrid, 7 mayo, 1928. [Se refiere al Museo de Ciencias Naturales.]

1.432. Barango-Solís, Fernando.—*Las catedrales de San Isidro y la Almudean*, en *El Imparcial*. Madrid, 1 abril, 1928.

1.433. Donato, Magda.—*El Real Conservatorio de Música y Declamación. Su actual instalación y funcionamiento*, en *Heraldo de Madrid*, 30 marzo, 1928.

1.434. Francés, José.—*El Madrid de Larrañaga*, en *La Esfera*. Madrid, 19 mayo, 1928. [Sobre los asuntos madrileños del pintor Larrañaga.]

1.435. Francés, José.—*La sala de Goya en la Real Academia de San Fernando*, en *La Esfera*. Madrid, 14 abril, 1928.

1.436. Gómez de la Serna, Ramón.—*Las ermitas de la Florida*, en *El Sol*. Madrid, 8 abril, 1928.

1.437. Gómez de la Serna, Ramón.—*El palacete de la Moncloa*, en *La Esfera*. Madrid, 21 abril, 1928.

1.438. *Guías del Museo del Prado. II. Sala de los dibujos de Goya*. Madrid, Tipografía Artística, 1928, 64 págs., 8.º [Nota preliminar de F. J. Sánchez Cantón.]

1.439. Licenciado Torralba.—*El instituto de Valencia de Don Juan*, en *El Imparcial*. Madrid, 27 abril, 1928.

1.440. Martínez Olmedilla, Augusto.—*Una ojeada a la bellísima capilla del Obispo, en plena morería madrileña*, en *A B C*. Madrid, 6 mayo, 1928.

1.441. Martínez de la Riva, Ramón.—*La obra más popular de Goya. Los prodigiosos «frescos» de la Florida, mezcla de santidad y paganía*, en *A B C*. Madrid, 15 abril, 1928.

1.442. *Museo del Prado. Centenario de Goya. Exposición de pinturas*. Madrid, Tipografía Artística, 1928, 102 págs. + 1 hoja, 8.º

1.443. *Sociedad Española de Amigos del Arte. Exposición de la obra grabada de Goya. Catálogo-guía*.—Madrid, Tipografía Artística, 1928, 83 págs., 8.º [Prólogo de D. Angel Sánchez Rivero, catalogación de D. Miguel Velasco y Aguirre.]

1.444. Subirá, José.—*Estudios sobre el teatro madrileño. Los «melólogos» de Rousseau, Iriarte y otros autores*, en *REV. DE LA BIBL. ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, V, 1923, págs. 140-161.

1.445. Velasco Zazo, Antonio.—*Del Madrid goyesco. La quinta del Sordo*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 15 abril, 1928.

Tradiciones, Costumbres, Folk-lore

1.446. Alguacil Trotacalles, El.—*Del Madrid pretérito. El segundo recinto. La plaza de la Paja y sus pasadas grandezas*, en *El Imparcial*. Madrid, 10 junio, 1928.

- 1.447. Blanco Coris, J.—*Del Madrid pintoresco. El pilón de la Cibeles y las palomas de Correos*, en *La Esfera*. Madrid, 19 mayo, 1928.
- 1.448. Castrovido, Roberto.—*Derribos y edificaciones. El parador de Madrid*, en *La Voz*. Madrid, 12 abril, 1928. [Trata del parador de Muñoz, situado en la calle de Alcalá, esquina a la Avenida de Menéndez Pelayo.
- 1.449. Fernández Amador de los Ríos, José.—*La procesión de Viernes Santo en el siglo XVII*, en *La Esfera*. Madrid, 7 abril, 1928.
- 1.450. Francos Rodríguez, J.—*Del Madrid de ayer. Las monjas de Maravillas*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 4 marzo, 1928.
- 1.451. González Ruano, César.—*San Isidro Labrador patrón de Madrid*, en *Heraldo de Madrid*, 15 mayo, 1928.
- 1.452. López Robert, Mauricio.—*Del mundo galdosiano. El aula del Amigo Manso*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 20 mayo, 1928.
- 1.453. Pérez, Dionisio.—*La Puerta del Sol, foro de Madrid*, en *Alrededor del Mundo*. Madrid, 21 abril, 1928.
- 1.454. Rivera, Alfredo.—*Tradiciones y leyendas de Madrid. Del Mesón de la Fama al Mesón de Paredes*, en *El Imparcial*. Madrid, 26 mayo, 1928.
- 1.455. Rivera, Alfredo.—*Tradiciones y leyendas de Madrid. La Torrecilla del Leal*, en *El Imparcial*. Madrid, 8 junio, 1928.
- 1.456. Romano, Julio.—*Sagradas imágenes madrileñas. Nuestro padre Jesús Nazareno y el Santísimo Cristo de la Fe*, en *La Esfera*. Madrid, 7 abril, 1928.
- 1.457. San José, Diego.—*Estampas del Madrid viejo. El pecado de los coches*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 6 mayo, 1928.
- 1.458. Velasco Zazo, Antonio.—*El Madrid de Alfonso XIII...* Tercera edición... Madrid, Editorial Hernando, 1927, 373 págs. + 12 láms. + 2 hojas, 4.º

Administración municipal, Instituciones y Servicios municipales

- 1.459. Suárez Guillén, Antonio.—*El Colegio de San Ildefonso*, en *Heraldo de Madrid*, 22 diciembre, 1927.

Planos y guías. Obras y proyectos

- 1.460. Alguacil Trotacalles, El.—*La arbitraria plaza de España*, en *El Imparcial*. Madrid, 1 abril, 1928.
- 1.461. Campo Moreno, J.—*Madrid. La plaza de Oriente*, en *Blanco y Negro*. Madrid, 18 marzo, 1928.
- 1.462. Castrovido, Roberto.—*La calle de Arlabán y el nuevo paseo*, en *La Voz*. Madrid, 2 mayo, 1928.
- 1.463. Cioflec, Romulus.—*Madrid*, en *Adeverul Literar si Artistic*, Rumania, 13 y 27 mayo, 1928.
- 1.464. Répide, Pedro de.—*Jardines de Madrid. La plaza de Oriente*, en *La Esfera*. Madrid, 28 abril, 1928.

1.465. Suárez Guillén, Antonio.—*El popular viaducto madrileño*, en *Heraldo de Madrid*, 16 diciembre, 1927.

1.466. Zurano, Emilio.—*El abastecimiento de agua de Madrid*, en *La Voz*. Madrid, 21 y 30 marzo, 1928.

1.467. Zurano, Emilio.—*Estado actual del abastecimiento de aguas de Madrid*, en *La Voz*. Madrid, 8 marzo, 1928.

1.468. X.—*El futuro Madrid*.—Informe de la Compañía Madrileña de Urbanización fundadora y constructora de la Ciudad Lineal al plan general de extensión de Madrid elaborado por los técnicos municipales Sres. Núñez Granés y Casuso... Aranda y García Cascales... Madrid, Imprenta de la Ciudad Lineal, 1927, 106 págs. + 12 láms. + 2 planos, 8.º

IMPRENTA MUNICIPAL

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es